

GÁLATAS 5

Ahora Pablo, al acercarse al final de su Epístola, disputa con mucho fervor en defensa de la doctrina de la fe y la libertad cristiana contra los falsos apóstoles, los enemigos y exterminadores de la misma. Descarga contra ellos palabras como truenos a fin de derrotarlos y vencerlos por completo. Con todo esto exhorta a los gálatas a huir de su doctrina perniciosa como si fuera un peligroso veneno. Al exhortarlos, combina amenazas y promesas, buscando retenerlos de cualquier modo en la libertad con la cual Cristo los compró, diciendo:

VERSÍCULO 1. Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres; y no os sujetéis de nuevo al yugo de esclavitud.

Quiere decirles: Permanezcan firmes. Así también dijo Pedro: “Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, cual león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe” (1 Pedro 5:8,9). No sean descuidados (dijo él) sino inamovibles y constantes. No se acuesten a dormir, sino pónganse en pie. Como si dijera: Más vale estar alertas y constantes, para que puedan guardar y retener esa libertad con la cual Cristo los ha libertado. Los que se consideran seguros, se descuidan, y no pueden mantener esta libertad. Pues Satanás odia a muerte la luz del Evangelio, es decir, la doctrina de la gracia, la libertad, el consuelo, y la vida. Por tanto, tan pronto ve que comienza a surgir, de inmediato lucha contra ella con toda su fuerza y potencia, suscitando tormentas y tempestades para impedirla, y al fin derrocarla por completo. Por lo que Pablo amonesta a los fieles a que no se duerman, ni se descuiden; sino que constantemente y con valor resistan a Satanás, para que no pueda despojarlos de esa libertad con la cual Cristo los ha comprado, etc.

Aquí cada palabra tiene cierto fervor. ‘Estad firmes,’ dijo él. Como si dijera, en esto tienen mucha necesidad de estar atentos y vigilar. ‘En la libertad.’ ¿Cuál libertad? No en la libertad que nos ha dado el Emperador, sino en la que Cristo nos hizo libres. El Emperador ha dado, o más bien se vio obligado a dar al obispo de Roma¹ una ciudad, gratuitamente, y otras tierras. Como también inmunidades, privilegios y prerrogativas, etc. Esto también es una libertad, pero es una libertad civil, por la cual el Papa² junto con todo su clero está exento de todo tributo público. Además también hay una libertad carnal, o más bien diabólica, por la cual el diablo reina prácticamente por todo el mundo. Pues los que gozan de esta libertad, ni obedecen las leyes de Dios, sino que hacen lo que les viene en gana. Esta es la libertad que la gente busca y abraza hoy. Asimismo sucede con los sectarios, que se ven libres de dar sus opiniones y [desplegar] todas sus obras, para que puedan impunemente enseñar y hacer todo lo que se imaginan es lo correcto. Todos estos están firmes en la libertad con la que el diablo los ha hecho libres. Pero aquí no hablamos de esta libertad, aunque al mundo entero no le importe ninguna otra libertad.

¹ *Romano Pontifici.*

² *Ibid.*

Ni tampoco hablamos de la libertad civil, sino de otro tipo de libertad que la sobrepasa, la cual el diablo odia y resiste con todo su poder.

Esta es la libertad que Cristo nos ha dado, no de un yugo terrenal, no del cautiverio babilónico, o de la tiranía de los turcos, sino de la ira eterna de Dios. ¿Y en dónde se logra? En la conciencia. Allí es donde reposa nuestra libertad, sin ir más allá. Pues Cristo nos ha hecho libres, no políticamente, ni carnalmente, sino espiritualmente¹. Es decir, que somos libres de tal modo que nuestra conciencia ha llegado a estar en paz y libertad, sin temer la ira venidera. Esta es aquella gran e inestimable libertad. Si comparamos su excelencia y majestad con las demás (la política y la carnal), son apenas como una gota de agua en la vasta mar. Pues ¿quién es capaz de expresar lo maravilloso que es cuando el hombre confía en su corazón que Dios no tiene, ni tendrá, ira contra él, sino que por causa de Cristo será un Padre misericordioso y amoroso para con él? Ésta por cierto es una libertad maravillosa e incomprensible, que la altísima y soberana Majestad nos muestre tanto favor que en esta vida no sólo nos defienda, sostenga, y socorra, sino que también en cuanto a nuestro cuerpo, sembrado en corrupción, deshonor, y enfermedad, lo libertará resucitándolo en incorrupción, en poder y gloria (1 Corintios 15:42ff). Por tanto esta es una libertad inestimable, que somos libres para siempre de la ira de Dios, libertad que sobrepasa cielo, tierra, y toda criatura.

De esta libertad sigue otra, en la cual Cristo nos ha libertado de la ley, el pecado, la muerte, el poder del diablo, el infierno, etc. Pues, así como la ira de Dios no nos puede dar terror, pues Cristo nos ha libertado de ella, así también la ley, el pecado, etc., no nos puede acusar y condenar. Y aunque la ley nos acusa, y el pecado nos aterra, no pueden lanzarnos a la desesperanza. Pues la fe, que vence al mundo enseguida viene y dice: Estas cosas no me pertenecen, pues Cristo me ha libertado y librado de todas ellas. De igualmente la muerte, que es lo más poderoso y temible en todo el mundo², ha quedada vencida y despojada en la conciencia por esta libertad del Espíritu. Por lo que entonces la majestad de esta libertad cristiana ha de tenerse en gran estima, y considerada atentamente. Pues es cosa fácil decir: “Libertad de la ira de Dios, del pecado, de la muerte, etc.,” pero en el certamen de la tentación³, cuando la conciencia agoniza, en la práctica ser capaz de relacionarla a uno mismo, y sentir la excelencia de esta libertad y sus frutos, es mucho más difícil de lo que se pueda expresar.

Por tanto nuestra conciencia debe aleccionarse y prepararse con anticipación. Así, cuando sintamos la acusación de la ley, los terrores del pecado, el horror de la muerte, y la ira de Dios, podamos sacar estas pesadumbres y fantasías angustiosas de nuestras mentes, y en su lugar colocar la libertad que Cristo nos ha comprado⁴, el perdón de los pecados, la justicia, la vida, y la eterna misericordia de Dios. Y aunque sintamos muy fuerte a lo contrario, aun así confiemos que no será por mucho tiempo, de acuerdo a lo dicho por el profeta, “Con un poco de ira escondí mi rostro de ti por un momento; mas con

¹ *Theologicæ seu spiritualiter*, literalmente: En lo “teológico o en lo espiritual.”

² *qua nihil potentius et horribilius in mundo est.*

³ *in certamine.*

⁴ *libertatem Christi.*

misericordia eterna tendré compasión de ti” (Isaías 54:8). Pero hacerlo es muy difícil. Por tanto, esa libertad la cual Cristo nos compró, no se cree tan pronto se escucha. Si pudiera asimilarse con una fe firme y constante, no habría ira o terror en todo el mundo, sea de la ley, del pecado, de la muerte, o del diablo que pudiera ser tan enorme pues enseguida se absorbería como una pequeñita gota de agua en mar abierto. Esta libertad cristiana, por cierto, absorbe de inmediato, y quita todo el montón de males, la ley, el pecado, la muerte, la ira de Dios, y en breve a la misma serpiente con su cabeza [donde radica su poder]; y en su lugar coloca la justicia, la paz, la vida eterna, etc. Pero bienaventurado el que entiende y cree.

Por tanto, aprendamos a magnificar esta nuestra libertad, pues no fue ningún emperador, ni patriarca ni profeta, ni algún ángel del cielo que la alcanzó por nosotros, sino Jesucristo el Hijo de Dios, por quien todas las cosas fueron creadas tanto en el cielo como en la tierra. Él ha comprado esta libertad con ningún otro precio sino el de su propia sangre, para liberarnos, no de algún yugo corporal o transitorio, sino de una esclavitud espiritual y eterna bajo los más crueles e invencibles tiranos; a saber, la ley, el pecado, la muerte, y el diablo, y reconciliarnos así con Dios su Padre. Ahora, ya que estos enemigos han sido vencidos, y hemos sido reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, con toda certeza somos justos ante Dios, y todo lo que hagamos¹, le complace. Y aunque todavía queden ciertos remanentes de pecado en nosotros, no se cuentan en contra nuestra, sino que son perdonados² por causa de Cristo.

Pablo utiliza palabras de gran fervor y poder, por tanto hay que examinarlas con diligencia. ‘Estad firmes (dijo él) en la libertad con que Cristo nos hizo libres.’ Entonces esta libertad no se nos da por la ley, o por nuestra justicia, sino libremente por causa de Cristo. Esto es lo mismo que Pablo testimonia y declara a lo largo de toda su Epístola. Cristo también, en Juan ocho, dijo: “Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres” (Juan 8:36). Él es el único que se interpone entre nosotros y los males que nos perturban y afligen. Él los ha vencido y removido, de tal modo que ya no pueden oprimirnos ni condenarnos. En vez del pecado y de la muerte, nos da la justicia y la vida eterna. De este modo Él cambia el yugo y los terrores de la ley en la libertad de la conciencia y el consuelo del Evangelio, que dice: “Hijo, ten ánimo, tus pecados te son perdonados” (Mateo 9:2). Por tanto, todo el que cree en Cristo, tiene esta libertad.

La razón no puede percibir la excelencia de este asunto. Pero cuando se considera en el espíritu, se verá que es inestimable. Pues ¿quién es capaz de concebir en su mente un regalo tan grande e indecible como tener el perdón de pecados, justicia, y vida eterna, en vez de la ley, el pecado, la muerte, y la ira de Dios, y que Dios mismo sea misericordioso y favorable para siempre? Los papistas y los hipócritas, que procuran la justicia de la ley, o su propia justicia, sí se glorían por igual de obtener remisión de pecados, justicia, y el favor de Dios³, etc. Pues se jactan que ellos también tienen esta libertad, la cual también prometen a otros. Pero en los hechos son siervos de corrupción, y en la hora de la

¹ *omnes actiones nostras.*

² *non imputari, sed condonari.*

³ *propitium Deum.*

tentación toda su confianza se evapora en un instante. Pues se fían en las obras y las satisfacciones de los hombres, y no en la Palabra de Dios, ni en Cristo. Por tanto es imposible que los ajusticiadores [quienes procuran ganar el cielo, la vida, y la salvación por las obras meritorias], puedan conocer lo que es la libertad de haber sido librados del pecado.

Al contrario, nuestra libertad tiene por fundamento a Cristo mismo, quien es nuestro eterno sumo sacerdote, sentado a la diestra de Dios y que intercede por nosotros. Por lo cual el perdón de pecados, la justicia, la vida, y la libertad, que por Él hemos recibido, son ciertas y perpetuas, para que creamos que es así. Por tanto, si nos aferramos a Cristo con firmeza de fe, y permanecemos en esa libertad por la que nos hizo libres, obtendremos esos dones inestimables. Pero si somos descuidados y negligentes, los perderemos. No es sin causa alguna que Pablo nos insta a vigilar y resistir; pues él sabía que el diablo no quiere nada más que despojarnos de esta libertad por la que Cristo pagó tan alto precio, y enredarnos nuevamente mediante sus ministros en el yugo de esclavitud, según lo explica a continuación.

VERSÍCULO 1. Y no os sujetéis de nuevo al yugo de esclavitud.

Pablo se ha expresado con toda eficacia y profundidad tocante a la gracia y la libertad cristiana, y con altas y poderosas palabras ha exhortado a los gálatas a seguir en ellas, pues se pierden fácilmente. Por tanto les insta a que resistan con firmeza, no sea que debido a la negligencia o [falsa] seguridad, caigan de la gracia y la fe a la ley y las obras. Ahora, ya que la razón (que prefiere mucho más la justicia de la ley en vez de la justicia de la fe) no ve en ello peligro alguno, Pablo con cierta indignación embiste contra la ley de Dios, y con gran desprecio la llama un yugo, sí, un yugo de esclavitud. Asimismo la llama Pedro: “¿Por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo?” (Hechos 15:10). De esta manera le da vuelta al revés a todo. Pues los falsos apóstoles degradaron la promesa, y magnificaron la ley y sus obras de la siguiente manera: Si de veras habéis de ser libres del pecado y de la muerte (decían ellos), y puedan lograr alcanzar la justicia y la vida, entonces cumplan la ley, sean circuncidados, observen días, meses, tiempos, y años, ofrezcan sacrificios, y hagan cosas similares. Entonces es así como esta obediencia a la ley los justificará y salvará. Pero Pablo se declara al contrario. Ellos (dijo él), los que enseñan la ley de esa manera, no logran libentar las conciencias de los hombres, mas bien las atrapan y enredan con un yugo, sí y con yugo de esclavitud.

Por tanto él se expresa tocante a la ley con mucho desprecio y desacato, y la llama una dura esclavitud y un yugo servil. Y no se expresaría así sino fuera por una gran razón. Pues esta opinión perniciosa de la ley, que la ley justifica haciendo a los hombres justos ante Dios, está tenazmente arraigada a la razón humana,¹ y toda la humanidad está tan enredada en ella, que le es muy difícil desenmarañarse y salir a salvo de ella. Aquí Pablo pareciera comparar a los que buscan la justicia mediante la ley con los bueyes que están atados al yugo, a fin de despojar a la ley de la gloria de poder justificar. Pues así como los

¹ *valde tenaciter adhaeret rationi.*

bueyes tiran del yugo con gran esfuerzo, no reciben recompensa alguna salvo la hierba y el pasto, y cuando ya no pueden tirar del yugo, son señalados para el matadero. Asimismo son los que procuran la justicia por medio de la ley, son cautivos y oprimidos con el yugo de la esclavitud, es decir, con la ley. Mas cuando se han agotado por los años de las obras de la ley con gran dolor y esfuerzo, al final esta será su recompensa, que para siempre estarán bajo el yugo de la esclavitud. Y, ¿de quién son siervos? Asimismo del pecado, la muerte, la ira de Dios, el diablo, etc. Por lo que no hay más grande ni más dura esclavitud como el yugo de la ley. Entonces, hay razón por la que Pablo la llama el yugo de la esclavitud. Pues así como hemos dicho antes, la ley no hace nada más que sacar a relucir, aumentar, y agravar el pecado; acusa, aterra, condena, y engendra ira, y finalmente lanza a las conciencias a la desesperación, y este es el yugo más miserable e insufrible que pudiera existir (Romanos 3,4,7).

Por tanto él usa palabras muy vehementes. Pues lo que más quisiera sería persuadirlos a no sufrir esta intolerable carga que los falsos apóstoles quisieran imponerles, o que nuevamente queden enredados en el yugo de la esclavitud. Es como si dijera: Estamos aquí no por alguna insignificancia, sino por una de dos cosas: o por la eterna libertad, o por una esclavitud sin fin. Pues así como la libertad de la ira de Dios y todo mal no es según la política¹ o la carne, sino para siempre, así también el yugo del pecado, la muerte, el diablo, etc., no es corporal y transitorio, sino para siempre (yugo que oprime a todos los que procuran justificarse y salvarse por la ley). Pues todos los obreros (de la ley) que se dedican a cumplir y rendir en todas las cosas con precisión y exactitud (de estos tales habla Pablo), jamás podrán hallar quietud y paz para sus conciencias.² Mientras tengan vida siempre tendrán dudas de la buena voluntad de Dios hacia con ellos, siempre temerán la muerte, la ira y el juicio de Dios; y al terminar esta vida serán castigados por su incredulidad con la condenación eterna.

Por tanto los hacedores de la ley³ [y tales cuales se fían del todo en su justicia y sus obras] son llamados debidamente según el proverbio,⁴ los mártires del diablo. Éstos se imponen más agravios, y se castigan más por comprarse el infierno que los mártires de Cristo por alcanzar el cielo. Pues son atormentados de dos modos:⁵ Primero, se afligen miserablemente mientras están aquí, haciendo muchas arduas tareas y obras regias. Y todo en vano. Después, al morir, se amontonan una gran recompensa de eterna condenación. Pues son los mártires más miserables, tanto en esta vida como en la venidera, y su cautiverio es eterno. Al contrario, los piadosos sufren pruebas en el mundo, pero en Cristo tienen paz, porque han creído que Él ha vencido al mundo (Juan 16:33). Por tanto debemos resistir perseverando con firmeza en esa libertad cual Cristo nos compró mediante su muerte, y debemos estar alertas que no nos enredemos nuevamente en el yugo de la esclavitud. Tal cual es lo que ha sucedido con los espíritus fanáticos. Habiendo caído de la fe y de esta libertad, se han ganado aquí una esclavitud transitoria, y

¹ *politica.*

² *numquam quieti et pacati sunt.*

³ *operadores legis.*

⁴ *ut more vulgi loquar.*

⁵ *duplici contritione conteruntur.*

en el mundo venidero serán oprimidos con yugo eterno. En cuanto a los Papistas, la mayoría se ha degenerado paulatinamente en epicúreos.¹ Por lo que, según su voluntad, se dan a esta libertad de la carne, cantando este sonsito con su descuido: *Ede, bibe, lude, post mortem nulla voluptas*. Es decir, “Comamos, bebamos, juguemos, pues en la vida venidera no hay placer alguno.” Pues así son los mismos esclavos del diablo, quien los tiene sometidos a su cautiverio para cumplir enteramente su voluntad. Por tanto ellos sentirán este cautiverio eterno en el infierno. Hasta aquí las exhortaciones de Pablo han sido vehementes y fervorosas, pero lo que sigue las sobrepasan.

VERSÍCULO 2. He aquí, yo Pablo os digo que si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo.

Aquí Pablo está maravillosamente conmovido con celo y fervor de espíritu, y truena contra la ley y la circuncisión. Y estas palabras ardientes proceden debido a una gran indignación animada por el Espíritu Santo cuando dice: “He aquí, yo Pablo.” Por cuanto he recibido conocimiento del Evangelio no dado por hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo, y he sido comisionado con autoridad de lo alto a fin de publicar y predicarles, declaro esta nueva pero inequívoca verdad:² si se circuncidan, es igual a lograr que Cristo no les aproveche para nada.³ Esta es una declaración muy dura, cuando Pablo dice que circuncidarse es igual a desaprovechar a Cristo por entero, no en sí mismo, sino con respecto a los gálatas. Pues ellos, habiendo sido engañados por las sutilezas de los falsos apóstoles, creían que además de la fe en Cristo, era necesario que los fieles se circuncidaran, de otro modo no podían alcanzar la salvación.

Este texto es como si fuera una piedra de toque, para que con toda certeza y libertad podamos juzgar toda doctrina, obras, religiones,⁴ y ceremonias de todo hombre. Todo el que enseña que cualquier cosa es necesaria para la salvación (sean Papistas, turcos, judíos, o sectarios) además de la fe en Cristo, o llegare a inventar cualquier obra o religión, o guarde cualquier ordenanza, tradición, o ceremonia alguna, con la opinión de que por tales cosas podrá obtener el perdón de pecados, justicia, y vida eterna, escuche en este texto la sentencia que el Espíritu Santo pronuncia sobre todos ellos por medio del apóstol: que Cristo no les sirve para nada. Viendo que Pablo se atreve a dar esta sentencia contra la ley y la circuncisión, las cuales fueron ordenadas por Dios mismo, ¿qué no diría contra la paja y el hollín de las tradiciones de los hombres?

Por tanto este texto es un trueno terrible contra todo el reinado del Papa. Pues todos ellos, sacerdotes, monjes, ermitas, etc., han depositado su confianza y su fe en sus propias obras, justicia, votos, y méritos, y no en Cristo, a quien con toda impiedad y blasfemia se lo imaginan como un juez iracundo, que acusa y condena. Por tanto aquí escuchan su juicio, que Cristo no les sirve para nada. Pues si pueden remover sus pecados, y merecer el perdón de pecados y la vida eterna mediante su propia justicia y rectitud de vida,

¹ *maior et potior pars degenerat hodie paulatim in Epicuræos.*

² *sententiam novam quidem, sed certam et veram.*

³ *ociosum.*

⁴ *cultus.*

entonces, ¿con qué fin nació Cristo? ¿Qué provecho reciben de su pasión y derramamiento de sangre, de su resurrección, victoria contra el pecado, la muerte y el diablo, viendo que han sido capaces de vencer a estos monstruos con su propio tesón? Y, ¿qué lengua podrá expresar (o corazón concebir) cuán horrible es quitarle el provecho a Cristo? Por tanto el apóstol pronuncia estas palabras con gran desagrado e indignación: “Si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo.” Es decir, ningún provecho tendrán de todos sus beneficios, pues Él los derramó en vano sobre todos ustedes.

Aquí es suficientemente claro que no hay nada bajo el sol más dañino que la doctrina de los hombres y sus obras. Pues derriban y derrocan de una vez la verdad del Evangelio, la fe, la verdadera adoración a Dios, y a Cristo mismo, a quien el Padre ha entregado todas las cosas. “En Cristo están escondidos todos los tesoros de sabiduría y conocimiento”; “En Él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Col. 2:3,9). Por tanto, todos los autores o los que sustentan la doctrina de las obras, son opresores del Evangelio, le quitan el provecho a la muerte de Cristo, manchan y desfiguran sus sacramentos, los despojan de su verdadero uso. En breve son blasfemos, enemigos y negadores de Dios, y de todas sus promesas y beneficios. El que no se conmueve con estas palabras de Pablo (las cuales llaman a la ley un yugo de esclavitud, rebaten la observancia de la circuncisión como necesaria para la salvación, pues roban a Cristo de su beneficio), y queda plantado en la ley y la circuncisión (ni decir nada de las tradiciones de los hombres), y también en la confianza que ha depositado en su propia justicia y obras, no se puede conmover para buscar esta libertad que es en Cristo. Su corazón es más duro que hierro y piedra.

Esta sentencia no pudiera ser más clara, que Cristo de nada vale, es decir que nació, fue crucificado y resucitado, sin valor alguno para el circuncidado, es decir para el que puso su confianza en la circuncisión. Pues (como lo dije antes) Pablo aquí no habla de la obra de la circuncisión en sí (la cual no perjudica para nada al que no se afianza en ella para la justicia), sino del uso de la obra, es decir, de la confianza y justicia que se atribuye a la obra. Pues debemos comprender a Pablo tocante al tema que adelanta, o de acuerdo al argumento que presenta, que los hombres no son justificados por la ley, o las obras, la circuncisión, ni nada por el estilo. Él no dice que las obras en sí son nada, sino que la confianza y la justicia de las obras son nada. Eso es lo que resulta en que Cristo para nada aproveche. Por tanto todo el que recibe la circuncisión con la opinión que es necesaria para la justificación, para nada le aprovecha Cristo.

Tengamos esto bien en mente cuando la tentación nos sobrevenga en privado, cuando el diablo acuse y atormente nuestra conciencia para lograr que desesperemos. Pues él es el padre de la mentira, y el enemigo de la libertad cristiana. Por tanto él nos atormenta a cada instante con falsos temores, para que cuando nuestra conciencia haya perdido esta libertad cristiana, obligadamente sienta remordimiento por el pecado y condenación y así siempre siga en la angustia y el pavor.¹ Cuando aquel gran dragón (digo yo), aquella serpiente antigua, el diablo (que engaña al mundo entero y acusa día y noche ante la

¹ *ut semper sit in metu, ac sentiat reaturn et pavores.*

presencia de Dios a los hermanos),¹ viene y te acusa que además que no has hecho nada bueno y también has transgredido la ley de Dios, dile “Tú me perturbas con la memoria de mis pecados pasados, tú también me recuerdas que no he hecho nada bueno. Pero esto para mí es como nada. Pues si por un lado confío en mis buenas obras, o por otro desconfío porque no las he hecho, de cualquier manera en nada me aprovecharía Cristo. Por tanto si pones mis pecados ante mí, o mis buenas obras, no acepto ninguna de las dos. Pues las pongo lejos de mi vista, y reposo sólo en esa libertad con la que Cristo me ha hecho libre. Yo sé que Él es provechoso para mí, por tanto no seré la causa para que Cristo en nada me aproveche. Lo cual haría si por un lado presumo que puedo comprar favor² y vida eterna por mis buenas obras, o me angustie por mi salvación debido a mis pecados.

Por tanto aprendamos con toda diligencia a distanciar a Cristo de toda obra, tanto buena como mala, de toda ley, tanto de Dios como del hombre, y de toda conciencia angustiada, pues Cristo no tiene nada que ver con éstas. Admito que sí tiene que ver con las conciencias angustiadas; pero, no para afligirlas, sino para levantarlas, y consolarlas en sus aflicciones. Por tanto, si Cristo se presenta a la semejanza de un juez iracundo, o de un legislador que requiere que rindamos cuenta estricta por nuestra vida pasada, entonces hay que darnos la confianza que ese no es Cristo, sino un demonio fuera de control. Pues la Escritura dibuja a Cristo como nuestro Propiciatorio, nuestro Abogado, y nuestro Consolador.³ Así es Él, y lo será para siempre. Él no puede variar de lo que Él es.

Por tanto siempre que el diablo transformado a semejanza de Cristo disputa con nosotros de la siguiente manera: “Debes hacer esto, pues así lo dice mi palabra, que lo hicieras, y no lo haz hecho; y no debieras haber hecho aquello, pero lo hiciste, por eso debes saber que tomaré venganza contra ti, etc.,” no te conmuevas para nada. Enseguida debemos pensar: Cristo no habla así, Él no añade aflicción al afligido; “Él no quiebra la caña cascada, ni apaga el pábilo que humea” (Isaías 42:3). Ciertamente que a los de duro corazón habla ásperamente; pero a los angustiados y afligidos, los atrae de la manera más amorosa y bondadosa diciendo, “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo 11:28). “No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento” (Mateo 9:13). “Hijo, ten ánimo, tus pecados te son perdonados” (Mateo 9:2). “Confiad, yo he vencido al mundo” (Juan 16:33). “El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lucas 19:10). Por tanto, estemos alertas, no sea que siendo engañados con las artimañas e infinitas sutilezas de Satanás, recibamos a un acusador y condenador en vez de un Consolador y Salvador. Es así como pudiera venir un falso Cristo enmascarado,⁴ es decir, el diablo, para hacernos perder a Cristo, y para que en nada nos aproveche. Todo esto lo hemos dicho con respecto a las tentaciones privadas y particulares y cómo debemos comportarnos cuando nos sobrevengan.

¹ Apocalipsis 12:10.

² *gratiam*.

³ *propiciatorem, interpellatorem et consolatorem*.

⁴ *larva*.

VERSÍCULO 3. Y otra vez testifico a todo hombre que se circuncidare, que está obligado a guardar toda la ley.

El primer inconveniente es por cierto muy grande. Pues allí Pablo dice que a los circuncidados, de nada aprovecha Cristo. Este texto siguiente no es para menos, conde dice que los que son circuncidados, están obligados a guardar toda la ley. Él dice estas palabras con tal fervor y vehemencia de espíritu, que las confirma con un juramento: “Yo testifico,” es decir, yo juro por el Dios viviente. Pero estas palabras se pueden entender tanto a la negativa como a lo afirmativo. A la negativa, de la siguiente manera: “Yo testifico a todo hombre que se circuncida, que tiene la obligación de guardar toda la ley.¹ Es decir que por sólo ese hecho no guarda ninguna parte de la ley, pues en el mismo acto de la circuncisión no se ha circuncidado, y hasta en la observancia de la ley, no la cumple sino que la transgrede. Me parece que este es el significado más sencillo y verdadero de Pablo en este texto. Después, en el capítulo seis él se explica diciendo, “ni aun los mismos que se circuncidan guardan la ley.” Asimismo lo dice anteriormente en el capítulo tres, “todos los que son de las obras de la ley están bajo maldición.” Es como si dijera, “Aunque se han circuncidado, aún así no son justos y libres de la ley: sino que por este hecho más bien son deudores y esclavos de la ley; y cuanto más procuren satisfacer la ley y ser librados de ella, tanto más se enredan y entrampan con su yugo, de tal modo que [la ley] tiene más poder de acusar y condenarlos. Esto no es más que ir para atrás como el cangrejo, y de limpiar estiércol con estiércol.

Y esto que digo por ocasión de las palabras de Pablo, yo mismo lo he aprendido por mi experiencia y por la de otros. He visto a muchos que han obrado con dolor, y a conciencia han hecho todo lo que fue posible, en ayuno, en oración, cubriéndose con cabellos, castigando y atormentado sus cuerpos con diferentes ejercicios (por lo cual quedan totalmente consumidos, aunque comenzaron siendo de hierro), y todo esto para que pudieran obtener quietud y una conciencia en paz. No obstante, cuanto más se esforzaban, tanto más los golpeaba el temor, y especialmente al allegarse la hora de la muerte, tenían tanto miedo, que he visto a muchos asesinos y otros malhechores condenados a muerte, morir con más valentía que ellos, a pesar de tanta santidad en sus vidas.

Por lo cual es toda la verdad, que los que guardan la ley, no la cumplen; pues cuanto más se esfuerzan por cumplir la ley, tanto más la transgreden. De igual manera juzgamos con respecto a las tradiciones de los hombres. Cuanto más el hombre procura pacificar su conciencia de esa manera, tanto más la aflige y atormenta. Cuando yo era monje, en todo lo que me era posible, vivía de acuerdo al estricto reglamento de mi orden. Solía confesarme con gran devoción, y tomar cuenta de todos mis pecados (siempre desde antes ya muy contrito). Regresaba al confesional con frecuencia, y cumplía al pie de la letra toda la penitencia que se me imponía. No obstante, a pesar de todo esto, mi conciencia nunca me confirmaba, sino que siempre dudaba, “No has hecho bien esto o aquello; no tuviste suficiente contrición y remordimiento; omitiste aquel pecado en tu confesión, etc.” Por tanto, cuanto más procuraba ayudar a mi conciencia débil, titubeante,

¹ *debitor est totius legis servandae.*

y afligida por las tradiciones de los hombres, tanto más débil y dudoso, y tanto más afligido me sentía. Y así, cuanto más observaba las tradiciones de los hombres, tanto más las transgredía, y al procurar la justicia por medio de mi orden, jamás la alcancé. Pues es imposible (como dijo Pablo) que la conciencia pueda ser aplacada mediante las obras de la ley, y mucho menos por medio de las tradiciones de los hombres, sin la promesa y las buenas nuevas que hay en Cristo.

Por tanto, los que procuren ser justificados y avivados por la ley, están mucho más lejos de la justicia y de la vida que los publicanos, los pecadores, y las rameras. Pues éstos no pueden confiar en sus propias obras, viendo que éstas son tales que por ellas no tienen esperanza de obtener gracia y el perdón de pecados. Pues si la justicia y las obras hechas de acuerdo a la ley no justifican, ¿cómo entonces pudieran justificar los pecados que se comenten contra la ley? Por lo que en este respecto ellos están en mejor situación que los ajusticiadores. Pues ellos no pueden fiar en sus propias obras, que en gran manera estorban la verdadera fe en Cristo, si es que no la desaloja por completo. Al contrario, los ajusticiadores que en las apariencias se abstienen de pecado, y viven su piedad¹ sin tacha a vista del mundo, no les falta la opinión de su propia justicia, la cual sin la verdadera fe en Cristo se desplomará. Por esta causa son más míseros que los publicanos y las rameras, que no presentan sus buenas obras a Dios para quitarle su desagrado, para que por ellas los recompense con vida eterna (como hacen los ajusticiadores), pues no tienen nada que ofrecer; sino que sólo desean que sus pecados sean perdonados por el favor de Cristo.

Por tanto, todo el que procura cumplir la ley con esta opinión, que por ella será justificado, se hace deudor ante toda la ley, es decir, que no cumple ni con una letra de la ley. Pues la ley no se ha dado para que justifique, sino para que revele el pecado, aterre, acuse y condene. Por tanto, cuanto más el hombre procure aplacar su conciencia por la ley y las obras, tanto más la deja en duda y confusión. Pregúntele a los monjes (que se esfuerzan con fervor por aquietar la conciencia mediante sus tradiciones), si pueden con toda certeza afirmar que su tipo de vida agrada a Dios, y si por vivir así, Dios se agrada con sus vidas. Si confiesan la verdad, responderán: Aunque viva sin mancha y con toda diligencia observe mi Orden, aún así no puedo decir con toda confianza si esta mi obediencia agrada a Dios o no.

En la Vida de los Padres leemos de Arsenio (a quien ya mencioné). Aunque por mucho tiempo había vivido en la más alta santidad y abstinencia, cuando sintió que la muerte se acercaba, comenzó a lamentar y temer en extremo. Cuando le preguntaron la razón por su temor a la muerte, dijo que aunque había vivido todos sus días en santidad y vivido sin tacha alguna de acuerdo al juicio de los hombres, los juicios de Dios eran diferentes a los juicios de los hombres. Así que mediante su santidad y austeridad de vida no había logrado nada sino el temor y el horror de la muerte. Si había de ser salvo, tenía que desprenderse de toda su justicia propia y apoyarse sólo en la misericordia de Dios, diciendo: Creo en Jesucristo el Hijo de Dios, nuestro Señor, que sufrió, fue crucificado, murió por mis pecados, etc.

¹ religiose.

La otra explicación es a la afirmativa. El que se circuncida, también se compromete obligadamente a guardar toda la ley. Pues el que recibe a Moisés en tan sólo un punto, es menester que lo reciba en todos. Y de nada vale decir que la circuncisión es necesaria, y no las demás leyes de Moisés, pues por la misma razón que te circuncidaste también tienes que guardar toda la ley. Bien, comprometerse a guardar toda la ley no es nada más que mostrar que en efecto, Cristo todavía no ha venido. Si esto es cierto, entonces estamos obligados a guardar todas las ceremonias judías, leyes que reglamentan las carnes, lugares, y tiempos. También deben seguir esperando a que Cristo venga para que pueda abolir el reino y sacerdocio judío, y establecer un nuevo reino por todo el mundo. Pero toda la Escritura testifica, y su desenlace declara con toda claridad, que Cristo ya ha venido, que Él ya ha abolido la ley, y Él ya ha cumplido todas las cosas que de Él dijeron los profetas. Por tanto, habiendo sido abolida la ley por completo, y quitada de por medio, nos ha dado gracia y verdad.

Algunos hoy quisieran atarnos a ciertas leyes de Moisés que más les agradan, así como los falsos apóstoles quisieron hacerlo en aquel tiempo. Pero esto de ninguna manera se ha de tolerar. Pues si permitimos que Moisés nos rija en cualquier cosa, estamos obligados a obedecerlo en todas las cosas. Por tanto, no permitiremos que se nos imponga ninguna de las leyes de Moisés. Admitimos que Moisés sea leído entre nosotros, y que sea escuchado como profeta y testigo que rinde testimonio de Cristo. Además, de él podemos tomar buenos ejemplos de óptimas leyes y de la buena moral.¹ Pero de ninguna manera vamos a permitir que él se apodere de nuestra conciencia. En tal caso que se quede muerto y enterrado, y que nadie sepa dónde está su tumba (Deuteronomio 34:6).

La primera explicación, es decir, la negativa, se manifiesta como la más apta y más espiritual. No obstante, ambas son buenas, y ambas condenan la justicia de la ley. La primera es que estamos tan lejos de obtener justificación mediante la ley,² que cuanto más procuramos cumplir la ley, tanto más la quebrantamos. La segunda es que cualquiera que se proponga a cumplir cualquier porción de la ley, tiene entonces la obligación de guardar toda la ley. En conclusión, a los que procuran ser justificados por la ley, para nada les aprovecha Cristo.

Por lo cual aquí reluce que Pablo no dice nada más sino que confiar en la ley es negar a Cristo por completo. Bien, es algo asombroso atreverse a afirmar que la ley de Moisés, dada por Dios al pueblo de Israel, es una negación de Cristo.³ Entonces, ¿por qué fue dada por Dios? Antes que viniera Cristo, y antes que fuera manifestado en la carne, la ley fue necesaria; pues la ley es nuestro ayo para llevarnos a Cristo. Pero, ahora que Cristo ha sido manifestado, por lo que hemos creído en Él, ya no estamos bajo ayo. De esto ya hemos hablado ampliamente anteriormente al terminar el capítulo tres. Entonces, todo el que enseña que la ley es necesaria para la justicia, enseña una negación entera de Cristo y de todos sus beneficios; el tal ha hecho de Dios un mentiroso, y hasta de la ley una

¹ *exempla optimarum legum et morum.*

² *tantum abesse, ut lege iustificemur.*

³ *negationem Christi.*

mentirosa; pues la ley testifica de Cristo, y de las promesas hechas a nosotros tocante a Cristo, y ha predicho que Él sería un Rey de gracia, y no de la ley.

VERSÍCULO 4. De Cristo os desligasteis,¹ los que por la Ley os justificáis; de la gracia habéis caído.²

Aquí Pablo se explica, y muestra que él habla no simplemente de la ley, ni de la obra de la circuncisión, sino de la confianza y el concepto que los hombres tienen, de que por medio de la ley serán justificados. Como si dijera, “Yo no condeno por completo ni a la ley ni a la circuncisión (pues me es lícito beber, comer, y reunirme con los judíos, de acuerdo a la ley; me es lícito circuncidar a Timoteo), pero procurar justificarme por medio de la ley, como si Cristo todavía no hubiera venido, o que estando ahora presente, Él por sí solo no pudiera justificar, esto es lo que condeno; pues esto es desligarse de Cristo. Por tanto, dice él, se han abolido, es decir, están totalmente vacíos de Cristo. Cristo no está en ustedes, Él ya no obra más en ustedes. Ya no son partícipes del conocimiento, del espíritu, de la comunión, del favor, de la libertad, la vida, o las obras de Cristo, sino que del Él se han desligado por completo, de tal modo que Él ya no tiene nada más que ver con ustedes, ni ustedes con Él.

Estas palabras de Pablo se deben tomar en cuenta con mucha atención, que procurar la justicia por medio de la ley, no es nada más que separarse de Cristo, y de lograr que Cristo de nada aproveche. ¿Qué otra cosa más contundente se pudiera decir contra la ley? ¿Qué se pudiera interponer contra este trueno y relámpago? Por lo que es imposible que Cristo y la ley puedan convivir en un solo corazón, pues uno de los dos debe ceder: o la ley, o Cristo. Pero, si piensas que Cristo y la confianza en la ley pueden convivir,³ entonces ciertamente Cristo no mora en tu corazón; sino que es el diablo, tomando la apariencia de Cristo, te acusa y te aterra, y te exige la ley y sus obras, pues el verdadero Cristo (como lo he dicho antes) ni te pide que rindas cuentas por tus pecados, ni te insta a confiar en tus propias buenas obras. Y el verdadero conocimiento de Cristo, o de la fe, no disputa si has hecho buenas obras con miras a la justicia, o si has hecho malas obras por las que serás condenado, sino que simplemente concluye lo siguiente: Si has hecho buenas obras, no por ellas serás justificado; o si has hecho malas obras, no por ellas serás condenado. De las buenas obras no recibo sus alabanzas, ni tampoco recomiendo las malas obras. Pero tocante a la justificación, yo digo, debemos estar seguros de habernos aferrado a Cristo, no sea, si procuramos justificarnos por medio de la ley, logremos que Cristo de nada nos aproveche. Pues es Cristo solo quien me justifica, tanto contra mis malas obras, y sin mis buenas obras. Si tengo esta convicción de Cristo, me aferro del verdadero Cristo. Pero si yo pienso que Él me exige la ley y las obras para lograr la justicia,⁴ entonces de nada me aprovecha, y me he desligado de Él por completo.

¹ *evacuati estis.*

² *Reina-Valera 1995 [Traductor].*

³ *fiduciam legis.*

⁴ *ad iusticiam, ‘hacia la justicia.’*

Estas son temibles declaraciones y amenazas contra la justicia de la ley, y la justicia propia. Además, también son los principios más certeros que confirman el artículo de la justificación. Por tanto al final llegamos a esta conclusión: O nos quedamos sin Cristo, o sin la justicia de la ley. Si te quedas con Cristo, eres justo ante Dios. Pero si te aferras a la ley, Cristo de nada te aprovecha. Además, tienes la obligación de guardar toda la ley, y ya se ha pronunciado el fallo contra ti: “Maldito todo aquel que no cumpliera todas las cosas escritas en esta ley” (Deuteronomio 27:26). Tal cual hemos dicho de la ley, lo decimos de las tradiciones de los hombres. O el Papa, con sus religiosos,¹ debe rechazar todo en lo que ha confiado, o de otro modo Cristo de nada les aprovechará. Y por eso podemos ver sin tapujos lo pernicioso y pestilente que es la doctrina del Papa, pues conduce a los hombres a separarse de Cristo alejándose de Él, y ha logrado que de nada aproveche. En Jeremías 23 Dios se queja de los profetas pues profetizaban mentiras y sueños nacidos en su propio corazón a fin de olvidar su nombre. Por tanto, así como los falsos profetas se apartaron de la correcta interpretación de la ley, y de la verdadera doctrina tocante a la simiente de Abraham en quien serían benditas todas las naciones, predicaban sus propios sueños para que la gente se olvidara de su Dios; asimismo los Papistas, habiendo oscurecido y desfigurado la doctrina de Cristo, de tal modo que nulificaron su poder, enseñando y exponiendo solamente la doctrina de las obras, apartan al mundo entero de Cristo. Todo el que fervorosamente toma en cuenta este asunto, no podrá hacer otra cosa que temer y temblar.

VERSÍCULO 4. De la gracia habéis caído.

Es decir, ya no están en el reino de la gracia. Pues así como el que cae de la nave, no importa de qué lado cae al mar, se ahoga; asimismo el que ha caído de la gracia, perecerá. Por tanto el que procura justificarse por la ley, ha caído al mar, y se ha entregado al riesgo de la muerte eterna. *Y, ¿qué pudiera ser más necio e impío que decidirse por guardar la ley de Moisés, y por tanto perder la gracia y el favor de Dios: lo cual si lo hicieras, te amontonarías ira y toda maldad sobre ti?* Bien, y si los que procuran justificarse por la ley moral han caído de la gracia, ¿a dónde pregunto, llegan a parar los que procuran justificarse mediante sus propias tradiciones y su votos? Hasta lo más profundo del infierno. ¡Oh no! ¿Quién ha dicho? Se van derecho al cielo: pues así es como ellos mismos nos enseñaron. “Todo el que viviere (según dicen) de acuerdo a la orden de San Francisco, Domingo, Benedicto, o cualquier otro, la paz y la misericordia de Dios sea sobre él.” Así también, “todos los que guarden y persistan en la castidad, la obediencia, etc., tendrán la vida eterna.” Pero al diablo con estos juguetes, pues de allí vinieron, y escuchen aquí lo que Pablo te enseña, y lo que Cristo instruye diciendo, “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; mas el que es incrédulo al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Juan 3:36). También, “El que no cree, ya es condenado” (Juan 3:18).

De paso, así como toda la doctrina de los Papistas respecto a las tradiciones de los hombres, las obras, votos, y méritos, se hizo la más común del mundo, así también se llegó a pensar que era la mejor y la más cierta de todas; por lo que el diablo ha edificado

¹ *cum suis Religiosis.*

y establecido su reino con mucho poder. Por tanto, cuando nosotros hoy impugnamos y vencemos esta doctrina con la potencia de la Palabra de Dios, y sale volando como el tamo que arrebató el viento, entonces no ha de maravillarnos que Satanás agrede tan cruelmente contra nosotros, y suscite calumnias y ofensas por doquier, y nos pone a todo el mundo encima de nosotros. Entonces es cuando algunos dirán que mejor hubiera sido si nos hubiéramos quedado en paz, pues entonces estos diablos no se hubieran levantado. Pero debemos tener por mayor estima el favor de Dios, cuya gloria declaramos, que el de un mundo tirano que nos persigue. Pues, ¿qué es el Papa y todo el mundo comparado con Dios, *a quien ciertamente debemos magnificar y preferir ante todas las creaturas? Además los impíos engrandecen los tumultos y ofensas que Satanás ha provocado para destruir, o al menos desfigurar nuestra doctrina. Al contrario, nosotros amplificamos el provecho inestimable y el fruto de esta doctrina, la cual sostenemos por encima de todo tumulto, divisiones sectarias, y ofensas.* Es cierto que somos débiles, y llevamos el tesoro celestial en frágiles vasijas de barro; pero por todo lo frágil que sean, el tesoro es inestimable (2 Cor. 4:7).

Estas palabras, “de la gracia habéis caído,” no se deben tomar con frialdad o como si fueran poca cosa. Pues tienen gran peso e importancia. Él que ha caído de la gracia, ha perdido totalmente la expiación,¹ el perdón de los pecados, la justicia, la libertad, y la vida, todo lo que Jesús logró como méritos a nuestro favor mediante su muerte y resurrección. Sin embargo, para sí mismo se compró la ira y el juicio de Dios, el pecado, la muerte, la esclavitud al diablo, y la condena eterna. Este texto aquí poderosamente confirma y fortifica nuestra doctrina respecto a la fe, o el artículo de la justificación, y maravillosamente nos consuela contra la furia cruel de los Papistas, que nos persiguen y condenan como herejes, porque enseñamos este artículo. Ciertamente que este texto debiera causar temor a los enemigos de la fe y la gracia, es decir, a todos los que procuran la justicia de las obras, para que no persigan y blasfemen la palabra de gracia, vida, y salvación eterna. Pero ya que son tan duros de corazón y obstinados, que viendo no pueden ver, y oyendo no oyen; cuando leen esta temible sentencia del apóstol pronunciada contra ellos, no la entienden. Entonces que se queden así, pues son ciegos, y guías de los ciegos (Mateo 15:14).

VERSÍCULO 5. Nosotros por el Espíritu, extrayendo de la fe,² la esperanza de justicia aguardamos.³

Aquí Pablo pone el punto final al tejido con una extraordinaria declaración: “Ustedes procuran justificarse por la ley, la circuncisión, y por las obras; pero nosotros no procuramos ser justificados por esos medios, no sea que de nada nos aproveche Cristo, y terminemos siendo deudores al cumplimiento de toda la ley, para al fin caer de la gracia.

¹ *expiationem.*

² *spiritu ex fide.*

³ Nota del traductor: El griego reza así: *ἡμεῖς γὰρ πνευματὶ ἐκ πίστεως ἐλπίδα δικαιοσύνης ἀπεκδεχόμεθα.* Traducido al español literalmente es: “Nosotros por el Espíritu, extrayendo de la fe, la esperanza de justicia aguardamos.” Esta traducción concuerda con la versión que usa Lutero en su disertación en el latín original (La Vulgata de Jerónimo): “nos enim spiritu ex fide spem iustitiae expectamus.” (La traducción al español en el texto es del traductor).

Más bien, en espíritu, mediante la fe, aguardamos la esperanza de justicia. Aquí se debe prestar atención a cada palabra, pues están llenas de sentimiento y poder. Aquí él no sólo dice como acostumbra, que somos justificados por la fe, o en espíritu por la fe, sino que además añade, “Aguardamos la esperanza de la justicia,” incluyendo la esperanza, para que pueda abarcar todo el tema de la fe. *Cuando él dice, “nosotros en espíritu por fe”, hay una parte opuesta que se deja ver en la palabra “espíritu” como si dijera: No procuramos ser justificados por la carne, sino por el espíritu. Este espíritu no es según el espíritu de los fanáticos, uno que se presenta como si fuera dueño de cada cual,¹ como los herejes se jactan del espíritu. Pero nuestro espíritu es el de la fe. Con respecto al espíritu y la fe él ya había declarado ampliamente, pero aquí no sólo dice: “Somos justificados por el espíritu por fe, sino que añade: “Aguardamos la esperanza de justicia,” lo cual es algo nuevo.*

La esperanza, de acuerdo a las Escrituras, se ha de entender en dos maneras: Una, aquello por lo que se espera, y la otra el sentimiento de aquel que espera. De lo que se espera se observa en Colosenses, capítulo primero: “Por la esperanza que os está guardada en el cielo,” es decir, aquello por lo que se espera. Del sentimiento de aquel que espera, se entiende en Romanos ocho: “Porque en esperanza somos salvos.” Así también en este texto se puede entender de dos maneras por tanto entrega un doble sentido. El primero es: En espíritu esperamos, mediante la fe, por la esperanza de justicia, es decir, la justicia por la que se espera, la cual ciertamente se manifestará a tal hora cuando le agrade al Señor entregarla. La segunda: En espíritu esperamos, mediante la fe por la justicia con esperanza y deseo. Es decir, somos justos, mas nuestra justicia todavía no se ha revelado, sino que todavía pende de la esperanza. Pues siempre y cuando vivamos aquí, el pecado permanece en nuestra carne. Hay también una ley en nuestra carne y miembros, que se rebela contra la ley de nuestra mente, y nos lleva cautivos a servir al pecado (Romanos 7:23). Bien, cuando estos sentimientos de la carne se enfurecen y reinan, nosotros por otra parte, mediante el espíritu, luchamos contra ellos, entonces queda un lugar para la esperanza. Ciertamente que por la fe estamos siendo justificados, por lo que también hemos recibido los primeros frutos del espíritu; y también ha comenzado la mortificación de la carne en nosotros, pero no somos perfectamente justos. Queda entonces que seamos perfectamente justificados, y esto es lo que esperamos. Así que nuestra justicia todavía no es una posesión en la actualidad, sino que nos aguarda en la esperanza.²

Este es un consuelo dulce y firme, con el cual las conciencias perturbadas, sintiendo su pecado, y aterradas con cada dardo encendido del diablo, pueden recibir un maravilloso consuelo. Pues el sentimiento de pecado, de la ira de Dios, de la muerte, del infierno, y de cualquier otro terror, es maravillosamente fuerte en el conflicto de la conciencia, como yo

¹ *ne sit Phanaticus et ex se Magister natus.* El MS. de Röerer reza: *ne sit phanaticus spiritus sibiipsi magister factus.*

² *nondum est in re, sed adhuc in spe.* Nota del traductor: El contexto en el cual Lutero coloca la culminación de la esperanza es el mismo de Pablo: “Por la esperanza que os está guardada en el cielo (Colosenses 1:5).” Lutero aquí no habla de una justicia que nos “hace justos” según el catolicismo romano, pues eso sería contradictorio a su tema de la justicia por la fe sola. Por tanto la esperanza es la de estar, libres de corrupción y mortalidad, en el cielo cara a cara con nuestra esperanza, nuestro tesoro, que es y siempre será Cristo, Justicia Nuestra.

mismo lo sé, pues me lo ha enseñado la experiencia.¹ Entonces el siguiente consejo debe darse a los que están afligidos en toda su miseria: Hermano, tu deseas experimentar tu justificación con tus sentidos.² Es decir, tú quisieras sentir el favor de Dios de igual manera como tú sientes tu pecado, pero eso no puede ser así. Mas bien, tu justicia debe superar a todo sentimiento de pecado. Es decir, tu justicia o justificación, a lo que te aferras, no se apoya sobre lo visible ni lo que se puede sentir,³ sino sobre la esperanza que será revelada cuando le agrade al Señor. Por tanto, no debes juzgar de acuerdo al sentimiento de pecado que te perturba y aterra, sino de acuerdo a la promesa y la doctrina de la fe, por la cual se te promete a Cristo, quien es tu perfección y eterna justicia. Es así como la esperanza del afligido, que consiste en el sentimiento interno, es provocada por la fe en medio de todos los terrores y sentimientos de pecado, fiando su esperanza en que Él es justo. Además, si por esperanza se entiende aquello por lo que se espera, entonces se debe entender que aunque el hombre todavía no lo puede ver, tiene la esperanza que en su tiempo será perfeccionado y manifiesto con toda claridad.

Cualquiera de los dos sentidos cabe. Pero el primero, que penetra al deseo interior y al sentimiento de esperanza, trae un consuelo más abundante. Pues la justicia que hay en mí todavía no es perfecta, ni todavía la puedo sentir. Aún así, no me desespero, pues la fe me hace ver a Cristo, en quien yo confío, y cuando por la fe me he aferrado a Él, estoy luchando contra los dardos encendidos del diablo. Así, mediante la esperanza, tengo un buen corazón contra el sentimiento del pecado; y me aseguro que en el cielo ya tengo preparada para mí una perfecta justicia. Así que ambos de estas declaraciones son ciertas, que yo soy ya justo mediante esa justicia que se ha comenzado en mí; y que también cobro ánimo contra el pecado mediante esa misma esperanza, y espero la plena consumación de la perfecta justicia en los cielos. Estas cosas no se entienden debidamente hasta cuando se les pone en práctica.

¿Cuál es la diferencia entre la fe y la esperanza?

Aquí surge una pregunta, ¿cuál es la diferencia entre la fe y la esperanza? Los sofistas y los escolásticos se han esforzado mucho en este tema, pero nunca han podido decir nada con certeza alguna. Sí, hasta para nosotros que nos ocupamos en las Escrituras con mucha diligencia, y también con más plenitud y poder de espíritu (lo decimos sin jactancia alguna), se nos hace difícil dar con diferencia alguna. Pues hay tan grande afinidad entre la fe y la esperanza que la una no se puede separar de la otra. No obstante, hay diferencia entre ellas, la cual se debe a sus diferentes funciones, diversidad de operaciones, y sus fines.

Primero, difieren con respecto al sujeto, es decir, el fundamento sobre el cual descansan. Pues la fe descansa sobre el entendimiento, y la esperanza descansa sobre la voluntad. Pero en realidad, no pueden separarse la una con respecto a la otra, como los dos querubines sobre el propiciatorio, los cuales no podían dividirse (Éxodo 25:20).

¹ *ut experientia docti scimus.*

² *sensitivam iusticiam.*

³ *non est visibilis, non est sensibilis.*

Segundo, difieren con respecto a su función, es decir, en sus operaciones. Pues la fe comunica lo que hay que hacer: enseña, prescribe, y dirige, y es un conocimiento.¹ La esperanza es una exhortación que provoca la mente para fortalecerla, para que tenga osadía, y valor. La fortifica para que sufra y persevere en la adversidad, y en ese ánimo espere por mejores cosas.

Tercero, difieren respecto a su objeto, es decir, aquello tan especial sobre lo cual reposan sus miradas. Pues la fe tiene por su objeto a la verdad, enseñándonos a aferrarnos a ella, y teniendo la mira puesta sobre la Palabra y la promesa de lo que se ha prometido. La esperanza tiene por su objeto a la bondad de Dios, y se fija sobre lo que se ha prometido en la palabra, a saber, sobre aquellas cosas que la fe enseña se deben esperar.

Cuarto, difieren en su orden. Pues la fe es el principio de la vida ante toda tribulación (Hebreos 11). Pero la esperanza viene después, y procede de la tribulación (Romanos 5).

Quinto, difieren en la diversidad de sus operaciones. Pues la fe es maestra y juez, lucha contra errores y herejías, juzgando espíritus y doctrinas. Pero la esperanza, es como si fuera, el general o capitán de campo, luchando contra la tribulación, la cruz, la impaciencia, pesadez de espíritu, debilidad,² desesperanza, y blasfemia, y espera por cosas buenas, aun en medio de todo mal.

Por tanto, cuando la fe me instruye por la palabra de Dios, me aferro a Cristo, creyendo en Él con todo el corazón (lo cual no sucede sin la voluntad),³ entonces soy justo por medio de este conocimiento. Cuando por esta fe soy justificado, o por este conocimiento, enseguida viene el diablo, el padre de engaños, y procura extinguir mi fe por medio de tretas y sutilezas, es decir, por medio de mentiras, errores, y herejías. Además, ya que él es un asesino, anda rondando para oprimirla con violencia. Aquí la esperanza luchando, se aferra de aquello que ha sido prescrito⁴ por la fe, y vence al diablo que hace guerra contra la fe; mas después de esta victoria sigue la paz y el gozo en el Espíritu Santo. Así que en realidad la fe y la esperanza apenas pueden distinguirse la una de la otra, y aún así hay cierta diferencia entre ellas. Para que este asunto se pueda percibir mejor, intentaré explicarlo con un ejemplo.

En el gobierno civil,⁵ la prudencia y la firmeza difieren. No obstante estas dos virtudes están tan unidas que no pueden dividirse. Bien, la firmeza es constancia de la voluntad, la cual no se desanima en la adversidad, sino que persevera con valor, y espera por mejores cosas. Pero si la firmeza no se deja guiar por la prudencia, no es nada más que imprudencia y precipitación. Por otro lado, si la firmeza no se uniera a la prudencia, tal prudencia sería tan sólo vana y sin provecho alguno. De la misma manera como en el

¹ *notitia.*

² *pusillanimitem.*

³ *sine voluntate.*

⁴ *dictatam.*

⁵ *in politia.*

gobierno la prudencia es tan sólo vana sin la firmeza, asimismo en la teología, la fe sin la esperanza, nada sería. Pues la esperanza persevera en la adversidad, y es constante, y al final vence todo mal. Por otro lado, así como la firmeza sin la prudencia es actuar precipitadamente, así también la esperanza sin la fe es presunción de espíritu, y es tentar a Dios. Pues no tiene conocimiento de Cristo y de la verdad que enseña la fe, y por tanto es tan sólo una ciega precipitación y arrogancia. Es así como el hombre piadoso, ante todo, debe tener su entendimiento instruido por la fe.¹ De esa manera su mente será guiada en las aflicciones, para que pueda esperar en esas cosas mejores que la fe ha revelado y enseñado.

La fe es la dialéctica, la cual concibe la idea de aquello en que se ha de creer. La esperanza es la retórica, que amplía, urge, persuade, y exhorta a la constancia, a fin que la fe no falle en la hora de la tentación, sino que debe aferrarse a la Palabra y no despegarse de ella. Bien, ya que la dialéctica y la retórica son artes diferentes, que no obstante sostienen tal afinidad que son inseparables (pues sin la dialéctica el retórico no tiene nada que enseñar con certitud, y sin la retórica el dialéctico no conmueve a sus oyentes, pero aquel que las une, enseña y persuade); asimismo la fe y la esperanza son sentimientos diferentes, pues la fe no es esperanza, ni la esperanza fe, pero debido a su gran afinidad son inseparables. Por tanto, así como la dialéctica y al retórica se dan la mano para ayudarse mutuamente, así también entre la fe y la esperanza. Por tanto hay igual de diferencia entre la fe y la esperanza en la teología, como entre el entendimiento y la voluntad en la filosofía, la prudencia y la firmeza en el gobierno, la dialéctica y la retórica en la oratoria.

En breve, la fe se concibe por la enseñanza, pues de esa manera la mente se instruye en lo que es la verdad. La esperanza se concibe por la exhortación, pues por la exhortación la esperanza se reanima en las aflicciones; y la esperanza confirma al que ya ha sido justificado por la fe, para que no sea vencido por las adversidades, sino que pueda resistirlas poderosamente. No obstante, si la chispa de fe no alumbrara a la voluntad, no se convencería de aferrarse a la esperanza. Entonces, tenemos a la fe, por la cual somos instruidos, comprendemos, y entendemos la sabiduría celestial, nos aferramos de Cristo, y perseveramos en la gracia. Pero tan pronto nos aferramos de Cristo por la fe, lo confesamos. De inmediato nuestros enemigos, el mundo, la carne, y el diablo, se amotinan contra nosotros, odiando y persiguiéndonos de lo más cruel, tanto en el cuerpo como en el espíritu. Por tanto nosotros, creyendo y justificados por la fe, en espíritu esperamos por la esperanza de nuestra justicia. Y con paciencia es que esperamos, pues todo lo que vemos y sentimos es totalmente lo contrario. Pues el mundo con su príncipe el diablo, nos asedia poderosamente, tanto por dentro como por fuera. Además, el pecado permanece en nosotros, lo que nos empuja a la pesadumbre. Sin embargo, ante todo esto, no nos rendimos, sino que por la fe levantamos nuestra mente poderosamente, la cual alumbraba, enseña, y guía de igual manera. Y es así que perseveramos firmes y constantes, y vencemos toda adversidad por Aquel que nos amó, hasta que nuestra justicia, en la cual hemos creído y esperado, sea manifestada. Pues así como comenzamos por la fe, seguimos por la esperanza, y por la revelación lo tendremos todo. Mientras aquí

¹ *intellectum fide informatum.*

tengamos vida, creemos, enseñamos la palabra, y publicamos el conocimiento de Cristo a otros. En este quehacer, sufrimos pacientemente la persecución (de acuerdo a este texto, “Creí; por tanto hablé, estando afligido en gran manera,” Salmo 116:10), siendo fortalecidos y animados por la esperanza; pues la Escritura nos exhorta a que tengamos esperanza con las promesas más dulces y consoladoras, pues son reveladas y enseñadas por la fe. Y es así que la esperanza surge y aumenta en nosotros (Romanos 15), “para que por la paciencia y consolación de las Escrituras, tengamos esperanza.”

Por tanto, no es sin causa, que Pablo une a la paciencia en las tribulaciones junto con la esperanza, en Romanos cinco y ocho, como también en otros lugares, pues por ellas se despierta la esperanza. Pero la fe (como lo he mostrado antes) viene antes de la esperanza; pues es el principio de la vida, y comienza antes de toda tribulación, pues aprende de Cristo, y se aferra a Él, sin la cruz [de la tribulación]. No obstante, el conocimiento de Cristo no puede perdurar sin la cruz, sin pruebas y conflictos. En este caso la mente debe provocarse a tener firmeza de espíritu (pues la esperanza no es nada más sino fortaleza espiritual,¹ como la fe no es nada más sino prudencia espiritual), la que consiste en sufrimiento, de acuerdo a ese decir, “Que mediante la paciencia,” etc. Estas tres cosas entonces, viven juntas en los fieles: La fe, que enseña la verdad y defiende de los errores. La esperanza que sufre y vence toda adversidad en el cuerpo como de espíritu; y el amor, que obra el bien en todo, así como sigue en el texto. Y es así como el hombre es íntegro y perfecto en esta vida, por dentro y por fuera, hasta que la justicia por la que espera sea revelada, y esta será una justicia perfecta² y para siempre.

Además, este texto contiene tanto una doctrina singular como un consuelo. Tocante a la doctrina, muestra que somos justificados, no por las obras, los sacrificios, o las ceremonias de la ley de Moisés, mucho menos por las obras y tradiciones de los hombres, sino por Cristo solo. Por tanto todo lo que el mundo valore como bueno y santo sin Cristo, no es nada más que pecado, error, y carne. Por cuanto la circuncisión y la observancia de la ley, como también las obras, religiones, y votos de los monjes, y de todos los que confían en su propia justicia,³ son enteramente de la carne. Pero nosotros (dice Pablo) estamos muy por encima de todas estas cosas en el espíritu y el hombre interior; pues Cristo es nuestra posesión por la fe, y en medio de nuestras aflicciones, mediante la esperanza, esperamos aquella justicia que ya es nuestra por la fe.

El consuelo es este: que en los conflictos y terrores graves, cuando el sentimiento del pecado, pesadumbre de espíritu, desesperación, y tales, son muy fuertes (pues penetran a lo profundo del corazón, y lo agreden poderosamente), no debes seguir la inclinación de tu propio sentimiento, pues si lo hicieras, dirás: Siento los horribles terrores de la ley y la tiranía del pecado, no sólo que se rebelan contra mí, sino también sujetándome y llevándome cautivo, y no siento ni consuelo ni justicia de manera alguna. Por tanto soy pecador, y no justo. Si soy pecador, entonces soy culpable ante la muerte eterna. Pero debes luchar contra este sentimiento, diciendo: Por más que me sienta totalmente

¹ *fortitudo Theologica.*

² *consummata.*

³ *omnium iusticiariorum.*

ahogado y absorbido por el pecado, y mi corazón me dijera que Dios está ofendido y enojado conmigo, no obstante, eso es pura mentira; son tan sólo mis propias emociones y sentimientos que lo juzgan así. La palabra de Dios (la que debo seguir ante estos terrores y no mis sentimientos) enseña algo mucho mejor; a saber “Cercano está Jehová a los quebrantados de corazón; y salvará a los contritos de espíritu” (Salmo 34:18). También, “al corazón contrito y humillado no despreciarás” (Salmo 51:17). Además Pablo muestra aquí, que los que son justificados en espíritu por la fe, todavía no sienten la esperanza de justicia, sino que todavía la aguardan.

Por tanto, cuando la ley te acusa y el pecado te aterra, y todo lo que sientes es la ira y el juicio de Dios, a pesar de todo eso, no pierdas las esperanzas, sino que toma la armadura de Dios, el escudo de la fe, el yelmo de la esperanza, y la espada del espíritu, y hazte valer por un guerrero bueno y valiente. Por la fe aférrate de Cristo, quien es Señor sobre la ley y el pecado, y todas las cosas que las acompañan. Creyendo en él serás justificado, pero la razón y el sentimiento de tu propio corazón no te lo dirán sino la palabra de Dios. Además, en medio de estos conflictos y terrores, que con frecuencia vuelven y te frustran, espera la justicia con paciencia por medio de la esperanza, la cual es tuya ahora por la fe, aunque apenas ha comenzado y es imperfecta, hasta que se manifieste y se perfeccione en el reino de los cielos.

Pero tu dirás, es que en mí mismo no siento justicia alguna, o al menos, la siento pero muy poca. Pero es que no debes sentir, sino creer que tienes justicia. Y a menos que creas que tú eres justo, causas gran agravio a Cristo quien te ha limpiado por el lavamiento del agua mediante la palabra (Efesios 5:26), que también murió en la cruz, condenó al pecado y mató la muerte, para que por medio de Él puedas obtener la justicia y la vida eterna (1 Corintios 15:3). No puedes negar estas cosas (a menos que abiertamente te declares por impío y blasfemes contra Dios, y desprecies a Dios por completo y a todas sus promesas, a Jesucristo con todos sus beneficios), y por consecuencia no puedes negar que eres justo.

Por tanto aprendamos que en grandes y horribles terrores, cuando nuestra conciencia no puede sentir nada más sino el pecado, y a nuestro juicio Dios está enojado con nosotros, y sentimos que Cristo nos ha retirado su rostro, a no hacer caso al sentir y el sentimiento de nuestro corazón. Más bien tenemos que aferrarnos a la Palabra de Dios que dice que Dios no está enojado, sino que se fija en los afligidos, y en el pobre y humilde de espíritu y que tiembla a su Palabra (Isaías 66:2); que Cristo no da la espalda a los trabajados y cargados, sino que los renueva y consuela (Mateo 11:28). Por tanto, este texto enseña claramente que la ley y las obras no nos otorgan ni justicia ni consuelo alguno; sino que esta es la obra del Espíritu Santo sólo en la fe de Cristo, quien nos levanta la esperanza en terrores y tribulaciones, la cual persevera y vence toda adversidad. Hay muy pocos que conocen cuán débil y frágil son la fe y la esperanza cuando sufren la cruz, y en medio del conflicto. Pues pareciera que son como el pabilo humeante, que está por apagarse cuando arrecia el viento (Isaías 42:3). Pero los fieles que creen en medio de todos estos agravios y terrores, esperando contra la esperanza, es decir, luchando por la fe en la promesa con respecto a Cristo, contra el sentimiento del pecado y de la ira de Dios, entienden después por la experiencia que esta chispa de fe, aunque sea muy pequeña (como pareciera a la

razón, pues la razón apenas la siente), es un poderoso fuego, y absorbe todos nuestros pecados y terrores.

No hay nada más querido opreciado en todo el mundo a los verdaderos piadosos¹ que esta doctrina. Pues todos los que entienden esta doctrina, conocen lo que todo el mundo desconoce. A saber, que el pecado, la muerte, y toda miseria, aflicción y calamidad, del cuerpo como espiritual, se tornan para el beneficio y provecho de los electos. Además, saben que Dios está más cerca de ellos, cuando Él pareciera estar más lejos. Es entonces cuando Él es un sumo misericordioso y amoroso Salvador, cuando pareciera estar más enojado, cuando pareciera que aflige y destruye. Pues ellos también saben que tienen una justicia eterna, a la que esperan por medio de la esperanza, como una posesión cierta y segura apartada para ellos en el cielo, aun cuando sienten los horribles terrores del pecado y de la muerte. Aun más, es entonces cuando son señores de todas las cosas, cuando han sido destituidos de todas las cosas, de acuerdo a lo dicho “teniendo nada, y aún así, teniendo todas las cosas.” Esto, dice la Escritura, es concebir consuelo mediante la esperanza. Pero esta astucia no se aprende sin grandes y repetidas tentaciones.

VERSÍCULO 6. Porque en Jesucristo ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por amor.²

Los escolásticos tuercen este texto hacia su propia opinión, pues ellos enseñan que somos justificados por el amor o las obras. Pues ellos dicen que la fe, aunque es infundida de lo alto (no hablo aquí de la fe adquirida³ por nuestro esfuerzo), no justifica, a menos que sea formada por el amor.⁴ Pues al amor le llaman “lo que hace grato a la gracia,”⁵ es decir, justificable (para usar nuestra propia palabra, o más bien la de Pablo). Luego dicen que el amor es adquirido⁶ por nuestro mérito de congruencia, etc. Y además afirman que hasta la fe infundida está en el mismo plano con el pecado mortal. Es así como despojan totalmente a la justificación de la fe, y la atribuyen (por este medio) solamente al amor. Y procuran demostrar esto mediante este texto de Pablo: ‘La fe que obra por amor,’⁷ como si Pablo hubiera dicho: “Miren, la fe no justifica, no, hasta es como nada, a menos que se añada al amor obrando⁸, el cual conforma a la fe.

Pero todas estas cosas son monstruosidades, fabricadas por cabezas ociosas. Pues ¿quién va a tolerar que la fe, la cual es el don de Dios por medio del Espíritu Santo infundido en nuestros corazones, puede estar en el mismo plano con el pecado mortal? Si hablaran de la fe adquirida por nuestro propio esfuerzo,⁹ o la fe histórica y una opinión

¹ *vere pii.*

² *per charitatem efficac.*

³ *fides acquisita.*

⁴ *informatam per charitatem.*

⁵ *gratia gratum faciens.*

⁶ *acquiriri.*

⁷ *per charitatem operatum.*

⁸ *operatix.*

⁹ *fides acquisita.*

concebida de la historia, se les pudiera tolerar, sí, con respecto a una fe histórica pudieran hablar con la verdad. Pero cuando piensan así de la fe infundida, ellos abiertamente confiesan que están totalmente faltos de todo entendimiento correcto de la fe. Además, ellos leen este texto de Pablo a través de un vidrio de colores (como dice el proverbio), y pervierten el texto según sus propios sueños ilusos. Pues Pablo no dice, "La fe que justifica por medio del amor," o "La fe que hace acepto por el amor." Ellos se inventan tal texto y a la fuerza lo insertan en este lugar. Mucho menos dice Pablo: "El amor [que] hace acepto." Él no dice eso, sino que él dice: "La fe que obra por amor."¹ Él dice que las obras son hechas por la fe mediante el amor, y no que la persona es justificada por el amor. Pero ¿quién puede ser tan falto de gramática que no puede comprender de las mismas palabras, que una cosa es ser justificado, y otra es obrar? Pues las palabras de Pablo son claras, "La fe que OBRA por amor."² Por lo cual es un patente fraude cuando anulan el significado claro de Pablo, e interpretan "obrar" como "justificar"; y "obras" como "justicia." Pues aun en la filosofía moral se ven obligados a confesar que las obras no son justicia, sino que las obras surgen de la justicia.

Además, aquí Pablo no trata de la fe como si no tuviera forma, como si fuera un crudo caos, al cual no compete ser ni hacer cosa alguna. Sino atribuye el obrar a la fe misma, y no al amor. No sueña ilusamente que la fe es alguna cualidad cruda y sin forma, sino afirma que es una cualidad eficaz y laboriosa, como si fuera una sustancia, o (como dicen ellos), una forma sustancial. Pues él no dice: "El amor es eficaz," sino, "La fe es eficaz." No dice: "El amor obra," sino "La fe obra." Pero aquí él trata del amor como un instrumento de la fe, por medio del cual obra la fe. Y, ¿quién no sabe que un instrumento tiene su fuerza, movimiento y acción, no de sí mismo, sino del obrero operador, y agente? Pues, ¿quién va a decir, que es el hacha que da el poder y el movimiento de cortar, al carpintero? O que el velero otorga al marinero el poder y los movimientos de la navegación? O, deduciendo del ejemplo de Isaías, ¿quién dirá: "El serrucho maneja al carpintero, o la vara levanta la mano? (Isaías 10:15). Hay muy poca diferencia cuando dicen que el amor es la forma de la fe, o que imparte la fuerza y el movimiento a la fe, o que justifica. Pero viendo que Pablo ni siquiera atribuye las obras al amor, ¿cómo es posible que le atribuya la justificación? Por tanto es cierto que se comete un gran agravio, no sólo contra Pablo, sino tanto a la fe y al amor, cuando este texto se tuerce contra la fe a favor del amor.

Pero así sucede a los lectores descuidados y otros tales que traen sus propias premisas a la lectura de las Sagradas Escrituras. Más bien debieran venir trayendo nada, y buscando llevarse los pensamientos de las Escrituras. Además, debieran considerar con diligencia las palabras, comparando las que vienen antes y las que van después, procurando alcanzar un entendimiento completo de cada texto, y no rebuscando palabras y frases que convengan con sus propios sueños ilusos. Pues aquí Pablo no se dispone a declarar lo que es la fe, ni lo que aprovecha ante Dios. Él no disputa, digo, tocante a la justificación (pues ya antes lo había hecho ampliamente), sino que al resumir su argumento brevemente demuestra lo que es la misma vida del cristiano,

¹ ex fide per charitatem.

² per charitatem OPERATUR.

diciendo: “En Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por amor.” Es decir, que la fe no es disimulada ni hipócrita, sino verdadera y viva. Esta es la fe que se ejercita y urge¹ buenas obras por medio del amor. Es lo mismo que decir, el que quiera ser un verdadero cristiano, que pertenece al reino de Cristo, debe ser un verdadero creyente. Si las obras de amor no siguen a su fe, no será un verdadero creyente. Así que por ambos lados, por la derecha así como por la izquierda cierra la puerta del reino de Cristo a los hipócritas. Por la izquierda, deja a los judíos por fuera, y todos los que procuran trabajar por su propia salvación,² diciendo: “En Cristo ni la circuncisión,” es decir, ni obras, ni adoraciones,³ ningún tipo de vida en el mundo, sino la fe, sin ningún tipo de confianza en las obras o en los méritos, vale para cosa alguna ante Dios. Por la derecha, deja fuera a los haraganes y ociosos, que dicen, si la fe justifica sin obras, entonces hagamos la nada, sólo creamos y hagamos todo lo que nos venga en gana. No es así, enemigos de la gracia, dijo Pablo a lo contrario. Y aunque es cierto que sólo la fe justifica, aquí él habla de la fe en otro aspecto. Es decir, que una vez que la fe ha justificado, no es ociosa, sino que se ocupa y se ejercita en obrar por amor.

Por tanto en este texto Pablo presenta todo el vivir del cristiano.⁴ A saber, que interiormente consiste en fe hacia Dios, y por fuera en amor y buenas obras hacia nuestro prójimo. De tal modo que el cristiano es perfecto interiormente⁵ por medio de la fe ante Dios, pues Él no necesita de nuestras obras; y por fuera ante los hombres a los que nuestra fe de nada aprovecha, sino nuestro amor y nuestras obras. Por tanto cuando escuchamos o comprendemos esta manera de vivir la vida cristiana, por medio de la fe y el amor (como he dicho), todavía no se ha declarado que fe o que clase de amor, pues este es otro tema. Pues en cuanto a la fe, o la naturaleza interna, la fuerza y el uso de la fe, él ya lo ha dicho antes, cuando muestra que [la fe] es nuestra justicia, o más bien nuestra justificación ante Dios. Aquí él une al amor y las obras, es decir, él habla de su función externa [de la fe], la cual nos provoca a las buenas obras, a dar los frutos del amor, para el provecho de nuestro prójimo. *Por tanto, ya que este texto habla de la vida entera de los cristianos, no hay nadie que tenga buen sentido que lo pueda comprender como justificación ante Dios. Eso sería una pésima dialéctica, o la falacia de composición y división, en lo que se dice del todo se relaciona a tan sólo una parte. Pues la dialéctica no puede tolerar (a diferencia de la retórica) las figuras de la sinécdoque y la hipérbole, viendo que es la cortesana de la enseñanza, de la definición, de dividir, y de concluir (tal cual se puede hacer con exactitud en estas cosas). Pues, ¿qué tipo de dialéctica sería esta?: El hombre es alma y cuerpo, ni tampoco puede existir sin alma y cuerpo; por tanto el cuerpo comprende, el alma sola no comprende. Es lo mismo que en esta dialéctica: La vida cristiana es fe y amor, o la fe obrando por amor; por tanto el amor justifica, y no la fe sola.*

Pero que se desvanezcan los sueños ilusos de los hombres. También podemos aprender esto de este pasaje, a saber, cuán horrible es la oscuridad en aquellos egipcios que

¹ *urget.*

² *operarios.*

³ *cultus.*

⁴ *totam vitam Christianam.*

⁵ *absolute sit Christianus.*

desprecian no sólo la fe, sino también el amor, en la cristiandad. En su lugar colocan agotadoras obras de la fuerza de la voluntad, trasquiladas, vestimentas, carnes, y una infinidad de otros vanos teatros de enmascarados,¹ por los que quisieran hacerse pasar por cristianos. Pero aquí Pablo se pone en pie con gran libertad, y declara abierta y claramente: Lo que hace al hombre cristiano es la fe obrando por amor. Él no dice: El cristiano consiste de una cogulla, de ayunos, vestuarios, ceremonias; sino de una verdadera fe en Dios, la cual ama a su prójimo y hace el bien. No importa si es siervo o señor, rey, sacerdote, hombre, mujer, vestido en púrpura o en harapos, si come carne o pescado, ninguna de estas cosas, sin excepción alguna, lo hace cristiano, sino sólo la fe y el amor. Todo lo demás es falsedad e idolatría. No obstante, nada es más despreciado entre los que quisieran ser más que cristianos y pertenecer a una iglesia más santa que la misma iglesia de Dios. Una vez más, ellos admiran y se jactan más de sus teatros y farsas de la fuerza de la voluntad, que utilizan para encubrir sus odios, asesinatos, y todo el reino del infierno. Tal cual es el vehemente poder de la hipocresía y la superstición a lo largo de las edades, desde el principio hasta el fin del mundo.

VERSÍCULO 7. Vosotros corríais bien; ¿quién os estorbó para que no obedecáis a la verdad?

Estas palabras están claras. Pablo afirma que les ha enseñado la verdad, y lo mismo que había enseñado antes, y que ellos habían corrido bien siempre que habían obedecido la verdad, es decir, que creían y vivían correctamente. Pero ahora ya no, ya que habían sido descarriados por los falsos apóstoles. Además, aquí utiliza una nueva figura para hablar de la vida cristiana como una ruta, una carrera. Pues entre los hebreos, correr o caminar es lo mismo que vivir, o tener entendimiento. Los maestros corren cuando enseñan con pureza, y los que escuchan o los alumnos corren cuando reciben la palabra con gozo, y cuando siguen los frutos del Espíritu. Todo esto sucedía siempre y cuando Pablo estuvo presente, como testimonia previamente, en los capítulos tres y cuatro. Y aquí él dice “Corrías bien,” es decir, las cosas iban bien y con gozo entre ustedes; vivían bien, iban encaminados hacia la vida eterna, según promete la palabra de Dios.

Estas palabras, “Corrían bien,” contienen un consuelo particular. A veces hay una tentación que perturba a los piadosos, y es que en su vida pareciera que se arrastran en vez de correr. Pero si permanecen en la sana doctrina, y caminan en el espíritu, que no se dejen perturbar por eso, que sus cosas parecieran ir muy lentas, o más bien que se arrastran. Dios juzga de otra manera, pues lo que a nosotros nos pareciera ser muy lento y que apenas se mueve, a la vista de Dios es una valiente carrera. Otra vez, aquello que a nosotros es tan sólo pesar, duelo, y muerte, ante Dios es gozo, regocijo, y verdadera felicidad. Por eso fue que Cristo dijo, “Bienaventurados los que lloran y están en duelo, porque serán consolados” (Mateo 5:4), “se reirán,” etc. (Lucas 6:21). Todo cambiará a lo mejor, a los que creen en el Hijo de Dios, sea el dolor o la misma muerte. Por tanto los verdaderos corredores son aquellos que no importa lo que pase, corren bien y siguen contentos hacia delante, ayudados por el Espíritu de Dios, el cual desconoce lentitud.²

¹ *personatibus et larvis.*

² *qui nescit.*

VERSÍCULO 7. ¿Quién os estorbó para que no obedezcáis a la verdad?

En esta carrera los que son estorbados son los que se desprenden de la fe y la gracia, para caer en la ley y las obras, como sucedió con los gálatas. Fueron descarriados y seducidos por los falsos apóstoles, a quienes veladamente reprende con estas palabras: “¿Quién os estorbó para que no obedezcáis a la verdad?” Y aquí Pablo demuestra de paso, que los hombres pueden ser embrujados tan fuertemente con la falsa doctrina, que abrazan mentiras y herejías en vez de la verdad y la doctrina espiritual. Y por otro lado, dicen y juran que la sana doctrina, que antes amaban, es error; y que su error es la sana doctrina, la que sostienen y defienden con todas sus fuerzas. Fue así como los falsos apóstoles condujeron a los gálatas (quienes habían corrido bien al principio) a esta opinión, a creer que habían errado, y en el cual marchaban lentamente hacia adelante cuando Pablo era su maestro. Pero después, siendo seducidos por los falsos apóstoles, habiendo caído tan patentemente de la verdad, fueron tan poderosamente seducidos con su falsa persuasión, que llegaron a pensar que estaban felices, y que habían corrido bien. Lo mismo ha sucedido el día de hoy con los que han sido seducidos por los sectarios y espíritus fanáticos. Por lo que me urge decir que caer de la doctrina no viene del hombre, sino del diablo, y es sumamente peligroso, pues es caer del más alto cielo hasta el fondo del infierno. Pues los que siguen en error, están tan lejos de reconocer su pecado, que sostienen que el mismo es la más grande justicia. Por lo que es imposible que obtengan perdón.

VERSÍCULO 8. Esta persuasión no viene de Aquél que os llama.

Este es un gran consuelo, y una doctrina sin igual por la que Pablo muestra como la falsa persuasión de los que son engañados por maestros impíos, puede ser desarraigada de sus corazones. Los falsos apóstoles eran tipazos muy encantadores, y en las apariencias sobrepasaban a Pablo, tanto en educación como en piedad. Los gálatas, habiendo sido engañados con este teatro piadoso, suponían que cuando los escuchaban, era como escuchar a Cristo mismo, y por tanto a su juicio creían que esa persuasión venía de Él. Al contrario, Pablo muestra que esta persuasión y doctrina no venía de Cristo, quien los había llamado en la gracia, sino del diablo; y por este argumento logró que muchos salieran de esa falsa persuasión. De igual manera nosotros hoy sacamos a muchos del error que los sedujo, cuando mostramos que sus opiniones son fanáticas, impías y llenas de blasfemias.

Nuevamente, este consuelo pertenece a todos los que son afligidos, quienes por causa de la tentación, conciben una falsa opinión de Cristo. Pues el diablo es un experto en la persuasión, y sabe como exagerar el pecado más pequeño; sí, hasta el más diminuto, de tal modo que el que es tentado llega a pensar que es el más horrible y odioso delito que merece la eterna condenación. Aquí se debe consolar y levantar a la conciencia perturbada así como Pablo lo hizo con los gálatas, es decir, que esta manera de pensar o persuasión no proviene de Cristo, puesto que lucha contra la palabra del evangelio, pues [el evangelio] representa a Cristo, no como un acusador, un cruel exigente, sino como un Salvador y Consolador manso, misericordioso y humilde de corazón.

Pero si Satanás (un artífice muy astuto que acecha por todos lados) logra derrocar esto, y te contraponen la palabra y el ejemplo de Cristo de la siguiente manera: Es cierto que Cristo es manso, humilde, y misericordioso, pero sólo con los piadosos y religiosos. Pero al contrario, a los pecadores él amenaza con ira y destrucción (Lucas 13). También él declaró que los incrédulos ya están bajo condenación (Juan 3). Además, Cristo hizo muchas buenas obras, sufrió muchos males, y nos ordena a seguir su ejemplo. Pero si tu vida ni está de acuerdo a la palabra de Cristo, ni sigues su ejemplo, entonces estas declaraciones que Cristo declaró como un juez severo son para ti, y esas declaraciones consoladoras que muestran que él es un Salvador amoroso y misericordioso no son tuyas. Pues eres un pecador, y tampoco tienes fe, de hecho no has hecho absolutamente nada bueno. Todo el que sea tentado de esa manera, consuélase de esta manera:

La Escritura nos presenta a Cristo de dos maneras: Primero, como una dádiva, un regalo. Si me aferro a Él de esta manera, nada me faltará. “Pues en Cristo están escondidos todos los tesoros de sabiduría y conocimiento” (Colosenses 2:3). Él, con todo lo que hay en Él: “Mas de Él sois vosotros en Cristo Jesús, el cual de Dios nos es hecho sabiduría, justificación, santificación, y redención” (1 Corintios 1:30). Por tanto, aunque haya cometido pecados, muchos y gravosos, aún así, si creo en Él, todos serán absorbidos por su justicia. Segundo, la Escritura lo presenta como un ejemplo por seguir. No obstante, no voy a permitir que este Cristo (el Cristo como ejemplo) se presente ante mí sino hasta después, cuando venga el momento del gozo y regocijo, cuando salga de la tentación (cuando apenas pueda seguir la milésima parte de su ejemplo), entonces que lo pueda tener como mi espejo para ver todo lo que todavía me falta, para que no me confíe y me descuide. Pero en el momento de la tribulación ni voy a escuchar ni admitir a Cristo sino sólo como una dádiva, quien al morir por mis pecados, me ha conferido su justicia, y en mi favor ha cumplido y logrado todo lo que faltaba en mi vida: “Porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree” (Romanos 10:4).

Es bueno que sepamos estas cosas, no sólo para que cada uno de nosotros pueda tener un remedio cierto y seguro en el momento de la tentación con el cual podamos desechar ese veneno de la desesperación con el que Satanás procura envenenarnos, sino también para que podamos resistir la furia de los sectarios y cismáticos de nuestro tiempo. Pues los anabaptistas no encuentran nada más glorioso en toda su doctrina que con toda severidad urgen el ejemplo de Cristo y llevar la cruz, especialmente viendo las declaraciones manifiestas de Cristo cuando les encomendó llevar la cruz a sus discípulos. Por tanto, debemos aprender como podemos resistir a este Satanás, que se transforma en su apariencia a un ángel de luz. Lo podemos resistir si ponemos una diferencia entre el Cristo que se nos presenta como una dádiva, y a veces como un ejemplo. Predicarlo de ambas maneras tiene su tiempo oportuno, pero si no observamos [la diferencia], la predicación de la salvación se convierte en veneno. Por tanto, a todos los que están trabajados y lastimados por su pesada carga de pecados, [Cristo debe presentarse] como un Salvador y una dádiva, y no como un ejemplo y legislador. Pero a los que se sienten confiados y obstinados, se debe presentar como un ejemplo. Asimismo se debe presentar las duras declaraciones de la Escrituras, y los horribles ejemplos de la ira de Dios, como

cuando se anegó el mundo entero,¹ y la destrucción de Sodoma y Gomorra, y otros tales, para que se arrepientan. Por tanto que cada cristiano, cuando quede aterrado y afligido, aprenda a desprenderse de la falsa opinión que se haya imaginado de Cristo, y que diga: Oh maldito Satanás, ¿por qué te pones a discutir conmigo de obras y esfuerzos viendo que ya mis pecados me aterran y afligen? ¡No! Más bien viendo como ahora estoy trabajado y cargado (Mateo 11:28), no te voy a hacer caso, pues eres un acusador y destructor. Haré caso a Cristo, el Salvador de la humanidad, quien dijo que Él vino al mundo a salvar a pecadores, a consolar a los que viven en el terror, la agonía, y la desesperación, y predicar libertad a los cautivos, etc. Este es el verdadero Cristo, y fuera de Él no hay ningún otro. Puedo buscar los ejemplos de la vida piadosa de Abraham, Isaías, Juan el Bautista, Pablo, y otros santos; pero ellos no pueden perdonar mis pecados, no pueden librarme del poder del diablo y de la muerte, no pueden salvarme y darme la vida eterna. Pues estas cosas pertenecen sólo a Cristo, de quien el Padre dice, “Este es mi Hijo amado, en el cual tengo contentamiento, a Él oíd.” Aprendamos a consolarnos de esta manera mediante la fe cuando nos sobrevenga la tentación y la falsa doctrina. De otro modo el diablo tratará de seducirnos por medio de sus ministros, o matarnos con sus dardos ardientes.

VERSÍCULO 9. Un poco de levadura leuda toda la masa.

Jerónimo y todos los que vinieron después, sancionan a Pablo, alegando que a veces él tuerce los dichos de las Sagradas Escrituras, dándoles otro sentido. Por tanto dicen que ciertas cosas que en Pablo se presentan con vigor, en sus propios lugares no tienen vigor alguno. Pero acusan al Apóstol injustamente. Pues muy sabia y precisamente él ahora particulariza las declaraciones generalizadas, y las particulares las generaliza. Como anteriormente en el capítulo tres, él toma esta declaración general, “Maldito todo aquel que cuelga de un árbol,” y la particulariza, relacionándola de lo más precisamente a Cristo. Y esta declaración particular, “Un poco de levadura,” etc., y la generaliza, relacionándola a la doctrina (como en este texto en donde él aboga por la justificación), y con temas de vida y del mal (como en 1 Corintios 5).

Toda esta epístola testifica abundantemente como Pablo sufría por la caída de los gálatas, y cuán a menudo él había martillado en sus cabezas (a veces reprendiendo, a veces suplicando) las grandísimas y horribles enormidades que seguirían a su caída a menos que se arrepintieran. Esta devoción paternal y apostólica de Pablo en nada los movió, pues muchos de ellos aceptaban a Pablo como su maestro, pero preferían a los falsos apóstoles muy por encima de él, de quienes pensaban haber recibido la verdadera doctrina, y no de Pablo. Además, los falsos apóstoles, sin duda, calumniaban a Pablo entre los gentiles, diciendo que era un tipo obstinado y contencioso, que por poca causa causaba la desunión entre las iglesias, y por ninguna otra razón sino que lo tuvieran por sabio, y ser exaltado por ellos. Mediante esta falsa acusación lograron a que ante muchos, Pablo se volviera muy odioso.

¹ *ut diluvii* – ‘el Diluvio.’

Algunos que no habían abandonado del todo su doctrina, pensaron que no había ningún peligro en disentir un poco de él tocante a la doctrina de la justificación por la fe. Por tanto, cuando escucharon que Pablo había hecho una cosa tan horrenda de lo que a ellos parecía pequeña y de poca importancia, se maravillaron y pensaron de la siguiente manera. “Aunque en algo hayamos desviado de la doctrina de Pablo, y en algo tuviéramos alguna falta, el asunto es de tal pequeñez que él debiera hacerle el ojo gordo, o al menos no agrandarlo tanto que la unión de las iglesias se quebrante por tal cosa. Por lo que él contesta con esta declaración “Un poco de levadura leuda toda la masa.”¹ Y esta es la consigna o amonestación sobre la cual Pablo se apoya grandemente. Y la que nosotros también de igual manera valoramos el día de hoy. Pues *los Sacramentarios, que niegan la presencia de Cristo en la Cena*, protestan de igual manera contra nosotros diciendo que somos contenciosos, obstinados, e inamovibles al defender nuestra doctrina, *viendo que por el único artículo tocante a los sacramentos quebrantamos el amor cristiano y rasgamos el acuerdo entre las iglesias. Ellos dicen que nosotros no debiéramos almacenar tanto grano en este pequeño punto de doctrina, el cual es oscuro y ni fue explicado lo suficiente por los Apóstoles; [además dicen] que por causa del mismo [punto] no respetamos toda la suma de la doctrina cristiana o el acuerdo general de todas las iglesias; especialmente en vista de que concuerdan con nosotros en todos los otros artículos, los cuales son más necesarios y de mayor trascendencia. Con este argumento muy plausible no sólo nos difaman entre su propia gente, sino que también logran descarriar a muchos buenos hombres, pues juzgan que disentimos de ellos por pura terquedad o algún afecto particular. Pero estas son sutiles artimañas del diablo con las que él procura derrocar no sólo ese artículo, sino toda la doctrina cristiana. Por tanto a todo esto contestamos con Pablo, que “Un poco de levadura leuda toda la masa.”*

En la filosofía, una pequeña falta al principio resulta al final en una grande y grave falta. Así también en la teología, un pequeño error derroca toda la doctrina, por lo que debemos interponer una gran separación entre nuestra vida, y la doctrina, de modo que las dos estén lo más lejos posible la una de la otra. La doctrina no es nuestra, sino de Dios, de la cual nosotros somos llamados ministros. La vida es nuestra. Por tanto, en cuanto a eso, estamos listos a obrar, sufrir, perdonar, etc., todo lo que nuestros adversarios² soliciten, siempre y cuando la doctrina permanezca incorrupta y sana. Por lo cual nosotros siempre diremos con Pablo, “Un poco de levadura, etc.” *En este asunto no podemos ceder ni un cabello. Pues la doctrina es como un punto matemático, que no puede dividirse. Es decir, que no puede estar sujeto ni a la suma ni a la resta. Al contrario, la vida, la cual es como un punto físico, siempre podrá dividirse, siempre cederá en algo.*

Una pequeña mota en el ojo lo lastima. Es por eso que los alemanes dicen de los remedios para la vista: ‘Nada es bueno para los ojos.’³ Y nuestro Salvador dijo, “La luz del cuerpo es el ojo; así que si tu ojo fuere sincero, también todo tu cuerpo será iluminado; mas si fuere malo, también tu cuerpo será tenebroso.” También “Así que, si todo tu cuerpo está lleno de luz, no teniendo parte alguna de tinieblas, será todo

¹ *corrompiti.*

² *sacramentarii.* Nota del traductor: aquí seguí la traducción de Watson, “adversaries.”

³ *Nichts ist Inn die Augen gut* – Proverbio alemán.

luminoso, como cuando una lámpara con su resplandor te alumbrar” (Lucas 11:34,36). Mediante esta alegoría Cristo quiere decir que la doctrina debe ser de lo más sencilla, clara, sincera, sin oscuridad alguna, sin neblinas, etc. Y Santiago el apóstol dice, “El que es culpable en un punto, es culpable de todo,” *lo que dijo no de su propio espíritu, sino que sin duda lo había escuchado de los padres. Por tanto la doctrina debiera ser como un círculo de oro, redondo y entero, en el cual no hay fisuras; pues donde haya la más mínima brecha, se pierde la totalidad del círculo. ¿De que vale a los judíos creer en un solo Dios, hasta en el Creador de todas las cosas, o que crean todos los artículos y acepten todas las Escrituras, cuando niegan a Cristo? ‘Por tanto el que ofende en un punto, ofende en todos.’*

Este texto entonces, nos ayuda mucho contra los que cavilan diciendo que quebrantamos la armonía del amor, causando gran perjuicio y daño a las iglesias. Pero nosotros protestamos que no hay nada más que quisiéramos sino sólo la paz y el amor entre todos los hombres,¹ siempre y cuando nos dejen sana e incorrupta toda la doctrina de la fe. *Si no podemos lograr esto, en vano nos exigen el amor. Maldito aquel amor que se preserva a costas de la pérdida de la doctrina de la fe, a la que todos deben ceder, sea el amor, un apóstol, o hasta un ángel del cielo, etc. Por tanto cuanto le dan tan poca importancia a este asunto, demuestran más de la cuenta el valor que otorgan a la Palabra de Dios. Pues si de veras creyeran que es la Palabra de Dios, no jugarían así con ella. Mas bien la tendrían en gran estima, y sin disputa o duda alguna pondrían su fe en ella, sabiendo que una Palabra de Dios es el todo y el todo por el todo son una sola cosa. Igualmente sabrían que un artículo [de doctrina] es el todo, y todos son el uno, de tal modo que si uno se destituye, entonces poco a poco se pierden todos. Pues están unidos el uno al otro, y todos están atados en uno solo, como si fuera por el mismo vínculo.*²

Entonces, dejemos que ellos exalten la caridad y la concordia todo lo que quieran. Pero por otro lado, magnifiquemos la majestad de la palabra y la fe. El amor sin peligro alguno puede descuidarse en cierto momento y lugar. Pero así no sucede con la Palabra y la fe. El amor todo lo sufre, cede lugar ante todo hombre. A lo contrario, la fe nada lo sufre, no cede lugar ante ningún hombre. El amor, al ceder, al creer, al dar y perdonar, a veces queda engañado. Mas aún, al ser engañado, no pierde nada de lo que pudiera llamarse una verdadera pérdida. Es decir, no pierde a Cristo; por tanto no se ofende, sino que es constante en el bien hacer, sí hasta con los ingratos y los que no lo merecen. Al contrario, en cuanto a la fe y la salvación, cuando los hombres enseñan mentiras y errores bajo la bandera de la verdad, y seducen a muchos, aquí el amor no tiene lugar alguno. Pues aquí no perdemos beneficio alguno otorgado hacia los ingratos. Más bien perdemos la palabra, la fe, a Cristo, y la vida eterna. *Por tanto si niegas a Dios en un solo artículo, lo has negado en todos; pues Dios no se divide en muchos artículos, sino que es el todo en cada uno de ellos, y uno en todos ellos en conjunto. Por tanto siempre tenemos que responder a los Sacramentarios, que nos acusan de negligencia con el amor, con este proverbio de*

¹ *servare pacem et charitatem cum omnibus.*

² *cohaerent enim et quodam communi vinculo continentur.*

Pablo: “Un poco de levadura,” etc., y también: No juegues ni con la reputación, ni con la fe, ni con el ojo.¹

He hablado ampliamente de estas cosas para confirmar a nuestra gente y para enseñar a otros que tal vez se ofenden por nuestra constancia, sin pensar que tenemos firmes y fuertes razones por nuestra perseverancia. Por tanto no nos conmueva que ellos urgen tanto por guardar el amor y la concordia; pues el que no ama a Dios y a su palabra, de nada vale a qué o cuánto ama.

Por tanto, por medio de esta declaración Pablo amonesta por igual a los maestros como a sus oyentes, que tengan cuidado de no considerar la doctrina de la fe como poca cosa, con la que puedan andar hurgando como les plazca. Pues ésta es como un rayo de luz que nos viene del cielo, que nos ilumina, dirige, y guía. Ahora bien, así como el mundo, con toda su sabiduría y poder no puede detener o desviar los rayos de luz que vienen del sol a la tierra, así tampoco nada se puede añadir ni se puede quitar a la doctrina de la fe. Pues tal cosa sería desfigurar y derrocarla por completo.

VERSÍCULO 10. Yo confío de vosotros en el Señor.

Como si él dijera, “Les he enseñado, amonestado, y reprochado más que suficiente para que me hicieran caso. No obstante, les deseo el bien en el Señor.” Aquí surge una pregunta, ¿si Pablo obró bien cuando dijo que él tenía una buena esperanza o confianza en los gálatas, viendo que las Sagradas Escrituras prohíbe cualquier confianza en los hombres? Tanto la fe como el amor tienen su confianza y su creencia, pero en diversas formas, debido a la diversidad de sus objetos. La fe confía en Dios, por tanto no puede ser engañada. El amor cree en el hombre, y por tanto es engañado con frecuencia. Bien, esta fe que surge del amor es tan necesaria a esta vida actual, que sin [esta fe], la vida en este mundo no pudiera subsistir, pues si un hombre no creyera y confiara en el otro, ¿qué clase de vida tendríamos sobre la tierra? Los verdaderos cristianos son los más prestos a creer y a valorar mediante el amor que los mismos hijos del mundo. Pues la fe hacia los hombres es un fruto del espíritu, o de la fe cristiana en los piadosos. Aquí Pablo tenía confianza en los gálatas, sí, aunque se habían descarriado de su doctrina: pero aún en el Señor. Como si dijera, “Tengo confianza en ustedes en tanto el Señor esté en ustedes, y ustedes en Él; es decir, en tanto permanezcan en la verdad. Pues si de allí se derrumban, seducidos por los ministros de Satanás, dejaré de confiar en ustedes. Así que es lícito que los piadosos confíen en crean en los hombres.”

VERSÍCULO 10. Que no pensaréis ninguna otra cosa.

A saber, con respecto a la doctrina y la fe, de la que yo les he enseñado, y han aprendido de mí. Es decir, tengo las esperanzas que no van a recibir ninguna otra doctrina que sea contraria a la mía.

VERSÍCULO 10. Mas el que os perturba, llevará el juicio, quienquiera que él sea.

¹ *Nor patitur ludum fama, fides, oculus* – un proverbio de la época.

Con esta declaración Pablo se sienta como si fuera un juez en el tribunal, condenando a los falsos apóstoles, llamándolos por un nombre muy odioso, los perturbadores de los gálatas, a quienes ellos valoraban como hombres muy piadosos, y maestros mucho mejores que Pablo. Y de allí pasa a aterrar a los gálatas con esta horrible declaración, con la que osadamente condena a los falsos apóstoles, a fin que puedan huir de su falsa doctrina como si fuera de la más horrible plaga. Como si dijera, “¿Qué quieren decir ustedes, que prestan atención a estos pestilentes sujetos que no enseñan sino que sólo los perturban? La doctrina que les han entregado no es nada más que turbación a sus conciencias. Por tanto, no importa cuán importantes sean, tendrán su condena.

Bien, se pudiera entender por estas palabras “quienquiera que él sea,” que los falsos apóstoles, en apariencia externa, eran hombres muy piadosos y santificados; y por casualidad, pudiera ser que hubiera entre ellos algún distinguido discípulo de los apóstoles, de gran nombre y autoridad. Pues por alguna razón él utiliza palabras tan vehementes y tajantes. También en el capítulo primero habla de la misma forma diciendo: “Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo os predicare otro evangelio del que os hemos predicado, sea anatema.” Y no hay que dudar que muchos se ofendieron con esta vehemencia del apóstol pensando así: “¿Por qué razón será que el apóstol quebranta así el amor? ¿Por qué será tan obstinado por una pequeñez?” “¿Por qué tan bruscamente pronuncia condena eterna contra aquellos que también son ministros como él?” Él no se conmueve con nada de esto, sino que osadamente maldice y condena a todos los que pervierten la doctrina de la fe, no importa por cuán alta estima los tengan por encumbrados, no importa todo lo que aparenten de santificados e instruidos.

De igual manera tenemos por excomulgados y condenados a todos los que dicen que el artículo del Sacramento del cuerpo y la sangre de Cristo es incierto, o que ha forzado las palabras de Cristo en la Cena. Sin titubeo alguna insistimos que todos los artículos de la doctrina cristiana, los pequeños como los grandes (aunque para nosotros no hay pequeños), deben sostenerse puros y firmes. Y esto es de lo más necesario: pues la doctrina es nuestra única luz verdadera, la cual alumbra y guía el sendero al cielo; y es tal que si se derroca en parte, toda se viene abajo. Cuando esto sucede, el amor no nos ayuda para nada. Podemos ser salvos sin amor y concordia con los Sacramentarios, pero no sin la pura doctrina y la fe. De otro modo, con gusto tendríamos amor y concordia para con todos los que junto con nosotros, retenemos una buena opinión de todos los artículos de la fe cristiana. Sí, aún más, en todo lo que podamos mantendremos la paz con nuestros enemigos y oraremos por ellos, pues por ignorancia blasfeman nuestra doctrina y nos persiguen. Pero no con aquellos que a sabiendas y contra la conciencia agravan cualquier artículo de la doctrina cristiana.

Y aquí Pablo nos enseña por ejemplo propio que seamos así de obstinados, cuando él declaró que los falsos apóstoles y sus discípulos ciertamente deberían llevar su condenación por un asunto que les parecía (ya que ambos estaban persuadidos que la doctrina que enseñaban era verdadera y piadosa) no sólo una pequeñez, sino también muy desigual.

Por tanto (así como amonesto con frecuencia) debemos discernir diligentemente entre la doctrina y la vida. La doctrina es celestial, la vida es terrenal. En la vida hay pecado, error, impureza, y miseria, mezclada con vinagre, tal como dice el dicho. Allí que el amor haga su obra de guñar el ojo, tolerar, dejarse engañar, creer, esperar, y sufrir todas las cosas; allí que prevalezca el perdón de pecados todo lo que pueda, de tal manera que el pecado y el error no se defiendan y mantengan. Pero en la doctrina, en donde no hay error, no hay necesidad de perdón. Por tanto no hay comparación alguna entre la doctrina y la vida. Un puntito de doctrina es de mayor valor que el cielo y tierra, y por tanto no podemos tolerar que la tilde más pequeña sufra corrupción. Pero bien podemos hacer el ojo gordo a las ofensas y los errores de la vida, pues nosotros también erramos a diario en la vida y la conversación, tal cual lo confesamos fervorosamente en el Padrenuestro, y en los artículos de nuestra fe. Pero nuestra doctrina, bendito sea Dios, es pura. Tenemos a todos los artículos de nuestra fe arraigados sobre las Sagradas Escrituras, las mismas que el diablo quisiera corromper y derrocar. Por tanto nos asedia tan astutamente con este piadoso argumento, que no debemos quebrantar el amor y la unidad de las iglesias.

VERSÍCULO 11. Y yo, hermanos, si aún predico la circuncisión, ¿por qué padezco persecución todavía? Entonces ha cesado la ofensa de la cruz.

Pablo, acudiendo a todos los recursos posibles para que los gálatas vuelvan, ahora razona con su propio ejemplo. “Me he ganado (dice él) el odio y la persecución de los sacerdotes y los ancianos (Hechos 13:50), y de toda mi nación, porque le quito la justicia a la circuncisión; la cual si le atribuyo justicia, los judíos no sólo dejarían de perseguirme, sino también me amarían y me encomendarían altamente. Pero ya que predico el evangelio de Cristo y la justicia de la fe, aboliendo a la ley y a la circuncisión, por tanto sufro persecución. Al contrario, los falsos apóstoles, para evitar esta cruz y el odio cruel de la nación judía, predicán la circuncisión, y por este medio obtienen y retienen el favor de los judíos,” tal como él dice en el capítulo seis, “éstos os constriñen a que os circuncidéis.” Además, ellos más que quisieran que no hubiera disensión, sino paz y acuerdo entre los gentiles y los judíos. Pero es imposible lograr eso sin que se pierda la doctrina de la fe, la cual es la doctrina de la cruz, la cual está llena de oprobios. Por tanto cuando él dice, “si aún predico la circuncisión, ¿por qué padezco persecución todavía? Entonces ha cesado la ofensa de la cruz,” él quiere decir que sería un gran absurdo e inconveniente si cesara la ofensa de la cruz. Lo mismo declara cuando dice, “Porque no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el evangelio; no con sabiduría de palabras, para que no se haga vana la cruz de Cristo” (1 Corintios 1:17). Es como si dijera, “No permito que sea abolido el escándalo y la cruz de Cristo.”

Aquí algunos hombres dirán: “Entonces los cristianos son locos, pues de su propia voluntad se arrojan al peligro; pues ¿qué más es lo que hacen predicando y confesando la verdad sino procurarse el odio y la enemistad de todo el mundo, y levantarse oprobios?” Esto, dijo Pablo, no me ofende ni perturba para nada, sino me da más osadía, y me da esperanzas por el feliz éxito y aumento de la iglesia, la cual florece y crece bajo la cruz; pues es menester que Cristo, la cabeza y esposo de la iglesia, reine entre sus enemigos (Salmo 110). Por el contrario, cuando la cruz es abolida, y cesa la furia de los tiranos y los herejes por un lado, y los oprobios por el otro, y todas las cosas están en paz, el diablo

es quien guarda la entrada a la casa; esta es una seña segura que se ha removido la pura doctrina de la palabra de Dios.

Bernardo, al considerar este tema dijo que la iglesia está en su mejor condición cuando Satanás la asedia por todos lados, tanto por sutilezas como por violencia; y al contrario que está en su peor condición cuando la rodea la mayor calma, y alude a propósito esa declaración de Ezequías en su cántico, “He aquí amargura grande me sobrevino en la paz” (Isaías 38:17), y lo relaciona a la iglesia en su condición de calma y quietud. Por tanto, Pablo lo tiene por entendido que es la señal más segura que no es el evangelio si se predica en paz. Al contrario, el mundo lo toma por la señal más segura que el evangelio es la enseñanza más herética y sediciosa porque cuando se predica aparecen grandes protestas, tumultos, agravios y divisiones, y cosas similares. Por tanto Dios a veces se pone disfraz de diablo,¹ y el diablo se disfraza de Dios,² y Dios se conocerá bajo la semejanza del diablo, y al diablo se le conocerá en el disfraz de Dios.

La cruz inmediatamente sigue a la doctrina de la palabra de acuerdo a ese texto, “Creí; por tanto hablé, estando afligido en gran manera” (Salmo 116:10). Bien, la cruz de los cristianos es la persecución, con reproches e ignominia, y sin compasión alguna, por tanto causa gran agravio. Primero, sufren como los criminales más perniciosos³ del mundo, y es así mismo como el profeta Isaías declaró de Cristo proféticamente: “Fue contado con los transgresores” (Isaías 53:12). Además, los asesinos y ladrones reciben sus castigos con sus límites, y se les tiene compasión. Al contrario, así como el mundo juzga que los cristianos son de todos los hombres los más pestilentes y perniciosos, así también piensa que no hay tormentos lo suficiente severos para castigarlos por sus delitos tan horribles. Ni tampoco se conmueve con compasión hacia ellos, pero los castiga con la muerte más oprobria y vergonzosa que pueda haber; y piensa que con eso gana el doble. Pues primero, se imagina que al matarlos rinden gran servicio a Dios. Segundo que la paz común y la tranquilidad se restaura y se establece al despojar a tales plagas. Por tanto la muerte y la cruz de los fieles está repleta de agravios. Pero Pablo dice que debemos mantenernos firmes no importa todo lo que perdure la persecución por la cruz de Cristo y su oprobio, sino que más bien nos debe confirmar. Pues siempre que perdure la cruz, le irá bien a la causa del evangelio.⁴

De igual manera Cristo también consuela a sus discípulos en Mateo 5, “Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Regocijaos y alegraos; porque vuestro galardón es grande en el cielo; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.” La iglesia no puede permitir que este regocijo se le arranque de sus manos; por tanto yo no desearía tener concordia con el Papa, los obispos, los príncipes, y los sectarios, a menos que dieran consentimiento a nuestra doctrina, pues si tuviéramos tal concordia sería una señal inconfundible que habríamos perdido la verdadera doctrina. En breve, siempre que la

¹ *larvam diaboli induit.*

² *larvam Dei.*

³ *sceleratissimi nebulones.*

⁴ *res Christiana.*

iglesia enseñe el evangelio, sufrirá persecución. Pues el evangelio presenta la misericordia y la gloria de Dios, saca a la luz la malicia y las artimañas del diablo, lo pinta tal como es, y le arranca el antifaz de la majestad de Dios, con el que engaña al mundo entero. Es decir, demuestra que todas las adoraciones, órdenes religiosas inventadas por los hombres, y tradiciones tocante a la vida del celibato, las carnes, y tales otras cosas, por las que los hombres piensan merecen perdón de pecados y la vida eterna, son cosas impías y diabólicas. Entonces no hay nada más que incite al diablo, que la predicación del evangelio, pues eso le arranca el disfraz del antifaz de Dios, y lo expone tal como él es, es decir, el diablo, y no Dios. Por tanto no puede ser de otra manera sino que siempre que el evangelio florezca, la cruz y el agravio lo seguirá, o de otra manera no se le toca al diablo, sino que son tan sólo cosquilleos. Pero si le dan golpes certeros, no descansa, sino que comienza a rugir descontroladamente, y levanta contiendas por todos lados.

Entonces, si es que los cristianos han de sostener la palabra de la vida, no se atemoricen u ofendan cuando vean que el diablo ande suelto, y ruge por doquier, que el mundo está turbado, que los tiranos ejercen su crueldad, y que surgen herejías.¹ Al contrario, estén seguros que estas son señales, no de terror, sino de gozo, como Cristo mismo declaró, “Regocijaos y alegraos.” Dios no quiera entonces que se pierda el oprobio de la cruz, lo que sucedería si [predicásemos] lo que el príncipe de este mundo y sus secuaces quisieran escuchar con deleite, es decir, la justicia de las obras. En tal caso, tendríamos un diablo amable, un mundo favorable, un Papa lleno de gracia, y príncipes misericordiosos. Pero, ya que presentamos los beneficios y la gloria de Cristo, nos persiguen y despojan de nuestros bienes y de nuestras vidas.

VERSÍCULO 12. ¡Oh que fuesen también cortados los que os perturban!

¿Esto también pertenece al quehacer de un apóstol? ¿No sólo de denunciar a los falsos apóstoles que son perturbadores de la iglesia, condenarlos, y entregarlos a Satanás, sino también desear que sean totalmente desarraigados y que perezcan? Y ¿qué más pudiera ser esto sino conjurar maldiciones? Pablo (supongo) aquí alude a la circuncisión. Como si dijera, “Ellos los obligan a que se corten el prepucio de la carne; pero yo más bien quisiera que ellos mismos fueran totalmente cortados de raíz.

Aquí surge una pregunta, ¿es lícito que los cristianos maldigan? ¿Por qué no? Aunque no siempre, ni por cualquier razón. Sino cuando el asunto llega a este punto: que se habla mal de la Palabra de Dios, y su doctrina blasfemada, y por consecuencia Dios mismo. Entonces debemos llegar a esta sentencia y decir: “Bendito sea Dios y su Palabra, y quien sea que esté sin Dios y su Palabra, maldito sea; sí, aunque fuera un apóstol o un ángel del cielo. Así lo había dicho antes en el capítulo primero: “Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo os predicare otro evangelio del que os hemos predicado, sea anatema” (Gálatas 1:8,9).

¹ *sectas.*

Por tanto aquí se puede ver que Pablo lleva a grandes consecuencias la poca levadura, y que por lo mismo se atrevió a maldecir a los falsos apóstoles, pues en las apariencias, eran hombres de gran autoridad y santidad. Por tanto no hagamos poca cosa de la doctrina de la levadura, pues aunque sea una pequeñez, si se descuida, logrará que poco a poco se pierda la verdad y perdamos la salvación, y se niegue a Dios mismo. Pues cuando se corrompe la Palabra, y se niega y blasfema a Dios (lo que sigue por consecuencia cuando se corrompe la Palabra), no queda esperanza alguna de salvación. Pero por parte nuestra, si somos maldecidos, arengados, y degollados, queda Uno que nos puede levantar otra vez, y librarnos de la maldición, la muerte, y el infierno.

Por tanto, aprendamos a adelantar y exaltar la majestad y autoridad de la Palabra de Dios. Pues no es poca cosa (como los fanáticos de hoy¹); sino que en cada tilde es más grande que cielo y tierra. Por tanto, en este aspecto, no tenemos ninguna estima por la caridad cristiana ni la concordia, sino que nos sentamos, por así decirlo, como jueces en el trono, es decir, maldecimos y condenamos a todo hombre que en lo mínimo indique [doctrina] que desfigura y corrompe la majestad de la Palabra de Dios: “pues un poco de levadura hecha a perder toda la masa.” Pero si nos dejaran la Palabra de Dios íntegra y sana, no sólo estamos listos a guardar la caridad y la paz con ellos, sino que también nos ofrecemos a ser sus siervos, y hacer por ellos todo lo que esté de nuestra parte. Si no es así, que perezcan y sean arrojados al infierno; y no sólo ellos, sino hasta el mundo entero, con tal que Dios y su Palabra permanezcan para siempre. Pues siempre y cuando Él permanezca, permanecerán también la vida, la salvación, y los fieles.

Por tanto Pablo hace bien al maldecir a esos perturbadores de los gálatas, y al pronunciar sentencia contra ellos, a saber, que son malditos, con todo lo que enseñan y hacen, y al querer que también fueran cortados, especialmente para que sean desarraigados de la iglesia de Dios, es decir, que Dios no apoye ni dé prosperidad a su doctrina o sus obras. Y esta maldición procede del Espíritu Santo. Pues así como Pedro también en Hechos ocho maldice a Simón el mago, “Tu dinero perezca contigo.” Y la Sagrada Escritura a veces promulga maldiciones contra los que perturban las conciencias de los hombres, y particularmente en los Salmos como: “Que la muerte los sorprenda; desciendan vivos al infierno” (Salmo 55:15). También “Que los pecadores desciendan al infierno junto con todos los que olvidan al Señor.”

Hasta aquí Pablo ha fortalecido el lugar de la justificación con argumentos fuertes y poderosos. Además, a fin que él no omita nada, aquí y allá él interpone reprensiones, alabanzas, exhortaciones, amenazas, y tales. Al final, añade su propio ejemplo, que él sufre persecución por esta doctrina, por la cual amonesta a todos los fieles, a no ofenderse ni desmayar cuando vean grandes tumultos, sectas y agravios surgir a la predicación del evangelio, sino más bien se regocijen y sean felices, pues cuanto más el mundo ruge contra el evangelio, tanto más prospera el evangelio y marcha hacia adelante con alegría.

Este consuelo hoy debiera animarnos, pues es cierto que el mundo nos odia y persigue por ninguna otra causa sino que profesamos la verdad del evangelio. No nos acusa de

¹ *phanatici homines.*

robo, asesinato, prostitución y tales cosas. Pero nos detesta y aborrece ya que fielmente y con pureza enseñamos a Cristo, y no damos brazo a torcer en defensa de la verdad. Por tanto, podemos desistir de toda duda, que esta nuestra doctrina es santa y de Dios, y esa es la razón por la que el mundo la odia con tanta amargura. Pues de otra manera no hay doctrina tan impía, tan necia, y perniciosa, que el mundo con deleite no la admita, abrace, y defienda, y aún más reverentemente atiende, estima, y alaba a sus profesos, y por ellos hace todo lo que pueda. El mundo solamente aborrece la verdadera doctrina del evangelio, de la vida, y la salvación, junto con sus ministros, y obra todo tipo de desprecio que se pueda inventar contra ellos. Por tanto es una señal evidente, que el mundo con tanta crueldad se inclina contra nosotros por ninguna otra causa que su odio contra la Palabra. Por tanto, cuando nuestros adversarios nos acusen que de esta doctrina nada surge sino guerras, sediciones, ofensas, sectas, y otras infinitas enormidades, contestemos: “Bendito sea el día cuando podamos ver estas cosas. Pero todo el mundo está en tumulto. Y que bien sea así: pues el mundo no estuviera tan turbado, sino fuera que el diablo rugiera y suscitara tales embrollos contra la pura doctrina del evangelio, el cual no puede ser predicado sin que estos embrollos y tumultos sigan por consecuencia. Por tanto lo que ustedes cuenten por grandes males, nosotros lo recibimos con gran alegría.”

La doctrina de las buenas obras

Ahora prosigue a las exhortaciones, los preceptos tocante a la vida y las buenas obras. Pues es la costumbre de los apóstoles, después de enseñar la fe e instruido a las conciencias de los hombres, añadir los preceptos de las buenas obras, por las que exhortan a los fieles a ejercer los deberes de la piedad¹ los unos hacia a los otros. La misma razón, de cierto modo, enseña y comprende esta parte de la doctrina; pero en cuanto a la doctrina de la fe, no sabe nada. Por tanto, para aclarar que la doctrina cristiana no destruye la buena moral,² ni lucha contra las ordenanzas civiles, el apóstol también nos exhorta a ejercernos a vivir moralmente;³ a vivir honradamente y sin disimulos, y guardar el amor y estar de acuerdo los unos con los otros. Por tanto el mundo no puede ser justo al acusar a los cristianos [alegando] que destruyen las buenas obras, que son los perturbadores de la paz civil, de la honradez en la vida diaria, etc. Pues ellos enseñan las buenas obras y todas las demás virtudes mejor que todos los filósofos y magistrados del mundo, puesto que urgen la fe junto con todo lo que hacen.

VERSÍCULO 13. Porque vosotros, hermanos, a libertad habéis sido llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino por amor servíos los unos a los otros.

Es como si dijera, “Ahora ya han obtenido la libertad por medio de Cristo, es decir, ya están por encima de toda ley, con respecto a la conciencia y ante Dios: ya están bendecidos y salvos. Cristo es vuestra vida. Por tanto, aunque la ley, el pecado, y la

¹ *officia pietatis.*

² *bonos mores.*

³ *admonet de bonis moribus.*

muerte los perturben y aterren, aún así no los pueden agraviar, ni lanzarlos a la desesperación. Esta es la excelente e inestimable libertad que han recibido. Ahora está en sus manos estar atentos y cuidar que no usen esa libertad como ocasión para la carne.

Este mal es común, y el más pernicioso de todos los que Satanás ha suscitado en la doctrina de la fe: a saber, que en muchos él coloca esta libertad al revés, por la que Cristo nos hizo libres, y la convierte en libertinaje de la carne. El apóstol Judas también se queja en su epístola: “Porque ciertos hombres han entrado encubiertamente, hombres impíos, que cambian la gracia de nuestro Dios en libertinaje” (Judas 4). Pues la carne es totalmente desentendida de la doctrina de la gracia, es decir, desconoce que somos justos, no por obras, sino sólo por la fe, y que la ley no tiene autoridad sobre nosotros. Por tanto, cuando escucha la doctrina de la fe, la abusa y la convierte en libertinaje, y enseguida calcula así: “Si no tenemos ley, entonces vivamos como nos plazca; no hagamos el bien, no atendamos al necesitado, y no suframos mal alguno, pues no hay ley que nos obligue, ni nos amarre a cosa alguna.”

Por tanto, hay peligro por ambos lados, aunque uno se tolera más que el otro. Si no se predica la gracia o la fe, nadie pudiera ser salvo, pues es la fe sola la que justifica y salva. Por otro lado, si se predica la fe (como es necesario que se debe hacer), la mayoría de los hombres comprenden la doctrina de la fe carnalmente, y relacionan la libertad del espíritu a la libertad de la carne. Esto lo podemos ver en todo tipo de vida, sea de los encumbrados como de los más ordinarios. Todos se jactan que son evangélicos,¹ y de la libertad cristiana; no obstante, sirven a su propia concupiscencia, se entregan a la codicia, los placeres, el orgullo, la envidia, y otros vicios similares. No hay quien cumpla fielmente con su deber, no hay quien fielmente cumpla su deber de amar a su hermano. Esta pena a veces me impacienta tanto, que muchas veces quisiera que tales puercos, que pisotean las perlas preciosas, estuvieran todavía bajo la tiranía del Papa, pues es imposible que este pueblo de Gomorra pueda ser gobernado por el evangelio de paz.

Además, nosotros que enseñamos la Palabra, no sabemos cumplir con nuestro deber con tanto fervor y diligencia a la luz del evangelio, como lo hacíamos antes en la oscuridad de la ignorancia. Pues cuanto más seguros estamos de la libertad que Cristo nos compró, tanto más fríos y negligentes somos en manejar la palabra, en la oración, en hacer el bien, y en sufrir adversidades. Y si Satanás no nos frustrase interiormente con tentaciones espirituales, y exteriormente con el desprecio y la ingratitud de nuestros mismos discípulos, nos volveríamos completamente descuidados, negligentes, y desfavorables hacia toda buena obra. Y así, pasando el tiempo, perderíamos el conocimiento y la fe en Cristo, abandonaríamos el ministerio de la Palabra, y nos dedicaríamos a una vida más fácil para la carne. Muchos de nuestros hombres ya han comenzado así, pues luchando en el ministerio de la palabra, además de no poder vivir de su trabajo, también tienen que escuchar las míseras súplicas de aquellos que lograron sacar de la esclavitud del Papa mediante la predicación del evangelio. Estos hombres, abandonando al Cristo pobre y su oprobio, se enredan con las cosas de esta vida, sirviendo a sus propios vientres, y no a

¹ *Evangélicos.*

Cristo; pero con ningún otro fruto sino el que personalmente recibirán en el tiempo venidero.

Por tanto, ya que sabemos que el diablo nos asedia más a nosotros los que odiamos al mundo (pues a los demás mantiene cautivos en la esclavitud según su voluntad), y él obra con todas sus fuerzas para quitarnos la libertad del espíritu, o al menos para convertirla en lascivia,¹ nosotros enseñamos y exhortamos a nuestros hermanos, con una atención y diligencia muy particular. [Urgimos] según el ejemplo de Pablo a que no tomen esta libertad del espíritu, comprada por la sangre de Cristo que les ha sido dada, como ocasión para la libertad de la carne, o como dice Pedro como cobertura para su malicia (1 Pedro 2:16), sino que por amor sean siervos los unos a los otros.

Por tanto, a fin de que los cristianos no abusen de esta libertad, tal como he dicho, el apóstol coloca un yugo de servidumbre sobre su carne, por medio del amor mutuo. Por tanto que los piadosos recuerden que en su conciencia, ante Dios, son libres de la maldición de la ley, del pecado, y de la muerte, por causa de Cristo. Pero con respecto al cuerpo, son siervos, y deben servir por medio del amor, los unos a los otros según este mandato de Pablo. Entonces, que todo hombre, procure cumplir su deber con diligencia según su llamamiento, y que socorra a su prójimo con todas sus fuerzas. Esto es lo que Pablo aquí requiere de nosotros, “Por amor, servíos los unos a los otros.” Estas obras no liberan a los santos,² sino que los encierran bajo servidumbre, con respecto a la carne.

Además, esta doctrina del amor mutuo, la que debemos retener y practicar los unos con los otros, no se puede amartillar en la cabeza de los hombres carnales, ni puede hallar cabida en sus corazones. Pero los cristianos sí reciben gozosos y obedecen esta doctrina. Otros, tan pronto se predica la libertad, enseguida deducen: “Si soy libre, entonces haré lo que me dé la gana. Esto que tengo aquí es mío, entonces, ¿por qué no lo vendo por todo lo que le pueda sacar? Además viendo que por nuestras buenas obras no obtenemos salvación, ¿por qué debemos dar cosa alguna a los pobres? De esta manera se sacuden del yugo y servidumbre de la carne,³ y convierten la libertad del espíritu en libertinaje y libertad carnal. Pero a todos estos descuidados censuradores (aunque no nos creen, sino se ríen mofándose de nosotros), que usan sus cuerpos y sus bienes según su propia lujuria (pues así son por cierto, porque ni socorren al pobre, ni ayudan a los necesitados, sino que engañan a sus hermanos regateando, agarrando lo ajeno, y acaparando, cueste lo que cueste alcanzan lo codiciado), les decimos (digo yo) que no son libres, a pesar de jactarse muchísimo de su libertad, sino que han perdido a Cristo y la libertad cristiana, se han hecho esclavos del diablo, y están siete veces peor de cuando el diablo salió de ellos, pues el diablo ha tomado a otros siete demonios peores que los de antes, y se ha vuelto otra vez a habitar en ellos. Por tanto el fin de tales hombres es peor que sus comienzos (Mateo 12:43).

¹ *lasciviam.*

² *sanctos.*

³ i.e., la ley del amor, impuesta como yugo sobre la ‘carne’ para retenerla y refrenarla [Watson].

En cuanto a nosotros, tenemos el mandato de Dios de predicar el evangelio, el que ofrece a todos los hombres libertad de la ley, del pecado, de la muerte, y de la ira de Dios, gratuitamente por causa de Cristo, si es que tienen fe. No está en nuestro poder, esconder o revocar esta libertad que ahora nos publica el evangelio; pues Cristo nos la ha dado libremente, y la ha comprado por su muerte. Pues ni podemos retener a esos puercos que se arrojan de cabeza a todo charco de lujuria y obras disolutas, ni obligarlos a ayudar a otros con sus cuerpos o sus bienes. Por tanto, hacemos lo que se pueda, es decir, que diligentemente los amonestamos que lo deben hacer. Si con estas amonestaciones no logramos nada, encomendamos el asunto a Dios, y Él recompensará a estos burladores con justo castigo a su debido tiempo. Mientras tanto, este es nuestro consuelo: que con respecto a los piadosos, nuestra obra no es en vano. Pues muchos, sin duda, mediante nuestro ministerio han sido librados de la esclavitud del diablo, y trasladados a la libertad del espíritu. Éstos (que no obstante son pocos) reconocen la gloria de esta libertad del espíritu, y por su parte están listos a servir a los hombres por amor, y saben que son deudores de sus hermanos con respecto a la carne, nos dan más que regocijo que la incontable multitud de los que abusan esta libertad y nos pudieran desanimar.

Pablo aquí usa palabras sencillas y muy al caso cuando dice, “Hermanos, a libertad fueron llamados.” Y para que nadie se ponga a soñar que él habla de la libertad de la carne, él explica a qué tipo de libertad se refiere diciendo, “solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino por amor servíos los unos a los otros.” Por tanto que todo cristiano sepa, que con respecto a la conciencia, Cristo lo ha hecho señor sobre la ley, el pecado, y la muerte, de tal modo que no tienen potestad sobre él. Al contrario, que sepa que se impone una servidumbre externa sobre su cuerpo, a fin de que sirva a su prójimo por amor. Los que por libertad cristiana entienden otra cosa, disfrutan de los beneficios del evangelio pero para su propia destrucción, y son peores idólatras (bajo el nombre de Cristo), que eran antes bajo el Papa. Y ahora Pablo prosigue a declarar, partiendo de los diez mandamientos, lo que significa servir por amor los unos a los otros.

VERSÍCULO 14. Porque toda la ley en una palabra se cumple, en ésta: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.

Después de verter el fundamento de la doctrina cristiana, Pablo prosigue a edificarla con oro, plata, y piedras preciosas. Bien, no hay otro fundamento, como Él mismo dijo a los corintios, sino el de Jesucristo, o el de la justicia de Cristo (1 Corintios 3:11). Sobre este fundamento él ahora edifica las buenas obras, que por cierto son buenas obras, pues son todas las que abarca este único precepto: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” Como si dijera, cuando digo que deben servir los unos a los otros por amor, quiero decir lo mismo que la ley dice en otro texto: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Lev. 19:18). Y ciertamente esto es interpretar correctamente la Escritura y los mandamientos de Dios. *La opinión de los escolásticos con respecto a esta palabra “amor” es totalmente vana y fría. Pues ellos dicen que amar no es nada más que desearle el bien a alguien,¹ o que el amor es una cualidad inherente de la mente,² con la cual la persona*

¹ *bonum alicui velle.*

² *animo.*

puede evocar ese sentimiento del corazón, o aquel gesto, que se llama benevolencia.¹ Ese es una amor desnudo, baldío, y matemático, el cual no se encarna (por decirlo así), ni procede a obrar. Pero Pablo dice que el amor debe ser un siervo, y a menos que tenga la función de siervo, no es amor.

Bien, al darnos los preceptos del amor, relaciona encubiertamente a los falsos apóstoles contra los cuales él se confronta poderosamente, para poder defender y establecer su doctrina de las buenas obras en contra de ellos. Es como si dijera, Oh gálatas, hasta aquí les he enseñado la vida verdadera y espiritual, ahora les enseñaré también cuales son las verdaderas buenas obras. Y esto lo haré para que puedan ver como las vanas y necias obras de las ceremonias, que urgen los falsos apóstoles, son muy inferiores a las obras del amor. Pues tal es la necedad y locura de todos los falsos maestros y espíritus fanáticos, que no sólo dejan el verdadero fundamento y la pura doctrina, sino que siguiendo sus supersticiones, nunca alcanzan a las buenas obras. Por tanto (como dice Pablo en 1 Cor. 3:12,13) ellos edifican con sólo madera, heno, y hojarasca sobre el fundamento. De modo que los falsos apóstoles no enseñaban o requerían las obras del amor, las que instan a prestar pronto auxilio a su prójimo en toda necesidad, no sólo con sus bienes, sino también con su cuerpo, es decir, con la lengua, la mano, el corazón, y con todas sus fuerzas. Ellos sólo requerían la circuncisión, la observancia de días, meses, años, y tiempos (Gálatas 4:10), pero de otras buenas obras no podían enseñar cosa alguna. Pues después de haber destruido el fundamento, que es Cristo, y oscurecido la doctrina de la fe, era imposible que pudiera quedar cualquier verdadero uso, ejercicio, u opinión de las buenas obras. Si se corta el árbol, también perece el fruto.

De igual manera los sectarios de hoy, están encantados por la doctrina de las buenas obras, de tal modo que necesitan enseñar todo tipo de obras fenomenales y supersticiosas. Ellos han quitado a Cristo, han cortado el árbol, derribado el fundamento, y por tanto han construido sobre la arena (Mateo 7:26) y no pueden erigir nada más que madera, paja, y hojarasca. Presentan un buen teatro de amor, humildad, etc., pero ciertamente que aman, como dice Juan, “no de hecho y en verdad sino de palabra y de lengua” (1Juan 3:18). También hacen un despliegue de gran santidad con el cual engañan a los hombres de tal modo que a su vez juzgan sus obras como las más espléndidas y agradables a Dios. Pero si observas estas obras a la luz de la Palabra, te darás cuenta que son tan sólo frivolidades y pequeñeces, que tienen que ver sólo con tiempos, lugares, vestimentas, reverencias a personajes, etc. Por lo cual es necesario que los maestros piadosos expongan la doctrina de las buenas obras, al igual que la doctrina de la fe. Pues Satanás odia a las dos, y las asedia amargamente. No obstante hay que primero sembrar la fe; pues sin fe es imposible comprender lo que es una buena obra, o que es lo que agrada a Dios.

Por tanto podemos ver como Satanás odia la verdadera doctrina de las buenas obras. Pues aunque todo ser humano tiene cierto conocimiento implantado en sus mentes (Romanos 2:14) por el cual perciben por naturaleza que deben tratar a otros así como

¹ bene velle.

quisieran ser tratados (y esta y otras tales opiniones, que llamamos la ley natural,¹ son el fundamento del derecho humano² y de toda buena obra); no obstante, la razón humana es tan corrupta y ciega debido a la malicia del diablo,³ que no comprende este conocimiento que trae desde que nació. O de otro modo, habiendo sido advertido por la Palabra de Dios, y comprendido su deber, y aún (tal es el poder de Satanás) a sabiendas lo descuidan y condenan. Además, sucede también este otro mal, que el diablo aflige a todos los ajusticiadores y herejes con tal locura, que en negligencia de la verdadera doctrina de las buenas obras enseñan sólo ceremonias infantiles o monstruosas obras de su propio invento. La razón, ya que no toma en cuenta a la fe, magnifica estas cosas y se deleita en ellas.

Es así como en el Papado los hombres cumplen con gran deleite, diligencia, celo, y a gran precio, esas obras necias e inútiles que Dios ni ordena ni requiere. Hoy vemos este mismo celo por inutilidades en los sectarios y sus discípulos, y en los Anabaptistas en particular. Pero en nuestras iglesias, donde se enseña con más diligencia la doctrina de las buenas obras, es impresionante relatar cómo reina la indolencia y el letargo. Cuanto más exhortamos a los hombres a obrar el bien, a servir con amor los unos a los otros, a deshacerse de atender sus vientres, tanto más pesados y desatinados se vuelven en todos los ejercicios de piedad. Por tanto Satanás amargamente odia no sólo la doctrina de la fe, sino también la de las buenas obras, de tal modo que por un lado él se interpone a que nuestro pueblo la aprenda, o si la conocen, a que la practiquen. Por otro lado los hipócritas y herejes la desatienden totalmente, y la suplantán con necias ceremonias o ciertas obras ridículas y fanáticas, con las que hechizan a los hombres carnales. Pues el mundo no se rige por el Evangelio y la fe, sino por la ley y la circuncisión.

Por tanto el apóstol, exhorta diligentemente a los cristianos a ocuparse en las buenas obras, una vez que han escuchado y recibido la doctrina pura de la fe. Pues los rastros del pecado permanecen, aun en los justificados; los cuales siendo contrarios a la fe, la obstruyen, y nos impiden hacer buenas obras. Además, la razón humana y la carne, las que en los mismos santos resisten al espíritu, y en los impíos reinan poderosamente, se deleita naturalmente con la superstición farisaica; es decir, se complace más midiendo a Dios con su propia imaginación,⁴ que por su Palabra; y hace las obras que ella misma [la razón] escoge, con mucho más fervor que aquellas que Dios ha ordenado. Por tanto es necesario que los predicadores piadosos con toda diligencia enseñen y urjan la doctrina de las buenas obras así como la doctrina de la fe, pues Satanás es enemigo mortal de ambas. No obstante, primero se debe sembrar la fe; pues sin fe es imposible comprender cual es una buena obra, o que es lo que agrada a Dios. Por tanto que nadie piense que conoce la profundidad de este mandamiento: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” Ciertamente que es muy breve y fácil con respecto a las palabras, pero muéstrenme los instructores y los instruidos que al enseñarlo, aprenderlo, y vivirlo, lo ejercen y cumplen correctamente. Por tanto estas palabras “Servíos los unos a los otros por amor” y también

¹ *lex naturae.*

² *iuris humani.*

³ *vítio.*

⁴ *ex suis cogitationibus.*

estas “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” son eternas,¹ y ninguno de los fieles las toma en cuenta lo suficiente, las urgen, practican y cumplen debidamente. Y los fieles tienen esta tentación (y esto es asombroso), que si omiten un pequeño deber que tenían que cumplir, enseguida les remuerde la conciencia; pero no se perturban de esa manera si son negligentes a los deberes del amor (como lo hacen diariamente), ni llevan un amor sincero y fraternal hacia su prójimo. Pues no toman en cuenta el mandamiento del amor más que a sus propias supersticiones, de las cuales no quedan libres en toda su vida.

Por tanto Pablo reprende a los gálatas con estas palabras, “Porque toda la ley en una palabra se cumple.” Es como si dijera: “Se han ahogado en sus supersticiones y ceremonias respecto a lugares y tiempos, que ni para ustedes ni para otros rinden provecho alguno; mientras tanto, descuidan el amor, lo único que debían guardar. ¿Qué locura es esta? Así lo dijo Jerónimo: ‘Desgastamos y consumimos nuestros cuerpos con vigili­as, ayunos, y labores; pero descuidamos el amor, la cual es la única esposa y señora de las obras.’” Esto se puede ver muy bien en los monjes, que observan estrictamente sus tradiciones con respecto a sus ceremonias, ayunando² [haciendo vigili­as], luciendo vestimentas, y tales cosas. En este caso, si omiten alguna pequeñez, es pecado mortal; pero cuando no sólo descuidan el amor, sino también se odian entre ellos hasta la muerte, no pecan, ni a Dios ofenden en cosa alguna.

Por tanto, mediante este mandamiento Pablo no sólo enseña las buenas obras, sino que también condena las obras fanáticas y supersticiosas. Él no sólo edifica con oro, plata, y piedras preciosas sobre el fundamento, sino que también derriba la madera, y quema la paja y hojarasca. *Por cierto que Dios hizo bien al dar tantas ceremonias a los judíos; pues con ellas da entender que la mente humana es naturalmente supersticiosa, que no le importa nada el amor, sino que se envuelve en ceremonias y deleitándose en la justicia según la carne. No obstante mientras tanto, Dios testificó, por medio de ejemplos en el Antiguo Testamento, todo lo que Él siempre ha valorado: el amor, al cual quisiera que la misma ley y las ceremonias cedieran su lugar. Cuando David y los que estaban con él tenían hambre, y no tenían qué comer, comieron del pan de la propiciación, que por ley el pueblo no podía comer, sino sólo los sacerdotes (1 Samuel 21:6). Los discípulos de Cristo quebrantaron el sábado (como dijeron los judíos) al sanar a los enfermos en día sábado (Mateo 12:1,10). Todas estas cosas muestran que la caridad o el amor han de preferirse a toda ley y ceremonia, y que lo único que Dios requiere de nuestras manos es amor al prójimo. De lo mismo dio testimonio Cristo cuando dijo, “Y el segundo es como este” (Mateo 22:39).*

VERSÍCULO 14. Porque toda la ley en una palabra se cumple.

Como si dijera, ¿por qué se colocan el yugo de la ley? ¿Por qué se esfuerzan y se perturban con las ceremonias de la ley, respecto a carnes, días, lugares, y otras cosas; en cuanto a cómo deben comer, beber, observar sus fiestas y sacrificios, etc.? Dejen estas necedades, y oigan lo que digo: Toda la ley se encierra en este dicho: “Amarás a tu

¹ *aeterna sunt.*

² *esu.*

prójimo como a ti mismo.” Dios no se deleita en la observancia de ceremonias de la ley,¹ ni es que tampoco las necesita. Lo único que Él requiere de sus manos es esto: que crean en Cristo a quien ha enviado, en quien son plenamente perfectos,² y tienen todas las cosas. Pero si es que a la fe, han de añadir leyes, entonces confien que todas las leyes se encierran en este corto precepto: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” Procuren guardar este mandamiento, el cual al guardarlo, han guardado todos los mandamientos.

Pablo es un exponente muy fiel de los mandamientos de Dios, pues él resume a todo Moisés en una sola suma, mostrando que todas sus leyes (las cuales de cierto modo son infinitas) no contienen nada más sino esta breve declaración: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” La razón humana se ofende con la simpleza y parquedad de estas palabras; pues tan pronto se dice “Cree en Cristo” se escucha de nuevo “amarás a tu prójimo como a ti mismo.” De tal modo que desprecia tanto a la doctrina de la fe y de las buenas obras. No obstante, esa simple y vil palabra de fe (como opina la razón), “Cree en Cristo,” es el poder de Dios³ a los fieles, por el cual vencen al pecado, la muerte, el diablo, etc., por el cual también alcanzan la salvación y la vida eterna. Por tanto, servir el uno al otro por amor, es orientar al extraviado, consolar al afligido, levantar al débil, socorrer al prójimo con todos los medios posibles, sufrir sus torpezas y faltas de consideración,⁴ soportar las pruebas, labores, la ingratitud y desprecio en la iglesia; en la vida civil y la vida diaria obedecer al juez, dar el merecido honor a tus padres, ser paciente en el hogar con una esposa petulante y una familia incontrolable, etc. Éstas (digo yo) son obras que la razón juzga no tienen valor. Pero por cierto son obras tales que el mundo entero no puede comprender su excelencia y valor (pues no mide las obras ni cosa alguna por la Palabra de Dios, sino por el juicio de la razón impía, ciega, y necia). Sí, desconoce el valor de las obras más pequeñas que pueda haber, las cuales son verdaderamente buenas obras.

Por tanto cuando los hombres sueñan que comprenden bien el mandamiento del amor, están totalmente engañados. Por cierto que lo tienen escrito en su corazón, pues ellos naturalmente juzgan que el uno debe hacer para con el otro, como quisiera que se hiciera para con él. Pero por consiguiente, no sigue que ellos lo comprenden, pues si lo comprendieran, ciertamente lo cumplirían, y le dieran preferencia al amor y a la caridad antes de todas sus obras. No darían tan alta estima a sus juguetes supersticiosos, como lo es ir a vivir con cara larga, cabizbajo, vivir en la soltería, vivir a punta de pan y agua, vivir en el desierto, vestirse en harapos, etc. Estas obras monstruosas y supersticiosas, que se han diseñado y escogido, las estiman tan santas y excelentes, que sobrepasan y oscurecen el amor, el cual es como si fuera, el sol de toda buena obra. Tan grande e incomprensible es la ceguera de la razón humana que no sólo es incapaz de juzgar debidamente con respecto a la doctrina de la fe, sino también en cuanto a la vida externa y las obras. Por tanto debemos luchar fuertemente contra las opiniones de nuestro propio corazón (al cual nos inclinamos más naturalmente en el tema de la salvación que a la Palabra de Dios), como también contra el disfraz falsificado del teatro piadoso de

¹ *rituum legalium.*

² *consummati estis.*

³ *divina est potentia.*

⁴ *agrestes mores et importunitatem.*

nuestras propias obras de la voluntad. Aprendamos a magnificar las obras que cada cual ejerce en su propia vocación, no importa todo lo sencillo y despreciable que parezcan, pues tienen la aprobación de la Palabra de Dios; y al contrario a despreciar esas obras que la razón escoge sin mandamiento de Dios, no importa todo lo excelente y piadosas que parezcan.

De este mandamiento he urgido ampliamente en otro lugar, así que ahora sólo lo tocaré de paso. Ciertamente que esto se dice muy en breve: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo;” pero muy al punto y a propósito. No hay nadie que pueda dar un ejemplo más certero, apto, o más al punto que el de uno mismo. *Ni tampoco pudiera haber una disposición¹ más noble o profunda que el amor, ni objeto del amor más excelente que el prójimo. Por tanto el ejemplo, la disposición, y el objeto son todos excelentes sin medida.* Por tanto si quisieras saber como debes amar a tu prójimo y quisieras ver un ejemplo claro, toma en cuenta como te amas a ti mismo. Si estuvieras en necesidad o peligro, estuvieras feliz de tener el amor y la amistad de todos los hombres, y que te socorran con el consejo, los bienes, y la fortaleza de todo hombre y de toda criatura. Por tanto no necesitas libro alguno que te instruya y te advierta como debes amar a tu prójimo, pues tienes contigo un excelente libro de todas las leyes, el mismo que hay en tu corazón. No necesitas tutor en este tema; sólo pide consejo a tu propio corazón, y te enseñará más de lo suficiente que debes amar a tu prójimo como a ti mismo. Además, el amor o la caridad es una excelente virtud, la cual dispone al hombre al servicio de su prójimo con su lengua, mano, dinero y recursos materiales, y también con su propio cuerpo, hasta con su propia vida. Al hacer todo esto, no lo motiva recompensa alguna ni cualquier cosa, ni tampoco lo impide las malas consecuencias ni la ingratitud. Es así como la madre alimenta y cuida a su hijo, sólo porque lo ama.

En conclusión, no hay criatura² a la cual debes mostrar amor más noble que a tu prójimo. Él no es ningún diablo, león, oso, lobo, palo, o piedra, etc., sino la criatura que se asemeja más a ti. Y no hay ninguno sobre la tierra más agradable, amoroso, útil, amigable, consolador, y necesario que tu vecino.³ Pero el diablo es un mago prodigioso por lo que es capaz, no sólo de opacar este objeto más noble y sacarlo de la mente del hombre, sino también de persuadir su corazón a la opinión contraria, de tal modo que juzga que su vecino es lo más merecedor de un odio amargo, y no de amor. Y el diablo lo logra fácilmente, tan sólo con un susurro: “Mira, este hombre tiene tal falta, te ha reprendido, te ha perjudicado, etc. Entonces este objeto tan querido se te hace tan vil, que ya no es un vecino digno de tu amor, sino un enemigo digno de tu odio. De este modo Satanás ejerce su asombroso prodigio con el cual cambia la disposición de amar⁴ en nuestros corazones. En vez de amar a nuestro prójimo nos volvemos en detractores,

¹ *habitus.*

² *animal.*

³ El MS. de Röer reza: *Nulla persona nobilior, in qua debeo exercere charitatem; no animali; homo naturaliter constitutus ad civilitatem et societatem. non animal in terri, quod liblicher quam homo. Ideo nihil potuit constitui amari quam proximus.*

⁴ *habitus diligendi.*

agentes del odio, y perseguidores, hasta tal punto que de este precepto (“Amarás a tu prójimo como a ti mismo”) no queda nada más sino una osamenta de letras y sílabas.

Bien, mi prójimo es todo hombre, particularmente aquel que necesita mi ayuda, como Cristo lo explica en el capítulo diez de Lucas, pues aunque me haya hecho algún mal, o de algún modo me haya herido, no obstante, no se ha despojado de la naturaleza de ser humano,¹ y cesado de existir en carne y sangre, y es la criatura de Dios a la que más me parezco; en breve, el tal no ha dejado de ser mi prójimo. Entonces, siempre y cuando permanezca en él la naturaleza humana,² también permanece el mandato de amarlo, lo que requiere de mi mano que no desprecie mi propia carne, ni pague mal con mal; sino de vencer el mal con el bien, o de otro modo el amor jamás llegará a ser como Pablo lo describe (1 Corintios 13). *Un miembro enfermo no se amputa, sino que se cuida y se cura. Y sobre los miembros menos honrosos (dice Pablo), debemos otorgar mayor y abundante honra. Pero la naturaleza está tan corrupta y cegada por el veneno del diablo, que los hijos de este mundo, aunque sepan que alguien tenga muchos dones y virtudes, tan pronto descubren tan sólo una falta o tacha, sólo toman eso en cuenta, y se olvidan de todos sus dones y virtudes. También se pueden ver bufones y burlones crasos que no hablan con civilidad a los que les caen mal, sino que les dan algún título burlón, como el hombre en Terencio, que decía, “Ojichino, nariz de gancho, orejas de repollo,” y otros así. En breve, el mundo es el reino del diablo, el cual con todo encono desprecia a la fe y al amor y a todas las palabras y las obras de Dios.*

Por tanto Pablo encomienda el amor a los gálatas, y a todos los fieles (pues son ellos los únicos que pueden amar) y los exhorta a que por medio del amor, sean siervos los unos de los otros. Es como si dijera, No necesitan echarse encima la carga de la circuncisión, con las ceremonias de la ley de Moisés. Sino que después de todas las cosas, perseveren en la doctrina de la fe que han recibido de mí. Después, si han de hacer buenas obras, les diré en una sola palabra la principal y mayor de todas las obras, y cómo podrán cumplir con toda ley: “Servíos los unos a los otros por amor.” No les faltará a quien puedan hacer el bien, pues el mundo está lleno de los que necesitan la ayuda de otros. Esta es una doctrina perfecta y sana de fe y amor, como también la más corta y la más amplia en la teología. La más corta, respecto a las palabras y oraciones. Pero respecto a su uso y práctica, la más amplia, la más larga, la más profunda, y la más alta en el mundo entero.

VERSÍCULO 15. Mas si os mordéis y devoráis los unos a los otros, mirad que no os consumáis los unos a los otros.

Con estas palabras Pablo testimonia que si el fundamento, es decir, si la fe en Cristo fuera derrocada por los falsos maestros, no quedaría ni paz ni concordia dentro de la iglesia, ni en la doctrina ni en la vida. Pero es inevitable que surjan diversas opiniones y discrepancias de cuando en cuando, tanto en la doctrina como en la vida. *Y una vez que se rompe la armonía en la iglesia, no hay medida ni fin para ese mal. Pues los autores de los cismas, entran en desacuerdo entre ellos mismos, y enseñan, uno que hay que hacer*

¹ *humanitatem.*

² *natura humana.*

esta obra, otros que aquella obra es necesaria para obtener la justicia. Cada cual confirma su propia opinión y superstición, y reprende la del otro. Por lo que ocurre que el uno muerde y devora al otro, es decir el uno juzga y condena al otro hasta que al fin todos se consumen. De esto no sólo en la Escritura, sino que también hay ejemplos a lo largo de la historia. Después que el África quedó pervertida por los maniqueos, enseguida surgieron los donatistas, que cuando tampoco pudieron acordar entre ellos, se dividieron en tres diferentes sectas. En nuestros días los Sacramentarios fueron los primeros en abandonarnos, luego los anabaptistas, y ninguno de ellos está de acuerdo con el otro. Y, ¿cuántas sectas tenemos hoy que surgen una tras otra? Una secta produce otra, y la una condena a la otra. De acuerdo a los matemáticos, cuando termina la unidad el número progresa hasta la infinidad. Por tanto, cuando se quebranta la unidad de espíritu, es imposible que pueda haber acuerdo alguno ni en la doctrina ni en la vida, sino que diariamente surgirán nuevos errores, sin medida ni fin. Esto también lo vemos en el Papado, en donde una vez que abandonaron la doctrina de la fe, fue imposible que permaneciera la armonía de espíritu. En vez surgió por medio de la doctrina de las obras, un sinnúmero de sectas de monjes, y cuando no podían llegar a un acuerdo entre ellas, medían su santidad según la severidad de sus órdenes y la dificultad de sus obras supersticiosas que ellos mismos se habían inventado. De tal modo que los unos se consideraban más santurrones que los otros. Además, no sólo disentían entre los monjes de diversas profesiones, sino también entre los de la misma orden. Así como el alfarero envidia al alfarero, así como el minorita¹ envidia al minorita, etc. En conclusión, en un monasterio había tantas opiniones como había monjes. Tanto acariciaron entre ellos sus rivalidades, contenciones, disputas, virulencias, mordeduras y devoradas, hasta que (de acuerdo a este dicho de Pablo) ahora se consumen, etc.

Pero los que sostienen la doctrina de la fe, se aman de acuerdo a este precepto de Pablo, no censuran el estilo de vida² y las obras del otro, sino que cada cual aprueba el estilo de vida³ del otro y el deber que destaca en su vocación. Ningún piadoso piensa que el oficio de magistrado es mejor a la vista de Dios que el oficio de un sujeto, pues sabe que ambos son ordenados por Dios y que tienen el mandamiento de Dios. Él no distingue entre el oficio o el trabajo de un padre y de un hijo, de un tutor y su pupilo, de un señor y su siervo, etc., sino que confiadamente confiesa que ambos agradan a Dios, si están cabalmente en la fe y la obediencia a Dios. Sin duda que a la vista del mundo, estos tipos de vida y sus deberes no son iguales; pero esta externa desigualdad para nada impide la unidad del Espíritu, por la cual todos piensan y creen lo mismo tocante a Cristo, a saber, que sólo por Él obtenemos la remisión de pecados y la justicia. Además, con respecto a la conversación externa y el deber, uno no juzga al otro, ni censura sus obras, ni tampoco elogia sus propias obras como si fueran mucho mejor, sino al unísono de voz y espíritu confiesan que tienen el mismo y único Cristo Salvador, ante quien no hay acepción de personas o de obras, etc. (Romanos 2:11).

¹ Fraile franciscano.

² *genus vitae*.

³ *Ibid.*

Hacer esto es imposible para los que descuidan la doctrina de la fe y el amor, y enseñan obras supersticiosas. El monje no concede que las obras del laico, las que cumple en función de su profesión, son tan buenas y agradables a Dios como las suyas. La monja por mucho prefiere su propia vida y obras en vez de las obras de la matrona que vive con su esposo, pues juzga que por sus obras es merecedora de la gracia y la vida eterna, mas no las de la matrona. Por lo cual, estas personas, tan malditas como la avaricia por el oro,¹ vehemente han condenado y persuadido al mundo entero que su nivel² en la vida y sus obras son mayores y más piadosas que las de los laicos. Pues si hasta el día de hoy no se defendieran y aferraran a esta opinión de la santidad de sus obras, tampoco pudieran retener su honra y riquezas. Por tanto no hay monje, ni ajusticiador alguno que se pueda convencer que las obras de un cristiano común, un esposo, esposa, sierva, criado, etc., dadas en fe y obediencia hacia Dios, son mejores y más agradables a Dios que esas obras monstruosas y supersticiosas que ellos mismos han escogidos. Pues cuando remueven a Cristo, la piedra angular, los que procuran la salvación por las obras no pueden juzgar de ninguna otra manera sino que sólo ellos son los cumplidores de obras tan grandes y espléndidas que alcanzan a agradar a Dios. Es así como el día de hoy los Anabaptistas sueñan ilusamente que ellos, los pobres, sufriendo hambre y frío, vestidos de harapos, etc., son los santos, pero los que tienen bienes no son santos. Por tanto es imposible que los ajusticiadores y los autores de las sectas guarden la paz con aquellos que no les consienten en sus opiniones, sino que los muerden y los devoran, etc.

Por tanto Pablo advierte que tales ocasiones de discordia han de evitarse, y muestra cómo se pueden evitar. Esta (dice él) es la vía a la unidad y a la concordia: Cada cual cumpla su deber en la vida a la que Dios lo ha llamado. No se trepe encima de los demás, ni rebusque faltas en las obras de otros y recomiende las suyas, sino que cada cual sirva al otro por amor. Esta es una doctrina verdadera y sencilla, con respecto a las buenas obras. Los que han naufragado en la fe no enseñan esto, y se han concebido ideas fantasiosas tocante a la fe y a las buenas obras. Empero se han puesto en desacuerdo los unos con los otros, con respecto a la doctrina de la fe y las obras, se muerden y devoran, es decir, se acusan y condenan entre ellos, como Pablo dice aquí de los gálatas: “si os mordéis y devoráis los unos a los otros, mirad que no os consumáis los unos a los otros.” Es como si dijera, “No se acusen y condenen por causa de la circuncisión, por la observancia de días sagrados, o de otras ceremonias, sino más bien entréguese al servicio y a la ayuda mutua por causa del amor. De otro modo, si siguen mordiéndose y devorándose, tengan cuidado que no se consuman, es decir, que perezcan por completo, sí, y aún físicamente, como ocurre comúnmente, especialmente a los fundadores de las sectas como sucedió con Arrio y otros, y a unos cuantos en nuestro tiempo. Porque el que haya puesto su fundamento sobre la arena, y construye con paja, hojarasca, y tales cosas, sin duda alguna caerá y será consumido, pues todas esas cosas se han ordenado para el lago de fuego. No digo que después de morder y devorar de esa manera, seguirá la ruina y la destrucción de una ciudad, sino de países y reinos enteros, eso es lo que ocurrirá. Pero ahora el apóstol prosigue a mostrar lo que significa servir el uno al otro por amor.

¹ *sacri Illia homines, ut auri fames.* ¿Un eco de la frase de Virgilio *auri sacra fames?*

² *statum.*

Es algo peligroso y difícil enseñar que somos justos por la fe sin obras, y no obstante requerir con todo, las obras. Aquí, a menos que los ministros de Cristo sean fieles, y sabios agentes al dispensar los misterios de Dios, dividiendo sabiamente la Palabra de la verdad, enseguida confundirán la fe con las obras. Ambas de estas doctrinas, la de la fe, como también la de las obras, se deben enseñar y urgir diligentemente. No obstante cada cual debe permanecer dentro de sus límites. De otro modo, si enseñan sólo las obras (como lo hace el reino del Papado), se pierde la fe. Si sólo se enseña la fe, entonces los hombres carnales se ponen a pensar que las obras no son necesarias.

Hacia poco que el apóstol había exhortado a los hombres a las buenas obras, y enseñado que toda la ley se cumplía en una sola palabra, a saber, “Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” Aquí alguien dirá, “Pablo a lo largo de toda su epístola despoja la justicia de la ley, pues dijo ‘Por las obras de la ley nadie será justificado’ (Gálatas 2:16). También ‘Pues todos los que están bajo las obras de la ley, están bajo maldición’ (Gal. 3:10). Pero ahora, cuando dice que toda la ley se cumple en una sola palabra, pareciera que se olvidó de todo el tema que urge en toda su epístola, dando ahora una opinión bien contraria: a saber, que los que hacen las obras del amor, cumplen la ley y por tanto son justos.” Ante esta objeción, Pablo responde de la siguiente manera.

VERSÍCULO 16. Digo, pues: Andad en el Espíritu; y no satisfagáis los deseos¹ de la carne.

Es como si hubiera dicho: No he olvidado mi discurso anterior respecto a la fe, ni tampoco lo revoco al exhortarlos al amor mutuo diciendo que “toda la ley se cumple por medio del amor.” Sigo en la misma forma de pensar, con mi previa opinión. Entonces, para que me puedan comprender debidamente, añadido esto: “Andad en el Espíritu; y no satisfagáis los deseos de la carne.”

Una refutación del argumento de los escolásticos:

“El amor es el cumplimiento de la ley, por tanto la ley justifica”

Aunque aquí Pablo habla con mucha sencillez y claridad, poco ha logrado, pues los escolásticos, al no comprender este texto de Pablo, “El amor es el cumplimiento de la ley,” han deducido lo siguiente: Si el amor es el cumplimiento de la ley, entonces sigue que el amor es justicia, por tanto, si amamos, somos justos. Estos tipos simpáticos² argumentan con tremenda profundidad de la Palabra, a la obra; de la doctrina, a los preceptos, o a la vida, de la siguiente manera: La ley decreta el mandato del amor, por tanto, es inevitable que sin demora alguna se infundirán de amor. Pero esta conclusión es absurda, pues apoya su argumento sobre preceptos, y fundamenta su punto final sobre las obras.³

¹ *concupiscentiam.*

² *belli homines.*

³ *a praeceptis argumentari et concludere ad opera.*

Es cierto que tenemos el deber de obedecer la ley, y ser justificados por medio de su cumplimiento. Pero el pecado nos estorba. Ciertamente que la ley prescribe y ordena que debemos amar a Dios con todo nuestro corazón, etc., y que debemos amar al prójimo como a nosotros mismos. Pero de allí no sigue que: “Escrito está, por tanto, consumado es, la ley ordena que amemos, por tanto nosotros amamos.” No hay ser humano alguno en toda la faz de la tierra que ame a Dios y a su prójimo, tal cual lo requiere la ley. Pero en la vida venidera, en donde ya habremos sido purificados de todo vicio y pecado, y en donde seremos hechos tan puros y tan claros como el sol, amaremos perfectamente y seremos justos por medio de un perfecto amor. Pero en esta vida la carne nos estorba para alcanzar tal pureza. Pues en tanto tengamos vida, el pecado permanece en nuestra carne. Por lo cual nuestro corrupto amor propio es tan poderoso que por mucho sobrepasa a nuestro amor a Dios y al prójimo. No obstante y mientras tanto, para que en esta vida también podamos ser justos, tenemos a Cristo como nuestro propiciatorio y trono de gracia. Puesto que hemos creído en Él, no se nos imputa pecado. Por tanto la fe es nuestra justicia en esta vida. Pero en la vida venidera, cuando hayamos sido plenamente purificados y librados de todos nuestros pecados y concupiscencias, ya no tendremos necesidad de la fe y la esperanza. Sino que entonces amaremos perfectamente.

Por tanto es un gran error atribuir justificación o justicia al amor, lo cual es nada; o si fuera algo, le faltaría grandeza para apaciguar a Dios, pues el amor, aún en los fieles (como he dicho) es imperfecto e impuro. Y nada inmundo entrará al reino de Dios (Apocalipsis 21:27). No obstante, mientras tanto esta confianza y seguridad nos sostiene: que Cristo, el único que no cometió pecado, y en cuya boca no se halló engaño, nos hace sombra con su justicia (Isaías 53:9; 1 Pedro 2:22). Siendo amparados bajo esta nube, y abrigados bajo esta sombra, este cielo de la remisión de pecados y el trono de gracia, comenzamos a amar y cumplir la ley; pero ni por este cumplimiento somos justificados, ni aceptos por Dios, mientras aquí vivamos. Pero, cuando Cristo haya entregado el reino a Dios su Padre, y abolido a todo principado, y Dios sea en todo y sobre todo, entonces la fe cesará, y el amor será perfecto y perpetuo (1 Corintios 13). Este asunto no lo comprenden los escolásticos papales. Por tanto, cuando escuchan que el amor es la suma de toda la ley, enseguida concluyen: *ergo*, la ley justifica.¹ O al contrario, cuando leen en Pablo que la fe justifica al hombre, ellos dicen: “Sí, debido a la fe que ha sido formada y adornada mediante el amor.” Pero ese no es el sentido de Pablo, como ya lo he explicado ampliamente.

Si nosotros ya estuviéramos purificados de todo pecado, y encendidos con un amor perfecto hacia Dios y a nuestro prójimo, entonces ciertamente seríamos justos y santos mediante el amor, y Dios no pediría nada más de nosotros. Esto no se cumple en esta vida, sino se posterga hasta la vida por venir. Ciertamente que aquí recibimos el don y los primeros frutos del Espíritu, de tal modo que comenzamos a amar (Romanos 8:23), aunque muy escasamente. Pero, si amáramos a Dios verdadera y perfectamente, tal cual lo requiere la ley de Dios, que dice “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas” (Deuteronomio. 6:5; Mateo 22:37), entonces

¹ *Ergo*: “Por tanto, la ley justifica.”

estaríamos contentos en la pobreza como en la riqueza, en el dolor como en el placer, en la muerte como en la vida. Sí, el que por cierto pudiera amar a Dios en verdad y a la perfección, no prolongaría mucho su vida, sino que enseguida sería absorbido por este amor.

Pero ahora la naturaleza humana está tan corrupta y ahogada en el pecado, que no puede tener ningún sentido correcto de valorar a Dios. No ama a Dios, sino que lo odia con odio mortal. Por tanto, así como lo dice Juan, “En esto consiste el amor; no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que Él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 4:10). Y como Pablo dijo anteriormente en el capítulo segundo, “el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gál. 2: 20). Y en el capítulo cuatro, “Mas venido el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley” (Gál. 4:4,5). Nosotros, habiendo sido redimidos y justificados por el Hijo, comenzamos a amar, de acuerdo a lo dicho por Pablo en Romanos ocho, “Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley fuese cumplida en nosotros,” a saber, pudiera comenzar a cumplirse. Por tanto son meros sueños ilusos, esas enseñanzas de los sofistas y escolásticos, con respecto al cumplimiento de la ley.

Por tanto con estas palabras, “Andad en el Espíritu,” Pablo da a entender la manera como él quisiera que se entendiéramos esta oración donde dice, “por amor servíos los unos a los otros.” También, “El amor es el cumplimiento de la ley,” etc. Como si dijera, “Cuando ordeno a amarse los unos a los otros, esto es lo que les pido, que anden en el Espíritu. Pues yo sé que no cumplirán la ley, ya que el pecado vivirá en ustedes en tanto tengan vida, por tanto es imposible que cumplan la ley. No obstante, mientras tanto, procuren con diligencia andar en el Espíritu, es decir, luchen en el Espíritu contra la carne, y sigan el aliento espiritual.

Entonces es aparente que él no se ha olvidado del tema de la justificación, pues cuando les insta a andar en el Espíritu, niega claramente que las obras justifican. Es como si dijera “Cuando hablo de cumplir la ley, no quiero decir que son justificados por la ley. Lo que quiero decir es que hay dos capitanes contrarios en ustedes, el espíritu y la carne. Dios ha suscitado en sus cuerpos una lucha y una batalla; pues el espíritu lucha contra la carne, y la carne contra el espíritu (Gálatas 5:17). Aquí no les pido nada más sino que sigan al Espíritu como el capitán y guía, y que resistan a ese capitán de la carne, pues eso es todo de lo que podrán ser capaces. Obedezcan al Espíritu, y luchen contra la carne. Por tanto, cuando les enseño a guardar la ley, y les exhorto al amor mutuo, no piensen que yo estoy dando la vuelta para revocar lo que ya les enseñé tocante a la doctrina de la fe, y que ahora estoy atribuyendo justificación a la ley o al amor. Pero lo que quiero decir es que deben andar en el espíritu, y que no deben practicar los deseos de la carne.

Pablo utiliza palabras muy aptas y al punto. Es como si dijera “Todavía no hemos llegado al cumplimiento de la ley, por tanto debemos andar en el Espíritu, y ejercemos en Él,

para que podamos pensar, decir, y hacer esas cosas que son del Espíritu, y resistir aquellas cosas que son de la carne. Por tanto, añade:

VERSÍCULO 16. Y no satisfagáis los deseos de la carne.

Es como si dijera, “Los deseos o la lujuria de la carne todavía no han muerto en nosotros, sino que saltan nuevamente y luchan contra el espíritu. La carne de ninguno de los fieles¹ es tan piadosa que al ser ofendida, no comienza a morder y devorar, o al menos hacer caso omiso de algún detalle del mandamiento del amor. Desde el primer acoso ya no puede controlarse, sino que se enoja con su prójimo, busca la venganza, y lo odia como su enemigo, o al menos no lo ama tal como debiera amarlo, aunque así lo requiere el mandamiento. Esto le sucede aún a los fieles.²”

Por tanto el apóstol ha dado esta orden a los fieles: Servid los unos a los otros por amor; llevad las cargas y las debilidades los unos de los otros, perdonad mutuamente. Y si no pueden sobrellevarse y tolerarse así por amor,³ es imposible que el amor y la armonía puedan permanecer entre los cristianos. Pues siempre será así: tú ofenderás con frecuencia, y te sentirás ofendido. Tú puedes ver muchas cosas en mí que te ofenden, y yo por mi parte veo muchas cosas en ti que no me gustan. En esto, si no nos sobrellevamos por amor, no habrá fin a las disensiones, discordias, envidias, odios, y mala voluntad.

Por tanto, Pablo quisiera que anduviéramos en el Espíritu, no sea que satisfagamos los deseos de la carne. Es como si dijera, “Aunque sientas que te mueve la ira y el disgusto contra tu hermano que te ofende, o hiciera cosa alguna contra ti, aún así, resiste y reprime estas emociones violentas por medio del Espíritu. Sobrelleva su debilidad y ámalo de acuerdo al mandamiento, “Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” Pues tu hermano no deja de ser tu prójimo porque sufre un desliz, o porque te ofenda; más bien es cuando más necesitado está que tú le demuestres tu amor hacia con él. Y este mandamiento, “Amarás a tu prójimo como a ti mismo,” requiere lo mismo. A saber, no obedezcas a la carne, la cual, cuando se siente ofendida, odia, muerde, y devora. Más bien, lucha contra ella en el Espíritu, y sigue de la misma manera amando a tu prójimo, aunque no descubras en él cosa alguna por lo que mereciera tu amor.

Los escolásticos pretenden que la lujuria del cuerpo es el deseo de la carne.⁴ Es muy cierto que aun los piadosos, especialmente los más jóvenes⁵, son tentados con la lujuria de la carne. Sí, hasta los casados (así tan corrupta y pestilente es la carne) no les falta tal tipo de lujuria carnal. Aquí que todos (hablo ahora a los piadosos casados, tanto al hombre como a la mujer) se examinen a fondo, y sin duda encontrarán lo mismo en ellos, que la belleza y las condiciones de la mujer del otro le agradan más que las de su propia

¹ *nullius sancti.*

² *sanctis.*

³ *sine hac επικεια.*

⁴ *libidinem.*

⁵ *adolescentes.*

mujer; y al contrario, se siente enfadado y disgustado con su propia legítima esposa, y ama a la que no le es lícito. Los hombres desprecian lo que tienen, y se enamoran de lo que no tienen, tal cual ha dicho el poeta: “*Nitimur in vetitum semper, cupimusque negata.*” Esto es,

*Por lo vetado luchamos siempre,
y por lo prohibido desfallecemos.*

Por tanto no lo niego que la lujuria de la carne se incluye en los deseos de la carne, pero no se trata sólo de eso. Pues los deseos de la carne abarcan toda otra emoción corrupta, y los fieles están infectados con todo eso, algunos más, otros menos: como el orgullo, el odio, la codicia, la impaciencia, y otros tales. Sí, hasta Pablo coloca después en la lista de las obras de la carne, no sólo estos vicios crasos, sino también la idolatría, la herejía, y otras tales. Por tanto, queda claro que él habla de toda la concupiscencia de la carne, y de todo el dominio del pecado,¹ el cual surge aún en los piadosos que han recibido las primicias del Espíritu, oponiéndose al dominio del Espíritu.² Por tanto él habla no sólo de la lujuria carnal, el orgullo, la codicia, etc., sino también de la incredulidad, la desconfianza, la desesperanza, el odio y desprecio a Dios, la idolatría, herejías, y tales, cuando él dice, “Y no satisfagáis los deseos de la carne.” Es como si dijera, “Escribo para que ustedes se amen los unos a los otros. Pero no lo hacen, ni es que tampoco pueden, ya que la carne, infectada y corrupta con la concupiscencia, no sólo suscita el pecado en ustedes, sino que es el pecado mismo.³ Pues si tuvieran perfecto amor, no hay pesadumbre, ni adversidad por grande que fuera, que pudiera estropear o perturbar ese amor, sino que se esparciría por todo el cuerpo. No habría esposa alguna, no importa cuán desfavorecida, que su marido no la amara totalmente, despreciando a todas las demás mujeres por todo lo bellas y hermosas que fueran. Pero no lo pueden hacer, por tanto es imposible que podamos ser hechos justos por medio del amor.

Por tanto no piensen que yo estoy revocando y desdiciendo lo que he enseñado tocante a la fe. Pues la fe y la esperanza deben permanecer para que por la una podamos ser justificados y por la otra podamos levantarnos en las pruebas, y perseverar hasta el fin. Además, nos servimos por medio del amor ya que la fe no es ociosa; pero el amor es débil y diminuto. Por tanto, cuando les insto a andar en el Espíritu, dejo más que en claro que no son justificados por medio del amor.

Así que cuando les exhorto a que anden en el Espíritu, que no cumplan los deseos de la carne, no les obligo a que se despojen totalmente de la carne, o que la maten, sino que le pongan freno y la subyuguen. Pues Dios quiere que la raza humana perdure hasta el día final, y eso no es posible a menos que existan padres, que engendren y críen hijos. Ya que es necesario que estos medios perduren, también es necesario que la carne perdure, y por consiguiente que peque, pues la carne no existe sin pecado. Por tanto, respecto a la carne somos pecadores; pero tocante al espíritu somos justos. No obstante, nuestra justicia

¹ *universa politia.*

² *politiam Spiritus.*

³ *ipsum peccatum.*

abunda mucho más que nuestro pecado, debido a que la santidad y la justicia de Cristo nuestro propiciatorio¹ abunda mucho más que el pecado del mundo entero; y el perdón de pecados, que se nos ha dado por medio de Él, es tan grande, tan inmenso, y tan infinito, que fácilmente devora todo pecado, de modo que podamos andar de acuerdo al espíritu, etc.

Aquí se puede observar que Pablo escribe estas cosas no sólo a los ermitaños y monjes que viven en celibato, sino a todos los cristianos. Digo esto a fin que no erremos junto con los Papistas, que soñaban con la idea que este mandamiento pertenece sólo al clero, y que el apóstol los exhorta a vivir en celibato, subyugando a la carne con vigiliias, ayunos, trabajos, etc., y que no deben satisfacer los deseos de la carne, es decir, la lujuria carnal. Como si toda la lujuria de la carne se venciera si se domina este deseo carnal, el cual, no obstante, jamás pudieron suprimir y dominar, a pesar de todos los yugos que hubieran podido imponerle a la carne. Jerónimo (no hago alusiones a nadie más), un gran amante y defensor del celibato, lo confiesa expresamente. “Oh (dijo él), cuán a menudo me he imaginado que estoy en los deleites y placeres de Roma, aún estando en los parajes más desiertos, quemándome al calor del sol, que se prestan para las más horrendas habitaciones de los monjes.” También, “Yo, que por temor al infierno me había condenado a tal prisión, con frecuencia me imaginaba que bailaba entre las doncellas, cuando no tenía compañía alguna sino sólo los escorpiones y las bestias salvajes. Mi rostro estaba pálido con ayunos, pero mi mente inflamada con los deseos de mi cuerpo frío; y aunque mi carne ya estaba medio muerta, las llamas de esta lujuria carnal hervían dentro de mí,” etc.

Si el mismo Jerónimo sentía esas llamas del deseo carnal, viviendo a pan y agua en el desierto salvaje, ¿qué sentirán nuestros santurrones que adoran a sus vientres, el clero, atiborrados de todos los más delicados manjares? ¡Es una maravilla que sus panzas no revienten! Por tanto todas estas cosas se escribieron no para los ermitaños ni los monjes (como se imaginan los Papistas), ni tampoco para los pecadores del mundo solamente, sino para la iglesia universal de Cristo, y para todos los fieles; a quienes Pablo exhorta a andar en el Espíritu, y a no satisfacer los deseos de la carne. Es decir, no sólo a ponerle freno a las pasiones crasas de la carne, como la lujuria, la ira, la impaciencia, y tales; sino también a los sentimientos espirituales tales como la duda, la blasfemia, la idolatría, el desprecio y el odio a Dios, etc.

Pablo (como lo he dicho) no requiere que los piadosos se despojen por entero de la carne, sino que le pongan freno, para que se sujete al espíritu. En Romanos trece, nos insta a valorar la carne.² Pues de la misma manera que no podemos ser crueles con los cuerpos de otros, tampoco podemos tratar a nuestros propios cuerpos con crueldad (Efesios 5:29). Por tanto, de acuerdo al precepto de Pablo, debemos cuidar nuestra propia carne, para que pueda soportar las luchas de la mente y del cuerpo; pero sólo para lo necesario, y no para satisfacer los deseos de la carne. Por tanto, si la carne comienza a descontrolarse, por

¹ *Propiciatoris nostri.*

² *‘favore carnem,’* Romanos 13:14 (aquí Lutero traduce al alemán: ‘cuiden del cuerpo, pero no de tal modo que se desenfrenen.’)

medio del Espíritu, reprímela y ponle freno. Si no puedes, cástate con mujer, pues es mejor casado que quemado. Al hacerlo, andarás en el Espíritu, es decir, estarás siguiendo la Palabra de Dios, y haciendo su voluntad. *Pero (como he dicho) este mandamiento de andar en el espíritu, etc., no pertenece sólo a los ermitaños y monjes, sino a todos los cristianos, aunque no sientan el deseo carnal.¹ Es así que el príncipe no satisface los deseos de la carne cuando diligentemente cumple su deber y gobierna bien a sus súbditos, castigando al culpable y defendiendo al inocente. Aquí la carne y el diablo lo resisten, y lo tientan, provocándolo a declarar guerras injustas, a obedecer su codicia,² etc. A menos que siga la dirección del espíritu, y siga las buenas y santas advertencias de la Palabra de Dios tocante a su deber, entonces él está satisfaciendo los deseos de la carne,³ etc. Así que cada cual en su llamamiento camine según el Espíritu, y no satisfará ni su deseo carnal⁴ ni alguna otra obra de la carne.*

VERSÍCULO 17. Porque la carne codicia contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne.

Cuando Pablo dice que la carne codicia contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne, él nos advierte que sentiremos la concupiscencia de la carne, es decir, no sólo del morbo carnal, sino también del orgullo, ira, pesadumbre, impaciencia, incredulidad, y tales. Pero así como quisiera que nos enteremos que los sentiremos, al mismo tiempo quiere que no les demos consentimiento, ni satisfagamos [esos deseos]. Es decir, que ni pensemos, ni hablemos, ni hagamos esas cosas a las que nos provoca la carne. De tal modo que si somos provocados a la ira, que debemos airarnos así como nos enseña el Salmo cuatro, que no pequemos. Es como si Pablo dijera: Yo sé que la carne los provocará a la ira, a la envidia, a la duda, a la incredulidad, y tales. Pero resistan por el Espíritu, para que no pequen. Pues si abandonan ser dirigidos por el Espíritu, y siguen a la carne, van a satisfacer el deseo de la carne, y morirán, como dice Pablo en Romanos ocho. Así que esta declaración del Apóstol se ha de entender no sólo de los deseos de la lascivia, sino también de todo el reino del pecado.

VERSÍCULO 17. Y éstos se oponen entre sí, para que no podáis hacer lo que quisierais.

Estos dos capitanes o líderes (dice él), la carne y el espíritu, son contrincantes dentro del cuerpo, de tal modo que ustedes no pueden hacer lo que quisieran. Y este texto atestigua claramente que Pablo escribe estas cosas a los fieles, es decir, a la iglesia de los creyentes en Cristo, bautizados, justificados, renovados, y habiendo recibido pleno perdón de los pecados. No obstante, él dice que ella tiene la carne en rebelión contra el espíritu. De la misma manera, él declara en Romanos siete, “Yo (dice él) soy carnal, vendido bajo pecado.” También “veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros.” Además, “¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?”

¹ *libidine.*

² *cupiditatibus.*

³ *concupiscentiam carnis.*

⁴ *libidinem.*

Aquí no sólo los escolásticos, sino también algunos de los antiguos padres se perturban en gran manera, viendo de qué manera pueden disculpar a Pablo. Pues les parece que es absurdo e indebido decir que la vasija escogida de Cristo pudiera tener pecado. Pero damos fe a las mismas palabras de Pablo, en donde él claramente confiesa que está vendido bajo pecado, que es llevado cautivo del pecado, y que en la carne él sirve a la ley del pecado. Aquí ellos responden que el apóstol se hace vocero de los impíos. Pero los impíos no se quejan de la rebelión de su carne, de ninguna batalla o conflicto, o del cautiverio o esclavitud del pecado, pues el pecado reina con poder en ellos. Por tanto esta es la expresa queja de Pablo, y de todos los fieles. Por tanto los que han tratado de disculpar a Pablo y a todos los fieles diciendo que no tienen pecado han obrado muy impiamente; pues con este argumento (que procede de la ignorancia de la doctrina de la fe), han robado a la iglesia de un consuelo muy particular: han abolido el perdón de pecados, y han nulificado¹ la eficacia de Cristo.

Por tanto, cuando Pablo dice “veo otra ley en mis miembros,” no niega que tiene carne, y los vicios de la carne en él.² Por tanto, es lo más cierto que él a veces sentía los movimientos del deseo carnal; más aún (sin duda), en él estos sentimientos estaban bien suprimidos, por las grandes y dolorosas aflicciones y tentaciones, tanto de la mente como del cuerpo, con las que en cierta manera continuamente era probado y perturbado, tal como declaran sus epístolas. O si fuera que en algún momento, al sentirse feliz y fuerte, sintió la lujuria de la carne,³ la ira, la impaciencia, y tales, aún así las resistió por el espíritu, y no permitió que estas emociones lo dominaran. Por tanto, no permitamos el lujo que en esos textos (donde Pablo describe la batalla de la carne contra el espíritu en su cuerpo), se corrompan con tales enmiendas. Los escolásticos, los monjes, y otros tales, jamás han sentido tentación espiritual alguna, y por tanto han luchado sólo procurando reprimir y vencer la lujuria carnal y el morbo; y sintiéndose orgullosos de esa victoria que no obstante no lograron, se han pensado que son mejores y más piadosos que los casados. ¡No! Yo diría que con esta pretensión de piedad ellos alimentaron y conservaron toda clase de pecados horribles, como discordia, orgullo, odio, desdén, y desprecio de sus prójimos, confianza en su propia justicia, presunción, desacato de toda piedad y de la Palabra de Dios, infidelidad, blasfemia, y tales. Ellos jamás lucharon contra estos pecados. No, más bien se hicieron la idea que de ninguna manera esos eran pecados. Fieron su justicia en la observancia de sus necios e impíos votos, y dieron por injusticia descuidar y condenarlos.

Pero este debe ser nuestro fundamento y ancla, que Cristo es nuestra excelente, consumada, y perfecta⁴ justicia. Si no tenemos nada más en que confiar, aún permanecen estas tres cosas (como dice Pablo), la fe, la esperanza, y el amor. Por tanto siempre debemos creer, y siempre tener esperanza. Siempre debemos aferrarnos a Cristo como la cabeza y el fundamento de nuestra justicia. Todo aquel que en Él creyere no será avergonzado (Romanos 9:33). Además, también debemos luchar para ser justos

¹ *ociosum.*

² *aliquando sensisse libidinem.*

³ *libidinem.*

⁴ *capitalem, rotundam et perfectam.*

externamente. Es decir, no dar consentimiento a la carne, la cual siempre nos seduce hacia algún mal, sino resistirla por el espíritu. No debemos dejar vencer por la impaciencia, por la ingratitud y el desprecio de la gente que abusa de la libertad cristiana, sino por el espíritu debemos vencer esta y toda otra tentación. Miren bien, entonces, que estemos luchando contra la carne por medio del Espíritu, para que seamos justos externamente, aunque esta justicia no nos recomienda ante Dios.

Entonces que nadie desespere al sentir que a veces la carne desata una nueva batalla contra el espíritu, o si de inmediato no puede subyugar a la carne, llevándola a la obediencia del espíritu. Yo también quisiera tener un corazón más valiente y constante, que pudiera no sólo osadamente condenar las amenazas de los tiranos, las herejías, los agravios y tumultos que suscite Satanás y sus soldados enemigos del evangelio; sino también de inmediato sacudir la frustración y la angustia de espíritu, y por breve no sentir el aguijón del temor a la muerte, sino recibirla y abrazarla como si fuera un huésped de lo más cordial. Pero encuentro que hay otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, etc. Hay otros que también luchan contra tentaciones inferiores como la pobreza, reproches, impaciencia y otras similares.

Por tanto que nadie se asombre, o desfallezca, cuando sienta en su cuerpo esta batalla de la carne contra el espíritu; sino que cobre ánimo en su corazón, y se consuele con estas palabras de Pablo, “la carne codicia contra el Espíritu.” También “estos son contrarios, para que no hagáis lo que quisierais.” Con estas declaraciones él consuela a los tentados. Es como si dijera, “Es imposible que puedan seguir la dirección del Espíritu en todo, sin sentir los sentimientos del impedimento de la carne. ¡No! La carne pondrá resistencia, y tanto así que no podrán hacer las cosas que más quisieran. Aquí basta si resisten a la carne y no satisfacen sus deseos. Es decir, si siguen al espíritu y no a la carne, el cual fácilmente se derrota con la impaciencia, el deseo de la venganza, de morder, de resentir, de odiar a Dios, de sentir enojo contra Él, de perder las esperanzas, etc. Por tanto, cuando el hombre siente esta batalla de la carne, que no se desanime con todo eso, sino que resista en el espíritu, y diga, “Yo soy un pecador, y siento el pecado en mí; pues yo todavía no he sido despojado de la carne, en la cual mora el pecado mientras tenga vida. Pero obedeceré en el espíritu y no en la carne. Es decir, por la fe y la esperanza me aferraré de Cristo, y por su Palabra me levantaré, y así erguido, no cumpliré los deseos de la carne.”¹

Es muy provechoso que los piadosos conozcan esto, y lo tengan bien en mente, pues es un consuelo oportuno cuando son tentados. Cuando yo era monje, si en algún momento sentía el deseo de la carne, enseguida pensaba que sería despojado de mi salvación;² es decir, si sentía algún mal sentimiento, lujuria carnal,³ ira, odio, o envidia contra algún hermano. Rebuscaba muchas maneras de socorrer y aplacar mi conciencia, pero no lo lograba, pues el deseo carnal y la lujuria de mi carne siempre regresaban, de tal modo que no podía reposar, sino que siempre me sentía agobiado por estos pensamientos: “Has

¹ *concupiscentiam.*

² *actum esse de salute mea.*

³ *libidinem.*

cometido este o aquel pecado, estás infectado con envidia, impaciencia, y otros pecados parecidos; por tanto en vano has ingresado a esta orden, y todas tus buenas obras han sido en vano.” Si en aquel entonces hubiera entendido estas declaraciones de Pablo “La carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, y estos dos están en pugna, de tal modo que no pueden hacer lo que quisieran,” no me hubiera atormentado tan miserablemente. Más bien hubiera reflexionado conmigo mismo, como ahora lo suelo hacer: “Martín, ya que tienes carne, jamás te encontrarás sin pecado; por tanto sentirás la batalla en la carne, de acuerdo a lo dicho por Pablo, ‘La carne resiste al espíritu.’ Por tanto, no desesperes, sino resiste, y no satisfagáis sus deseos. De esta manera no estarás bajo la ley.”

Recuerdo que Estáupitz solía decir, “He jurado ante Dios más de mil veces que llegaría a ser un hombre mejor; pero jamás pude cumplir con mi juramento. De aquí en adelante, no tomaré tal juramento, pues ahora he aprendido por experiencia, que no lo puedo cumplir. Por tanto, a menos que Dios por causa de Cristo me extienda su favor y misericordia, y me conceda esa hora bendita y feliz, cuando al despedirme de esta mísera vida, no pudiera, con todos mis votos y mis buenas obras, presentarme ante Él.” Esto no sólo era cierto, sino que era una desesperación piadosa y santa, y todos los que serán salvos deben confesar lo mismo de boca y de corazón. Pues los piadosos no confían en su propia justicia, sino que dicen con David, “No entres en juicio con tu siervo; porque no se justificará delante de ti ningún viviente” (Salmo 143:2). También, “Jehová, si mirares a los pecados, ¿Quién, oh Señor, quedaría en pie?” (Salmo 130:3). Ellos ponen su mirada en Cristo, su propiciatorio,¹ quien dio su vida por sus pecados. Además, ellos saben que aunque hayan restos del pecado en su carne, no se ponen a cuenta de ellos,² sino que son libremente perdonados. No obstante, mientras tanto, luchan en el espíritu contra la carne, no sea que satisfagan sus deseos. Y aunque sienten que la carne ruge y se rebela contra el espíritu, y ellos mismos a veces caen en el pecado por causa de la debilidad, no se desaniman, ni piensan que su condición y su manera de vivir, y las obras que han hecho en su llamamiento desagradan a Dios; sino que se levantan por medio de la fe.

Por tanto los fieles reciben gran consuelo por medio de esta doctrina de Pablo, por lo que entienden que en sí mismos son, por un lado carne, y por el otro espíritu. Mas no obstante el espíritu rige, y la carne queda subyugada, de tal modo que reina la justicia, y el pecado [queda sometido] como siervo. El que desconoce esta doctrina, y piensa que los fieles no deben tener falta alguna viendo lo contrario en sí mismo, al final será devorado por un espíritu de pesadumbre, y caerá en la desesperación. Pero al que conoce bien esta doctrina, y la utiliza correctamente, hasta las cosas malas inevitablemente le ayudan a bien.³ Pues cuando la carne lo provoque a pecar, por esa misma razón se verá movido y obligado a buscar el perdón de pecados por causa de Cristo, y a abrazar la justicia de la fe, la cual de otro modo no la estimaría tan grandemente, ni la buscaría con tan ferviente deseo. Por tanto nos causa gran provecho a veces sentir la pecaminosidad de nuestra naturaleza y la corrupción de nuestra carne, para que por este medio nos despertemos y

¹ *Propiciatorem.*

² *non imputari.*

³ *etiam mala necesse est cooperare in bonum.*

nos alentemos a la fe, y clamemos a Cristo. Y por este medio un cristiano llega a ser un poderoso artífice y un maravilloso creador, quien de la pesadumbre crea el gozo, del terror el consuelo, del pecado la justicia, y de la muerte la vida, cuando por este medio reprime y pone freno a la carne, sujetándola al espíritu.

Por tanto, los que sientan el deseo de la carne, que no desesperen de su salvación. Que lo sientan, con toda su fuerza, para que no den consentimiento. Que las pasiones de la lujuria, la ira, y otros vicios los sacudan, para no derrotarlos. Que el pecado los asedie, para que no los venza. Sí, y cuanto más piadoso sea el hombre, tanto más sentirá la batalla. Por tal razón existen todos los reclamos quejumbrosos de los fieles en los Salmos y en toda la Escritura. Pero de esta batalla, los ermitaños, los monjes, los escolásticos, y todos los que procuran la justicia y la salvación por medio de las obras, no saben nada.

Pero aquí alguien pudiera decir que es cosa peligrosa enseñar que el hombre no está bajo condena si de inmediato no vence los sentimientos y las pasiones de la carne cuando las llega a sentir. Porque cuando esta doctrina se enseña entre la gente común, se vuelven más descuidados, negligentes, y holgazanes. Esto es lo que dije poco antes. Que si enseñamos la fe, entonces la gente carnal descuida y rechaza las obras. Si se requieren las obras, entonces se pierde la fe y el consuelo de la conciencia. Aquí a nadie se le puede forzar, ni hay ninguna regla exacta que se pueda prescribir; sino que cada cual con diligencia se esfuerce por saber cuál es la pasión de la carne que más le domina, y cuando la encuentre, que no se descuide ni se jacte; sino que vigile y luche en el espíritu pues si no puede controlarla del todo, al menos que no satisfaga sus deseos.

Todos los hijos de Dios han tenido y sentido esta lucha de la carne contra el espíritu, y es lo mismo que nosotros también sentimos y comprobamos. Todo el que rebusque en su conciencia, si no es un hipócrita, también se dará cuenta de lo mismo que dice Pablo aquí: que la carne codicia contra el espíritu. Por tanto cada uno de los fieles,¹ si sienten y confiesan que su carne resiste en contra de su espíritu, y que estos dos son tan contrarios, el uno con el otro entre ellos mismos, que hagan lo que hagan, no pueden hacer todo lo que quisieran. Por tanto la carne nos impide, para no poder guardar los mandamientos de Dios, amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, y mucho menos amar a Dios con todo nuestro corazón. Por tanto es imposible que seamos justificados² por las obras de la ley. Ciertamente que en nosotros hay la buena voluntad, y así debe ser (pues es el propio espíritu que resiste a la carne), pues lo que más quisiera sería hacer el bien, cumplir la ley, amar a Dios y a su prójimo, y tal cual, pero la carne no obedece esta buena voluntad, sino que la resiste. No obstante, Dios no nos imputa este pecado, pues Él es misericordioso con los que creen, por causa de Cristo.

Pero de allí no sigue que por tanto debes tratar al pecado con liviandad, pensando que Dios no lo imputa. Es verdad que Dios no lo imputa, pero ¿a quién, y por causa de quién? A todos los que se arrepienten, y por la fe se aferran a Cristo, el propiciatorio,³ y por su

¹ *unusquisque sanctus.*

² *iustificari.*

³ *Propiciatorem.*

causa todos sus pecados les son perdonados, aún los rastros del pecado que quedan en ellos, no son imputados. Eso no le quita importancia a su pecado, sino que lo amplifican, y lo exponen por tal cual lo es; pues ellos saben que no lo pueden despojar con satisfacciones, obras, justicias, sino sólo por la muerte de Cristo. Y aún así, no obstante, la grandeza y la enormidad de su pecado no los lleva a desesperar, sino a confiar que su pecado no será imputado, ni puesto a contra de ellos.

Digo esto no sea que alguien piense que después de recibir la fe, se debe tomar el pecado como poca cosa. El pecado por cierto es pecado, sea cometido antes del conocimiento de Cristo, o después. Y Dios siempre odia el pecado. Sí, todo el pecado está bajo condenación, en cuanto al hecho en sí. Pero el que cree, no ha sido condenado,¹ pues esto viene de Cristo el propiciatorio,² quien por su muerte ha quitado el pecado. Pero al que no cree en Cristo, no sólo todos sus pecados están bajo condenación, sino que también hasta sus buenas obras están bajo condenación, de acuerdo a lo dicho, “Todo lo que no es de fe, es pecado” (Romanos 14:23). Por tanto el error de los escolásticos es de lo más pernicioso, pues marca diferencia entre los pecados de acuerdo a los hechos,³ y no de acuerdo a la persona. El que cree, tiene pecados tan grandes como el incrédulo. Pero al que cree, le son perdonados, y no imputados. Pero al incrédulo no le son perdonados, sino imputados. Para el creyente, son veniales. Para el incrédulo son mortales y lo condenan, no porque hay diferencia entre pecados, o porque el pecado del creyente es de menor consecuencia, y el pecado del incrédulo más grave, sino debido a que son diferentes personas. Pues el creyente tiene la confianza consigo mismo que por la fe, su pecado le ha sido perdonado, pues por esa causa Cristo se dio a sí mismo. Por tanto, aunque todavía tiene pecado en él, y peca diariamente, sigue siendo piadoso. Pero el incrédulo, al contrario, sigue pecando. Y ésta es la verdadera sabiduría y el consuelo de los piadosos, que aunque tienen y cometen pecados, ellos saben que por causa de Cristo no les son imputados.

Digo esto para el consuelo de los piadosos. Pues ellos ciertamente sólo sienten que tienen y cometen pecados, es decir, ellos sienten que no aman a Dios con tanto fervor como es preciso; que no confían en Él con tanta entrega como debieran, sino más bien que a veces dudan si Dios cuida de ellos o no; son impacientes, y en las pruebas se enojan con Dios. De allí (como he dicho) proceden todos los lamentos quejumbrosos de los fieles en las Escrituras, y especialmente en los Salmos; y Pablo mismo se queja de que es “carnal, vendido bajo pecado” (Romanos 7:14). Y aquí dice que la carne resiste al espíritu y se rebela contra él. Pero ya que ellos mortifican las obras de la carne por medio del espíritu (como él lo dice en otro texto, y también al final de este capítulo, “crucifican la carne, con sus pasiones y deseos” (Gálatas 5:24), estos pecados no los perjudican, ni los condenan. Pero si ellos obedecen a la carne, al satisfacer sus deseos, entonces sí pierden la fe y el Espíritu Santo; y si no aborrecen su pecado, y se vuelven a Cristo (quien ha dado potestad a su iglesia para que reciba y levante a los caídos, para que recobren la fe y el Espíritu Santo), mueren en sus pecados. Por tanto no hablamos de los que sueñan que

¹ *mortale.*

² *Propiciatorem.*

³ *substantiam facti.*

tienen fe, y todavía siguen en sus pecados. Estos hombres ya han pasado a juicio: pues los que viven de acuerdo a la carne, morirán. También, “Manifiestas son las obras de la carne, que son: Adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, desenfrenos, y cosas semejantes a estas; de las cuales os denuncio, como también ya os denuncié, que los que hacen tales cosas, no heredarán el reino de Dios” (Gálatas 5:19-21).

Por lo que podemos ver quienes son los verdaderos santos. Ellos no están hechos de palo y piedra (como se lo imaginan los monjes), de tal modo que jamás nada los pudiera mover, que jamás sentirán lascivia alguna, o deseos de la carne. Sino que como dice Pablo, su carne codicia contra el espíritu, y por tanto tienen pecado, y ambos pueden pecar. Y el Salmo treinta y dos testifica que los fieles sí confiesan su impiedad, y oran que la impiedad de su pecado sea perdonada, por lo que está escrito, “Confesaré, dije, contra mí mis rebeliones á Jehová; Y tú perdonaste la maldad de mi pecado. Por esto orará a ti todo santo en el tiempo de poder hallarte” (Salmo 32:5,6). Además, toda la iglesia que ciertamente es santa, ora por el perdón de sus pecados, y cree en el perdón de los pecados. Y en el Salmo 143 David suplica: “No entres en juicio con tu siervo; porque no se justificará delante de ti ningún viviente.” Además, en el Salmo 130, “JAH, si mirares a los pecados, ¿Quién, oh Señor, podrá mantenerse? Pero en ti hay perdón, para que seas reverenciado.” Es así como los primeros entre los santos y los hijos de Dios hablan y oran, como David, Pablo, etc. Todos los fieles, por tanto, hablan y oran lo mismo, y con el mismo espíritu. Los sofistas papales no leen las Escrituras, o si las leen, tienen un velo puesto ante sus ojos. Por tanto no pueden juzgar correctamente en cuanto a cosa alguna, de modo que no pueden juzgar debidamente en cuanto a lo que es pecado o santidad.

VERSÍCULO 18. Mas si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley.

Pablo no puede olvidar la doctrina de la fe, sino que la sigue repitiendo, y la remacha en sus cabezas, sí, aun cuando trata el tema de las buenas obras. Aquí alguien pudiera protestar así: ¿Cómo es que tú, Oh Pablo, enseñas que somos de carne, la cual codicia contra nuestro espíritu, y lidia contra nosotros, nos atormenta, y nos lleva a la esclavitud? Y ciertamente, sentimos el pecado, y no podemos ser librados de él, por más que desmayemos buscando nuestra libertad. ¿Acaso no es esto estar bajo la ley? Pero, dice él, no se molesten por esto. Sólo procuren ser dirigidos por el Espíritu. Es decir, muestren la disposición de seguir y obedecer aquella voluntad que resiste a la carne, y no satisface sus deseos (pues esto es ser dirigido y atraído por el Espíritu). Entonces no estarán bajo la ley. Es así como Pablo habla de sí mismo “Yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios” (Romanos 7:25). Es decir, en el espíritu no estoy sujeto a pecado alguno; pero aún así en mi carne sirvo a la ley del pecado. Los fieles pues, no están bajo la ley, es decir, están en el espíritu, pues la ley no los puede acusar, ni dictar sentencia de muerte contra ellos, a pesar que sienten el pecado y confiesen que son pecadores. Pues el poder y la potencia de la ley han sido quitados por Cristo “nacido de mujer, nacido bajo la ley,

para que redimiese a los que estaban bajo la ley” (Gálatas 4:4). Por tanto la ley no puede acusar que eso es pecado en los piadosos,¹ aunque por cierto es pecado y cometido en transgresión de la ley.

Entonces, el poderío y el dominio del espíritu es tan grande que la ley no puede acusar a los piadosos, aunque cometan lo que por cierto es pecado. Pues Cristo es nuestra justicia, y nos apropiamos de Él por la fe. Él es enteramente irreprochable², y por tanto la ley no lo puede acusar. Siempre y cuando nos apeguemos a Él, somos conducidos por el espíritu, y estamos libres de la ley. De tal modo que el apóstol, aun cuando está enseñando las buenas obras, no se olvida de su doctrina tocante a la justificación, sino que siempre demuestra que es imposible que seamos justificados por medio de las obras. Pues los remanentes del pecado se clavan persistentemente a nuestra carne, y por tanto, siempre y cuando viva nuestra carne, no cesa de codiciar lo que es contrario al espíritu. Mas no por eso nos acecha peligro alguno, puesto que somos libres de la ley, por cuanto andamos en el espíritu.

Y con estas palabras, “si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley,” puedes darte gran consuelo, y a otros que pasen por grandes tentaciones. Pues a veces sucede que el hombre es tan ardientemente acosado por la ira, el odio, la impaciencia, el deseo carnal, el terror y la angustia de espíritu, o algún otro deseo de la carne, que no puede sacudirse de ellos, no importa todo lo que se esfuerce. ¿Qué debe hacer en este caso? ¿Debe entonces desesperar? No, ni lo quiera Dios. Sino que debe decirse a sí mismo: “Tu carne lucha y ruge contra el espíritu. Que ruja todo lo que quiera, sólo que pase lo que pase, no des lugar a satisfacer sus deseos; sino camina con sabiduría, y sigue la dirección del espíritu. Al hacerlo, estás libre de la ley. Te acusa y te aterra (lo admito), pero lo hace del todo en vano. Entonces en este conflicto, de la carne contra el espíritu, no hay nada mejor que sostener la Palabra de Dios ante tus ojos, y allí buscar el consuelo del Espíritu.”

Y el que sufra esta tentación, que no desmaye, pues el diablo puede agravar tanto el pecado que durante el conflicto sentirá que ha sido totalmente derrotado, y no puede sentir nada más sino la ira de Dios y la desesperación. En este caso que de ninguna manera haga caso de sus propios sentimientos³ [y del juicio de su razón], sino que se aferre a esta declaración de Pablo, “si sois guiados por el Espíritu.” Es decir, si se levanta y consuela mediante la fe en Cristo, no estará bajo la ley. Así tendrá un fuerte broquel, con el cual podrá desviar todos los dardos encendidos con los que el demonio le asedia. No importa entonces todo lo que la carne ruja y hierva, tales sentimientos y desmanes no lo pueden herir ni condenar, pues él, siguiendo la dirección del espíritu, no consiente a la carne, ni a satisfacer sus deseos. Por tanto, cuando rugen los sentimientos enfurecidos de la carne, el único remedio es tomar la espada del espíritu, es decir, la palabra de salvación (la que dice que Dios no desea la muerte del pecado, sino que se convierta y viva), y a luchar contra ellos. Y al hacerlo, no dudemos que lograremos la victoria, aunque siempre y cuando estemos en plena batalla, sentiremos totalmente lo contrario. Pero pongan a la

¹ *piis.*

² *irreprehensibilis.*

³ *non sequatur sensum suum.*

palabra fuera de vista, y ya no queda ni consejo ni auxilio alguno. Por lo cual, hablo porque yo mismo he tenido mucha experiencia. He sufrido muchas grandes pasiones, y las mismas han sido vehementes e inmensas. Pero tan pronto me he aferrado a cualquier lugar de las Escrituras, quedando aferrado allí como si fueran mi ancla, enseguida se desvanecieron mis tentaciones. Las cuales, sin la Palabra, hubiera sido imposible perseverar por poco tiempo, y mucho menos vencerlas.

Entonces la suma o el efecto de todo lo que Pablo ha enseñado en esta disputa o discurso tocante al conflicto o batalla entre la carne y el espíritu es esta: que los santos y electos de Dios no pueden cumplir los deseos del espíritu. Pues el espíritu quisiera ser del todo puro, pero debido a que la carne está unida al espíritu, no lo permite. No obstante, serán salvos por la remisión de pecados que hay en Cristo Jesús. Además, ya que caminan en el espíritu, y son conducidos por el espíritu, no están bajo la ley. Es decir, la ley no los puede acusar o aterrar, por más que se esfuerce en lograrlo, jamás podrá lanzarlos a la desesperación.

VERSÍCULO 19. Y manifiestas son las obras de la carne, que son...

Este texto no es diferente a esta declaración de Cristo, “Por sus frutos los conoceréis. ¿Se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así todo buen árbol da buenos frutos, mas el árbol malo da malos frutos, etc.” (Mateo 7:16). Pablo enseña lo mismo que Cristo enseñó, es decir, que las obras y los frutos testifican más que suficiente si los árboles son buenos o malos: si los hombres siguen las indicaciones de la carne o del espíritu. Es como si dijera, para evitar que alguien hable consigo mismo diciendo que no me entiende, ahora cuando estoy lidiando el tema de la batalla entre la carne y el espíritu, presentaré ante sus ojos las obras de la carne, las que son conocidas aun entre los impíos; y luego también las obras del espíritu.

Pablo lo hace así ya que entre los gálatas había muchos hipócritas (como los hay entre nosotros hoy en día), que por fuera aparentan ser hombres piadosos, y se jactan mucho del espíritu; tocante a las palabras, han comprendido la verdadera doctrina del evangelio; pero no caminan de acuerdo al espíritu, sino de acuerdo a la carne, haciendo sus obras. Por lo cual Pablo manifiestamente los convence que no son tan piadosos como se jactaban. Y a menos que despreciaran esta amonestación, pronuncia contra ellos esta horrible declaración, que no heredarán el reino de los cielos, a fin que una vez amonestados, pudieran enmendarse. Cada edad de la vida, aun para los fieles, tiene sus tentaciones particulares. Así como la lascivia carnal¹ acecha al hombre durante toda su juventud; en la madurez, la ambición y la vanagloria; y en la vejez, la avaricia.² Jamás ha habido fiel alguno a quien la carne no haya provocado en algún momento de su vida a la impaciencia, a la ira, a la vanagloria, etc. Por tanto, Pablo habla aquí de los fieles, diciendo que la carne codicia contra el espíritu, etc. Por tanto jamás se encontrarán sin los deseos y las luchas de la carne; no obstante no son perjudicados. Pero debemos juzgar así, que una cosa es ser provocado por la carne, y aún así no estar dispuesto a ceder a sus

¹libido.

²avaritia.

concupiscencias y deseos, sino a ser guiado de acuerdo al espíritu, y resistir a la carne. Y otra cosa es consentir a la carne, y sin temor o remordimiento, hacer y cumplir sus obras, y permanecer en ellas, y al mismo tiempo fingir la santidad, y jactarse del Espíritu. A los primeros él consuela, cuando dice que ellos son conducidos por el Espíritu, y no están bajo la ley. A los otros él amenaza con destrucción eterna.

No obstante a veces sucede que los santos también caen, y satisfacen los deseos de la carne. Así fue cuando David cayó horriblemente en adulterio. Él también fue la causa de la matanza de muchos hombres, cuando causó que Urias fuera abatido al frente de la batalla. Por esto también dio ocasión a los enemigos a gloriarse y triunfar sobre el pueblo de Dios, adorar a sus ídolos, y blasfemar al Dios de Israel. Pedro también cayó gravosa y horriblemente cuando negó a Cristo. Pero aunque estos pecados fueron grandes y horrorosos, no se cometieron en desprecio de Dios, o por una mente voluntariosa y obstinada en la maldad,¹ sino por causa de flaqueza y debilidad. Pero cuando fueron amonestados, no permanecieron obstinados en sus pecados, sino que se arrepintieron. A tales él urge después en el capítulo seis, que sean recibidos, instruidos, y restablecidos diciendo, “Si alguno fuere tomado en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restaurad al tal en espíritu de mansedumbre, consideránde a ti mismo, no sea que tú también seas tentado” (Gálatas 6:1). Por tanto, a los tales que pecan y caen por causa de flaqueza, no se les niega el perdón, a fin que puedan levantarse y no continuar en su pecado, pues de todas las cosas, persistir en el pecado es lo peor. Pero si no se arrepienten, sino que permanecen obstinadamente en su impiedad, y satisfacen los deseos de la carne, es una segura señal que hay engaño en su espíritu.

Por tanto no hay hombre alguno que viva sin lujuria y deseos, en tanto permanezca en la carne, y no hay hombre alguno que quede libre de la tentación. No obstante, algunos son tentados de un modo u otro, de acuerdo a las diferencias entre las personas. Un hombre es agredido con sentimientos más fervientes y gravosos, con mayor amargura y angustia de espíritu,² blasfemia, desconfianza, y desesperación. Otro con tentaciones más crasas, como la lujuria carnal,³ la ira, la envidia, la codicia, y tales. Pero en este caso Pablo requiere que andemos en el Espíritu, y resistamos la carne. Pero a todo el que obedezca a la carne, y persista, sin temor alguno de Dios o remordimiento de conciencia, satisfaciendo la lujuria y sus deseos, déjenle saber que no pertenece a Cristo. Y por todo lo que se jacte del nombre de cristiano, se engaña a sí mismo. Pues todos los que son de Cristo crucifican su carne, con sus deseos y concupiscencias.

¿Quiénes son los que debidamente son llamados santos, y que por cierto lo son?

Este texto (como también lo he advertido de paso) contiene un consuelo particular; pues nos enseña que los santos y los hombres más piadosos de este mundo no viven sin concupiscencia ni tentaciones de la carne, ni aun sin pecados. Por tanto nos amonesta a que estemos atentos para no hacer como otros de quien escribe Gerson, que luchaban por

¹ *aut destinata malitia.*

² *tristitia spiritus.*

³ *libido.*

alcanzar tal perfección procurando desalojarse de todo sentimiento de tentación o pecado, es decir, como meros palos y piedras. Los monjes y los escolásticos tenían la misma imagen de sus santos, como si hubieran sido palos sin sentimientos y faltos de toda emoción. La Virgen María sentiría gran dolor y tristeza de espíritu cuando le faltaría su Hijo (Lucas 2). David, en los salmos, se queja que casi lo ahogaba la mucha tristeza, debido a la enormidad de sus tentaciones y pecados. Pablo también se queja “de fuera, contiendas; de dentro, temores” (2 Corintios 7:5), y que en su carne él sirve la ley del pecado. Dice que lleva la carga de todas las iglesias (2 Corintios 11:28), y que Dios ha mostrado gran misericordia para con él, y que ha librado a Epafrodito, que habiendo estado cercano a la muerte, fue nuevamente levantado a vida, no sea que sufriera tristeza sobre tristeza. Por tanto los santos de los sofistas¹ son como los sabelotodos estoicos,² que se imaginaban tan sabios que en toda la naturaleza³ jamás se hallarían otros como ellos. Y por causa de esta persuasión necia y diabólica, que procede de la ignorancia al no tomar en cuenta esta doctrina de Pablo, los escolásticos acarrearón sobre sí, y sinnúmero de otros la más horrible desesperación.

Cuando yo era monje, a veces con todo el corazón quería tener la dicha de ver en vida propia la forma de vivir de algún santo u hombre piadoso. Pero mientras tanto, imaginaba que tal santo viviría en el monte, absteniéndose de comida y bebida, y viviendo tan sólo de las raíces de las hierbas y agua fría. Yo había aprendido la opinión de estos santos monstruosos, no sólo de los libros de los sofistas y escolásticos, sino también de los libros de los padres. Pues Jerónimo escribió así en cierto lugar: “En cuanto a las comidas y las bebidas no tengo nada que decir, por cuanto ya son un exceso, de tal modo que aún los lánguidos y débiles debieran tomar sólo agua, o cualquier cosa aguada,” etc. Pero ahora a la luz del evangelio podemos ver claramente quienes son aquellos que Cristo y sus apóstoles llamaron santos. No son los que viven solos y en celibato,⁴ o los que se abstienen [observan estrictamente días, comidas, vestimentas, y otras cosas parecidas],⁵ o que por afuera aparentan hacer grandes y monstruosas obras (como leemos de muchos en las vidas de los padres). Más bien son aquellos que siendo llamados por el clarín del evangelio y son bautizados, los que creen que son justificados y limpios por la muerte de Cristo. Es por eso que Pablo en sus escritos a los cristianos los llama santos, hijos y herederos de Dios, etc. Por tanto, todo aquel que cree en Cristo, sea hombre o mujer, libre o esclavo, todos son santos. No por sus propias obras, sino por las obras de Dios, que reciben por la fe, tales como su Palabra, sus sacramentos, la pasión de Cristo, su muerte, resurrección, victoria, y el derramamiento del Espíritu Santo. En conclusión, son santos por medio de una santidad que reciben gratuitamente, mas no por medio de tal santidad que ellos mismos hayan logrado por su propia industria, buenas obras y méritos.

Por lo cual los ministros de la Palabra, los jueces de los mancomunados, los padres, hijos, maestros, siervos, etc., son los verdaderos santos, si es que primeramente, y ante todo, se

¹ *Sophistarum Sancti.*

² *Sapientibus Stoicorum.*

³ *in rerum natura.*

⁴ *coelibem vitam agunt.*

⁵ *abstemii sunt.*

dan la confianza de que Cristo es su sabiduría, justicia, santificación, y redención. Segundo, si cada cual cumple el deber de su vocación, de acuerdo a la ordenanza de la Palabra de Dios, y no obedece a la carne, sino que reprime la lascivia y su codicia mediante el Espíritu. Bien, aunque no todos tienen la misma fortaleza para resistir las tentaciones, sino que en la mayoría de los hombres son notorias muchas flaquezas y ofensas, esto para nada estorba su santidad, de tal modo que sus pecados no proceden de una voluntad obstinada en el mal,¹ sino tan sólo de la flaqueza y debilidad. Pues (como lo he dicho antes) los piadosos sí sienten los deseos y lujurias de la carne,² pero resisten, de tal modo que no satisfacen sus deseos. También, si en algún momento indebidamente caen en pecado, aún así obtienen el perdón, si por la fe en Cristo se levantan otra vez; no sea que los alejemos sino que los busquemos y traigamos a la casa como ovejas descarriadas y perdidas. Por tanto, ni lo quiera Dios que yo enseguida juzgue a los débiles en la fe o en su manera de vivir, tomándolos por profanos o impíos, al ver que aman y reverencian la Palabra de Dios, vienen a la cena del Señor, etc. Pues a éstos Dios ha recibido, y los cuenta por justos³ por medio de la remisión de pecados. Es por Él que permanecen en pie o caen, etc.

Por tanto, con gran regocijo doy gracias a Dios, pues Él tan abundantemente y en sobre medida me concedió lo que tanto le pedía cuando era monje: pues Él me ha dado la gracia de ver no sólo uno, sino muchos santos; sí, hasta un número infinito de verdaderos santos; no de aquellos que se han inventado los sofistas, sino tales como los que Cristo mismo y sus apóstoles describen, y de tal número yo mismo me doy la confianza que soy uno. Pues soy bautizado, y sí creo que Cristo es mi Señor, por su muerte me ha redimido y librado de todos mis pecados, y me ha dado eterna justicia y santidad. Y que lo tengan por maldito a todo aquel que no conceda este honor a Cristo, de creer que por medio de su muerte, su Palabra, etc., ya es justo y santificado.

Por tanto, rechazando esta opinión necia e impía tocante al nombre de santos (el cual en el papado y la ignorancia pensábamos que era pertinente sólo a los santos en el cielo, y en la tierra a los ermitaños y monjes quienes lograron ciertas obras magníficas y extrañas), aprendamos ahora por medio de las Sagradas Escrituras, que todos los que creen fielmente en Cristo son santos. El mundo ha tenido en gran admiración a la santidad de Benedicto, Gregorio, Bernardo, Francisco, y tales, porque ha escuchado lo que han hecho, en la apariencia exterior, y al juicio del mundo, logrado grandes y excelentes obras. Sin duda que Hilario, Cirilo, Atanasio, Ambrosio, Agustín, y otros, también fueron santos, pero no vivieron vidas tan estrictas y severas como los primeros, pero vivieron entre los hombres, y comieron alimentos comunes, bebieron vino, usaban vestimentas limpias y sencillas. De tal modo que no había diferencia alguna entre ellos y otros hombres honrados, con respecto a sus costumbres diarias, y el uso de las cosas necesarias para esta vida, pero, ¿fueron preferidos en vez de los otros? Estos últimos enseñaron la doctrina de Cristo sinceramente y con pureza, sin superstición alguna; resistieron a los herejes, purgaron a la iglesia de errores sinnúmero; su compañerismo y amistad fue

¹ *destinata malitia.*

² *concupiscentiam carnis.*

³ *reputat eos iustos.*

amena para muchos,¹ y en particular a los afligidos y descorazonados, a quienes levantaron y consolaron mediante la Palabra de Dios. Pues ellos no se apartaron de la compañía de otros hombres, sino que ejercieron sus cargos aun en lugares donde había todo tipo de personas. Al contrario, los otros no sólo enseñaron muchas cosas contrarias a la fe, sino que ellos mismos fueron los autores e inventores de muchas supersticiones, errores, ceremonias abominables, e impías adoraciones. Por tanto, al menos que a la hora de su muerte se hubieran aferrado a Cristo, y reposado toda su confianza en su muerte y victoria, su vida estricta y dolorosa les valió para nada.

Todo esto declara más que suficiente quienes son los verdaderos santos, y quienes han recibido el llamamiento a vivir la vida piadosa. No esa vida de los que acechan en las cuevas y guaridas, esa vida que enflaquece sus cuerpos con ayunos, se visten de pelos y hacen otras cosas con la convicción y confianza de que obtendrán algún premio especial en el cielo muy por encima de los demás cristianos. Pero [la vida piadosa] es de aquellos que son bautizados y creen en Cristo, despojando al hombre viejo y sus obras, aunque no del todo, pues la concupiscencia y la lujuria permanecen en ellos mientras vivan; pero esos sentimientos no los perjudican en nada, si es que no permiten que reinen en ellos; más bien, los someten mediante el espíritu.

Esta doctrina trae un gran consuelo a las mentes piadosas, de tal modo que cuando sientas estos dardos de la carne con los cuales Satanás agrede el espíritu, no deben acongojarse, como sucedió a muchos en el Papado, pues pensaban que no debían sentir la concupiscencia de la carne. No obstante, aunque tenían a Jerónimo, Gregorio, Benedicto, Bernardo, y a otros (a quienes los monjes ponen como ejemplo perfecto de castidad y de toda virtud cristiana), jamás podían llegar al punto de no sentir la concupiscencia ni los deseos de la carne. Y es cierto que los sentían, y con mucho poder, lo cual confiesan y reconocen claramente en diferentes lugares en sus libros. *Por tanto Dios no les imputó estas pequeñas faltas, ni aun esos errores perniciosos que algunos de ellos trajeron a la iglesia. Gregorio fue el autor de la misa privada, una abominación tan grande que jamás ha habido otra semejante en la iglesia del Nuevo Testamento. Otros se inventaron la vida monástica, con sus adoraciones impías y religiones voluntarias. Cipriano porfiaba que los bautizados por herejes debían ser rebautizados.*

Por lo tanto confesamos debidamente en los artículos de nuestra fe,² que creemos que hay una santa iglesia. Pues es invisible, y mora en un lugar fuera del alcance de todos,³ y por tanto no se puede ver su santidad. Pues Dios la esconde y cubre con flaquezas, pecados, errores, y diferentes formas de [crear en] la cruz y otras ofensas, que de acuerdo al juicio de la razón⁴ no se puede ver por lado alguno. Todos los que ignoran esto, cuando ven las flaquezas y los pecados de los bautizados, que tienen la Palabra y la creen, enseguida se ofenden, y juzgan que no pertenecen a la iglesia. Mientras tanto, sueñan con la ilusión que los ermitas, los monjes [y otros tales rapados] son la iglesia, que con sus labios

¹ *iucundissima.*

² *in Simbolo (sic.).*

³ *inaccessibili.* Cf. 1 Timoteo 6:16.

⁴ *secundum pensum.*

honran a Dios, y en vano le honran, porque no siguen la Palabra de Dios, sino las doctrinas y los mandamientos de los hombres, y enseñando a otros a que hagan lo mismo. Y debido a que enseñan ciertas supersticiones y obras grotescas, la razón carnal las magnifica y estima grandemente. Por tanto juzgan que sólo ellos son santos, y que son la iglesia. Al hacer esto, cambian y dan la vuelta totalmente a este artículo de la fe, “Creo que hay una santa iglesia,” etc. En su lugar de esta declaración, “Creo,” colocan “Veó.” Estos tipos de justicia y santidad son inventos propios del hombre, no son nada más que hechicería espiritual, con las que ciegan los ojos y las mentes de los hombres, y los conducen lejos del conocimiento de la verdadera santidad.

Pero nosotros enseñamos que, la iglesia no tiene ni mancha ni arruga, sino que es santa, pero sólo por medio de la fe en Cristo Jesús. Otra vez, que es santa en vida y conversación al abstenerse de los deseos de la carne y al ocuparse en obras espirituales. Pero no de tal modo que ya es libre de todo mal deseo o purgada de toda opinión y error impío. Pues la iglesia siempre confiesa sus pecados, y ora por que sus faltas sean perdonadas (Mateo 6:12), y que también cree en el perdón de los pecados.¹ Por tanto, los santos pecan, y caen, y también yerran; pero por causa de la ignorancia. Pues de su propia voluntad no niegan a Cristo, ni abandonan el evangelio; por tanto tienen remisión de pecados. Y si por ignorancia también se equivocan en la doctrina, esto también es perdonado. Pues al final reconocen su error, y reposan sólo sobre la verdad y la gracia de Dios ofrecida en Cristo, así como sucedió en el caso de Jerónimo, Gregorio, Bernardo y otros. Entonces que los cristianos procuren evitar las obras de la carne, mas no podrán evadir los deseos y las concupiscencias de la carne.

Por tanto es muy provechoso que sientan los deseos impuros de la carne, no sea que se inflen con alguna vana e impía opinión de la justicia de sus propias obras, como si fueran aceptos ante Dios por causa de ellas. Los monjes, hinchados con esta opinión de su propia justicia se pensaban ser tan santos, que vendían su justicia y santidad a otros, aunque estaban convencidos por el testimonio de sus propios corazones, que eran impuros. Así tan pernicioso y pestilente es el veneno de pensar que el hombre puede confiar en su propia justicia, y pensar que por sí mismo se puede limpiar. Pero los piadosos, ya que sienten la impureza de sus propios corazones, no pueden confiarse en su propia justicia. Este sentimiento les causa que se dobleguen, que se humillen, que no pueden confiar en sus propias buenas obras, sino se ven obligados a huir a Cristo, su propiciatorio² y único auxilio, que no tiene carne corrupta y pecaminosa, sino una carne de lo más pura y santa, la cual ha dado por la vida del mundo. En Él encuentran una justicia sana y perfecta. Por tanto así persisten en la humildad. No en una [justicia] falsificada a la manera de los monjes, sino verdadera y sin disimulos, debido a que la impureza todavía permanece en ellos. Por lo cual si Dios los juzgara estrictamente, les daría fallo de culpables, merecedores de muerte eterna. Pero como no se envanecen orgullosamente contra Dios, sino que con corazón quebrantado y contrito se humillan reconociendo sus pecados, descansando enteramente sobre el beneficio de Cristo el mediador, llegan a la presencia de Dios y oran por el perdón de sus pecados por causa de

¹ La mención es referente al tercer artículo del Credo.

² *Christum Propiciatorem.*

Cristo. Por tanto Dios los recubre con un infinito cielo de gracia, y no les imputa sus pecados, por causa de Cristo.

Digo esto para que estemos alerta ante los errores perniciosos de los Papistas tocante a la santidad de nuestra vida, que pueden enredar nuestras mentes a tal punto que no hay desenredo sin gran dificultad. Por tanto, procuren con diligencia discernir y juzgar debidamente entre la verdadera justicia y santidad, y la hipócrita. Entonces podrán ver el reino de Cristo con ojos distintos a los de la razón carnal. Es decir, con ojos espirituales, y juzgar debidamente quienes son los verdaderos santos, los que son bautizados y creen en Cristo. Después con la misma fe con la que han sido justificados, y sus pecados tanto pasados como presentes han sido perdonados, se abstienen de los deseos de la carne. Pues la carne codicia contra el espíritu. No obstante, estos deseos impuros y rebeldes permanecen en ellos con este fin, para que sean humillados, y siendo humillados, sientan la dulzura de la gracia y el beneficio de Cristo. De tal modo que estos remanentes de deseos impuros y pecados no los perjudican para nada, sino que en gran manera son provechosos para los piadosos. Pues cuanto más sienten sus flaquezas y pecados, tanto más acudirán a Cristo, al trono de la gracia, y más fervorosamente ansien su ayuda y socorro; a saber, que los cubra con su justicia, que les aumente la fe, que los dote con su Santo Espíritu, por cuya orientación y dirección llena de gracia puedan vencer los deseos de la carne para que no rijan y reinen sobre ellos, sino que estén sujetos a ellos. Por tanto los verdaderos cristianos continuamente luchan contra el pecado, y no obstante, al luchar no son vencidos, sino que obtienen la victoria.

Esto lo he dicho para que puedan entender, no por medio de ilusiones soñadoras, sino por la Palabra de Dios, quienes por cierto son los verdaderos santos. Entonces podemos ver todo lo que la doctrina cristiana ayuda a levantar y a consolar las conciencias débiles. No se trata de capuchas, cogullas, afeitadas, trasquiladas, fraternidades, y juguetes semejantes, sino de asuntos elevados y de gran peso, de cómo podemos vencer la carne, el pecado, la muerte, y el diablo. Esta doctrina, es desconocida por los ajusticiadores, y todos los que confían en sus propias obras, para los cuales es imposible instruir o encarrilar a cualquier conciencia vagabunda y descarriada, o apaciguar y consolar a la misma cuando se encuentra en medio de la pesadumbre, el terror, o la desesperación.

VERSÍCULO 19. Y manifiestas son las obras de la carne, que son: Adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, etc.

Pablo no recita todas las obras de la carne, pero usa un cierto número para representar un número incierto. Primeramente, hace un recuento de todo tipo de concupiscencias,¹ como el adulterio, la fornicación, la impureza, disipación, etc. Bien, el deseo carnal no es la única obra de la carne, como se imaginaban los Papistas; pues ellos también llamaron al matrimonio una obra de la carne (tan castos y santos son estos hombres), aunque Dios mismo es el autor [del matrimonio], y ellos mismos lo cuentan entre sus sacramentos. Sino que el apóstol también incluye dentro de las obras de la carne (como he dicho antes) la idolatría, la hechicería, el odio, y otros, tal cual siguen. Por tanto, tan sólo este lugar

¹ *species libidinis.*

basta para demostrar ampliamente lo que Pablo quiere decir por las obras de la carne. Estas palabras son tan bien conocidas que no necesitan interpretación alguna. *Pero el que quisiera saber el significado de cada palabra en particular, si quiere puede leer el antiguo comentario que publiqué en 1519. Allí demostré, según mis capacidades, la naturaleza y fuerza de cada palabra en todo el catálogo de las obras de la carne y los frutos del Espíritu. Ahora al exponer la Epístola a los Gálatas, ha sido nuestro propósito principal, explicar lo más claramente posible el artículo de la justificación.*

IDOLATRÍA

Todas las más elevadas religiones, las devociones más piadosas y fervientes de todos los que rechazan a Cristo el Mediador, y adoran a Dios sin su Palabra y ordenanza, son tan sólo nada más que pura idolatría. Como en el Papado, se contaba como un acto de lo más santo y espiritual cuando los monjes, encerrados en sus celdas cavilaban y meditaban en Dios o en sus obras, y cuando sintiéndose encendidos por las más fervorosas devociones, se hincaban, rezaban, y estaban tan embelesados contemplando las cosas celestiales, que lloraban de felicidad. Allí no estaban pensando en mujeres, o en ninguna criatura, sino sólo en Dios el Creador, y de sus grandes maravillas. No obstante esta obra más espiritual (según lo estima la razón), es de acuerdo a Pablo una obra de la carne, y mera idolatría. Y cuanto más santa y piadosa en las apariencias, tanto más peligrosa y perniciosa. Pues causa que los hombres se aparten de la fe en Cristo, y que confíen en sus propias fuerzas, obras, y justicia. Tal cual es la religión de los anabaptistas de hoy; aunque a diario se traicionan demostrando que están poseídos por el diablo, y que son hombres sediciosos y sanguinarios.

Por tanto los ayunos, vestirse de pieles, obras santas, reglamentos estrictos, y toda la vida de los monjes Cartujos y de la Cartuja, cuyo reglamento, no obstante, es el más estricto y severo, son las mismas obras de la carne, sí, son pura idolatría. Pues ellos se imaginan que son santos, y que serán salvos, no por medio de Cristo (a quien sirven por temor como si fuera un juez severo y cruel), sino sirviendo a sus reglamentos y órdenes. Ciertamente piensan en Dios, en Cristo, y de cosas celestiales, pero según su propio razonamiento, y no de acuerdo a la Palabra de Dios. Es decir, ellos piensan que por sus vestimentas, su manera de vivir, y que toda su vida en sí es santa y agradable a Cristo. Ellos no sólo esperan apaciguarlo por su vida austera, sino también que Él los recompensará por sus buenas obras y justicia. Por tanto, sus pensamientos más espirituales (según ellos se imaginan) no son sólo casi todos carnales, sino también impíos en extremo; pues quisieran borrar sus pecados y obtener gracia y vida eterna confiándose y aferrándose en su propia justicia, rechazando y despreciando la Palabra, la fe, y a Cristo. Por tanto, todas las adoraciones y servicios a Dios,¹ y todas las religiones sin Cristo son idolatría y culto a ídolos. Sólo en Cristo tiene el Padre contentamiento. Todo aquel que le oye, y hace lo que Él ha ordenado, tal cual es amado por causa del “Amado.” Él nos ordena a creer en su Palabra y ser bautizados, y no a ingeniarlos cualquier otra nueva modalidad de adorar o servir a Dios.

¹ *omnes cultus.*

Tal cual lo he dicho antes, las obras de la carne son manifiestas, como el adulterio, la fornicación, y otras similares. Pero la idolatría presenta un teatro tan bueno, y es tan espiritual, que muy pocos, es decir, los fieles, la reconocen como una obra de la carne. Pues el monje, cuando vive en celibato, ayuna, reza lo requerido por su orden, o dice misa,¹ se considera muy lejos de ser un idólatra, o que satisface cualquier obra de la carne, sino que está totalmente persuadido y confiado que es dirigido y gobernado por el Espíritu, que camina de acuerdo al Espíritu, que piensa, habla, y no hace nada más que cosas espirituales; y que rinde tal servicio a Dios de lo más aceptable ante Él. Nadie hoy en día puede persuadir a los Papistas que su misa es una gran blasfemia contra Dios, y una idolatría tan horrible que jamás se ha visto en la iglesia desde los tiempos del apóstol. Pues son ciegos y obstinados, y por tanto juzgan tan perversamente de Dios y las cosas de Dios, pensando que la idolatría es un verdadero servicio a Dios, y que al contrario, la fe es idolatría. Pero nosotros que creemos en Cristo y conocemos su mente, somos capaces de juzgar y discernir todas las cosas en verdad, y ante Dios no podemos ser juzgados por hombre alguno (1 Corintios 2:15).

Por cuanto aquí queda claro que Pablo llama carne todo lo que hay en el hombre, abarcando todos los tres poderes del alma. Estos son, la voluntad que codicia,² la voluntad que se inclina hacia la ira,³ y el entendimiento. Las obras de la voluntad que codicia son adulterio, fornicación, impureza y tales. Las obras de la voluntad que se inclina hacia la ira son los pleitos, las contiendas, asesinato, y otros así. Las obras de la razón o el intelecto⁴ son los errores, falsas religiones, supersticiones, idolatría, herejías, que son las sectas, y tales. Es muy necesario que conozcamos estas cosas, pues esta palabra [carne], ha sido tan oscurecida en el mundo del Papa, que ellos han tomado la obra de la carne como nada más que la satisfacción del deseo carnal, o el acto de la lujuria. Por tanto no les fue posible comprender a Pablo. Pero aquí podemos ver claramente que Pablo cuenta a la idolatría y la herejía entre las obras de la carne. Pero estas dos (como lo dijimos antes), la razón estima como si fueran las más excelsas y excelentes virtudes, sabiduría, religión, santidad, y justicia. Pablo las llama la religión de ángeles (Colosenses 2). Pero aunque en las apariencias ostenta ser la más santa y espiritual, no es nada más que una obra de la carne, una abominación e idolatría contra el evangelio, contra la fe, y contra el verdadero servicio a Dios. Esto lo ven los fieles, pues tienen ojos espirituales. Pero los ajusticiadores juzgan lo contrario: pues jamás un monje puede convencerse que sus votos son obras de la carne. Asimismo el turco jamás creería que su Corán, sus lavamientos,⁵ y otras ceremonias que observa, son obras de la carne.

Hechicería

He hablado antes de la hechicería, en el capítulo tres. Este vicio es tan común en nuestros días, antes que se revelara la luz y la verdad del evangelio. Cuando yo era niño, había

¹ *legit horas canonicas, sacrificat, etc.*

² *voluntatem concupiscibilem.*

³ *voluntatem irascibilem.*

⁴ *rationis seu intellectus.*

⁵ *baptismata.*

muchas brujas y hechiceros, que embrujaban tanto al ganado como a los hombres, y especialmente a los niños, y las cosechas se echaban a perder con granizadas y tempestades causadas por sus encantamientos. Pero ahora, a la luz del evangelio, estas cosas ya no se escuchan tan frecuentemente, pues la luz del evangelio ha arrojado al diablo de su asiento, junto con todas sus ilusiones engañosas. Pero ahora ha embrujado a los hombres con cosas más horribles, a saber, con sortilegios y hechicerías espirituales.

Pablo cuenta a la hechicería entre las obras de la carne, la cual no obstante, como todos lo saben, no es una obra del deseo carnal o la lascivia, sino un tipo de idolatría. Pues la hechicería hace un pacto con el diablo. La superstición o la idolatría hace un pacto con dios, pero no con el Dios verdadero, sino con un falso dios. Por tanto la idolatría en verdad es hechicería espiritual. Pues así como los brujos encantan al ganado y a los hombres, así los idólatras, es decir, todos los ajusticiadores, o lo que se justifican a sí mismos, procuran embrujar a dios, o mejor dicho a un dios de su propio invento. Bien, entonces llegan a imaginarse que él es tal cual que los justificará, no de su libre gracia y misericordia y por la fe en Cristo, sino por respeto a sus adoraciones nacidas de la voluntad, y obras de su propio albedrío, y por recompensa les dará justicia y vida eterna. Pero mientras procuran embrujar a Dios, se embrujan a sí mismos; pues si siguen en esta impía opinión que se han concebido de Dios, morirán en su idolatría y serán condenados. La mayoría de las obras de la carne son bien conocidas, por tanto no es necesario aclararlas más ampliamente.

Sectas

Por sectas, Pablo aquí quiere decir no esas divisiones ni contiendas que a veces surgen en el gobierno de los hogares, en los mancomunados,¹ en los asuntos mundanos y terrenales. Sino de aquellas que surgen en la iglesia tocante a la doctrina, la fe, y las obras. Las herejías, es decir las sectas, siempre han existido en la iglesia, como hemos dicho antes, en diferentes lugares. No obstante, el Papa es el archihereje, y cabeza de todos los herejes; pues él ha llenado al mundo como si fuera con un inmenso diluvio de infinitas sectas y errores. ¿Qué concordia y unidad podía haber en tan gran diversidad de monjes, y otras órdenes religiosas? Ningún tipo o secta de cualquiera de ellas podía convenir con otra; pues medían su santidad por la severidad de sus órdenes. De allí viene que los Cartujos se consideran más piadosos que los Franciscanos, y así mismo sucede con las demás. Por lo cual no hay unidad de espíritu, ni concordia entre las mentes, sino gran discordia en la iglesia Papal. No hay conformidad en su doctrina,² fe, religión, o servicio racional,³ sino que todas las cosas son totalmente contrarias. Por otro lado, entre los cristianos, la Palabra, la fe, la religión, los sacramentos, el servicio, Cristo, Dios, el corazón, el alma, el entendimiento,⁴ y la voluntad, son uno y común a todos. Además, con respecto a la vida, y diversidad de condiciones, grados, y formas de vivir, en nada estorban esta concordia y unidad espiritual, como lo he dicho antes. Y los que tienen esta

¹ *in Oeconomia aut Politia.*

² *non est una et eadem doctrina.*

³ *cultus et mens.* Nota del traductor: Watson traduce “servicio a Dios.”

⁴ *sensus.*

unidad de espíritu, ciertamente pueden juzgar con respecto a todas las sectas, de otra manera nadie pudiera entender eso. Es así como por cierto no hubo ni un teólogo en todo el Papado que comprendió a Pablo en este texto donde condena a todas las adoraciones, religiones, abstinencias, vidas pulcras, y santidad de vida en las apariencias, entre todos los Papistas, sectarios, y cismáticos. Sino que todos ellos pensaron que él hablaba de la crasa idolatría y las herejías de los gentiles y turcos, que abiertamente blasfeman el nombre de Cristo.

Borracheras, Glotonería¹

Pablo no dice que comer y beber son obras de la carne, sino emborracharse y desenfrenarse, de todos los vicios los más comunes hoy en día. Todos los que se han entregado a esta bestia del desenfreno y el exceso, deben saberlo que no son espirituales, no importa todo lo que se jacten de serlo, pues siguen a la carne y satisfacen sus deseos. Pero se pronuncia esta horrible sentencia contra ellos, que ninguno de ellos heredará el reino de Dios. Por tanto Pablo quisiera que los cristianos huyan de la borrachera y la disipación, que vivan sobria y moderadamente, sin excesos, no sea que por consentir a la carne sean provocados al desenfreno. Como por cierto después de la disipación y festejos de gula, la carne tiende al desenfreno, y a inflamarse con vergonzosa lascivia. Pero no basta con sólo refrenar esta vergonzosa disipación y lascivia de la carne que sigue a la borrachera y al desenfreno, o a cualquier tipo de exceso. Sino que también la carne, cuando se encuentra de lo más sobria y templada, debe subyugarse y reprimirse, no sea que satisfaga sus concupiscencias y deseos. Pues a veces sucede que aun los más sobrios de todos, son los más tentados. Tal cual dijo Jerónimo de sí mismo: “Mi rostro,” dijo él, “estaba pálido con ayuno, y mi mente estaba inflamada con deseos carnales en mi cuerpo frío; y aunque mi carne estaba ya medio muerta, todavía las llamaradas de la lascivia impura hervían en mí.” Esta misma fue mi experiencia cuando fui monje. Entonces, el calor de los deseos impuros no se apaga sólo con ayunos, sino que debemos recibir el socorro del espíritu, es decir, al meditar en la Palabra de Dios, la fe, y la oración. Ciertamente que el ayuno reprime los ataques fuertes del deseo carnal. Pero los deseos de la carne se vencen no al abstenerse de comidas y bebidas, sino solamente por la mediación de la Palabra de Dios e invocar a Cristo.

VERSÍCULO 21. Y cosas semejantes.

Pues es imposible hacer un conteo de todas las obras de la carne.

VERSÍCULO 21. De las cuales os denuncié, como también ya os denuncié, que los que hacen tales cosas, no heredarán el reino de Dios.

Esta es una declaración muy fuerte y terrible, pero muy necesaria contra los falsos cristianos e hipócritas descuidados, que se jactan del evangelio, de la fe, y del espíritu, y no obstante con toda confianza satisfacen las obras de la carne. Pero principalmente los

¹ *comessationes.*

herejes, inflados con sus propias opiniones de asuntos espirituales¹ (como sueñan en sus imaginaciones), están poseídos del diablo, y son del todo carnales. Por tanto, cumplen y satisfacen los deseos de la carne, hasta con todas las facultades del alma. Por tanto es sumamente necesario que el apóstol pronuncie una sentencia tan horrible y terrible contra estos descuidados condenadores y obstinados hipócritas (que todos los que hacen tales obras de la carne que Pablo ha enumerado, no heredarán el reino de Dios); a fin de que algunos de ellos, aterrados ante esta severa sentencia, pueden a comenzar a luchar contra las obras de la carne por medio del espíritu, para no satisfacer sus deseos.

VERSÍCULO 22. Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe.

El apóstol no dice, las obras del espíritu, como dijo de las obras de la carne, sino que él adorna estas virtudes cristianas con un nombre más honroso, llamándolas el fruto del Espíritu, pues traen consigo cosas y frutos de lo más provechosos.² Pues todos los que los tienen rinden gloria a Dios, y con ellos mismos atraen y provocan a otros a abrazar la doctrina y la fe de Cristo.

Amor

Tan sólo con decir “amor”, y nada más, hubiera sido suficiente, pues el amor se extiende hacia todos los frutos del Espíritu. Y en 1 Corintios 13 Pablo atribuye el amor a todos los frutos que son hechos en el espíritu, cuando dice, “El amor es paciente, bondadoso,” etc.

No obstante, aquí lo coloca por sí mismo, entre los demás frutos del Espíritu, y en el primer lugar. Con esto, advierte a los cristianos que ante todas las cosas deben amarse los unos a los otros, honrándose mutuamente (Romanos 12:10), prefiriéndose los unos a los otros, ya que Cristo y el Espíritu Santo moran en ellos, y porque tienen la Palabra, el bautismo, y otros dones de Dios que tienen los cristianos.

Gozo

Esta es la voz del novio y de la novia. Es decir, las dulces meditaciones en Cristo, exhortaciones provechosas, salmos y cánticos agradables, alabanzas y dádivas de gracia, con los cuales los piadosos instruyen, animan, y se consuelan. Por tanto Dios no ama el espíritu acongojado y dudoso. Él odia la doctrina molesta, las cavilaciones pesadas y tristes, mas ama los corazones alegres. Por tanto Él ha enviado a su Hijo, no para oprimarnos con pesadumbre y tristeza, sino para alegrar nuestras almas en Él.³ Pues por esta causa los profetas, los apóstoles, y Cristo mismo nos exhortan, sí, nos ordenan a regocijarnos y que estemos felices: “Alégrate mucho, hija de Sión; da voces de júbilo, hija de Jerusalén: he aquí, tu Rey vendrá a ti, Él es justo y salvador” (Zacarías 9:9). Y en los Salmos con frecuencia encontramos: “Regocijaos en el Señor.” Pablo dice:

¹ *de rebus spiritualissimis.*

² *maximam utilitatem et fructum.*

³ *ut exhilararet nos.*

“Regocijaos siempre en el Señor,” etc. Y Cristo dice, “Regocijaos porque vuestros nombres están escritos en los cielos.” Siempre que exista este espíritu, allí el corazón por dentro se regocija mediante la fe en Cristo, con la plena confianza que Él es nuestro Salvador y Pontífice,¹ y por fuera expresa este gozo con palabras y gestos. También, los fieles se regocijan cuando miran que el evangelio se esparce en lugares lejanos, para que muchos sean ganados a la fe, y así se expanda el reino de Cristo.

Paz

Tanto hacia con Dios como hacia los hombres, pues la finalidad es que los cristianos sean mansos y apacibles. No contenciosos, ni odiándose, sino llevando las cargas los unos de los otros, mediante la tolerancia o la perseverancia,² sin la cual no puede permanecer la paz, y por tanto Pablo la coloca después de la paz.

Tolerancia o perseverancia³

Con la cual el hombre no sólo puede sobrellevar las adversidades, agravios, o injurias, y tales, sino también con paciencia aguardar que se enmienden aquellas que le han perjudicado. Cuando el diablo no puede vencer a la fuerza a los tentados, él procura vencerlos a largo plazo. Pues él sabe que nosotros somos vasijas de barro, que no podemos resistir y soportar los muchos golpes y violentos porrazos, por tanto cuando alarga sus tentaciones con el tiempo vence a muchos. A fin de vencer estos ataques continuos debemos usar la perseverancia, la cual con paciencia tiene la mirada fija, no sólo para que se enmienden los que nos perjudican, sino también para que llegue el fin de aquellas tentaciones que el diablo provoca contra nosotros.

Benignidad

Es cuando la persona es mansa y tratable en su manera de vivir, y en su vida entera. Pues los que son seguidores del evangelio, no serán ásperos y amargados, sino tiernos, humanos,⁴ corteses, de buen hablar, para que otros se sientan atraídos a deleitarse en su compañía. Que puedan pasar por alto las faltas de otros, o al menos dar la mejor explicación a lo sucedido; que se contentarán al ceder y dar su lugar a otros; contentos de sobrellevar a los impulsivos e intratables, así como hasta los mismos paganos lo dicen: “Debes conocer las costumbres de tu amigo, pero no las debes odiar.” Así también fue nuestro Salvador Cristo, según podemos verlo en todas partes de los evangelios. Escrito está de Pedro, que lloraba cada vez que se recordaba de la dulce mansedumbre de Cristo, la cual Él usaba en su trato a diario en su vida. Es una excelente virtud, y de lo más necesaria en cada aspecto de la vida.

¹ *pontificem.*

² *per patientiam.*

³ μακροθυμια, la cual Lutero interpreta como *assiduitas patientiae.*

⁴ *humani.*

Bondad

Existe cuando la persona de buena voluntad socorre a otras en sus necesidades al dar, prestar, y otras obras así.

Fe

Ya que aquí Pablo cuenta a la fe entre los frutos del espíritu, es obvio que él no habla de la fe que es en Cristo, sino de la fidelidad u honradez¹ de una persona para con otra. Por lo cual él dice en el capítulo trece de Primera de Corintios, que el amor todo lo cree. Por tanto él dice que esta fe no es sospechosa sino amable, y todo lo acepta como lo mejor. Y aunque él fuera engañado, y se entere de que ha sido burlado, aún así tal es su paciencia y amabilidad, que pasa por alto el asunto. En breve, está presto a creer a todo hombre, aunque no pone en él su confianza.² Al contrario cuando falta esta virtud, los hombres se vuelven sospechosos, reacios, huraños, testarudos, de tal modo que nadie cree en nadie, ni da lugar a nadie; no pueden tolerar a nadie. Por todo lo que alguien diga o haga bien, lo cuestionan y calumnian, de tal modo que todo el que no les elogie y exalte les resulta odioso. Por tanto es imposible que puedan tener amor, amistad, acuerdos, o paz con ser humano alguno. Pero, si estas virtudes llegaren a faltar, ¿qué más habría en esta vida sino morder y devorar el uno al otro? Por tanto, la fe en este texto es cuando uno le da valor al otro en todo cuanto tiene que ver con esta vida presente. Pues, ¿qué manera de vivir sería esa si en este mundo no nos valorásemos los unos a los otros?

Mansedumbre

La cual es cuando la persona no se molesta o se provoca al enojo fácilmente. Hay infinitas ocasiones en esta vida que provocan a la ira, pero los piadosos las vencen con la mansedumbre.

Temperancia³

Esta es una sobriedad o cuidadosa moderación⁴ en toda la vida del hombre, virtud que Pablo contrapone a las obras de la carne. Él quisiera que el cristiano viva sobria y decorosamente; que no sea adúltero, ni fornicario, ni disoluto. Y si no pueden vivir en castidad, entonces que se casen. También que no deben ser ni contenciosos ni pendencieros, que no se deben dar a borracheras o desenfrenos, sino que se abstengan de todas estas cosas. La castidad o la templanza⁵ abarca todas estas. Jerónimo la explica sólo en relación a la virginidad, como si los casados no pudieran ser castos, o como si el apóstol sólo hubiera escrito estas cosas a los que siempre retuvieron su virginidad. En los

¹ *candorem.*

² *sc.* porque confía sólo en Dios.

³ *continentia.*

⁴ *sobrietas, temperantia seu moderatio.*

⁵ *castitas seu continentia.*

capítulos uno y dos de Tito, él también advierte a los obispos, a las jóvenes, a los casados, tanto hombre como mujer de ser castos y puros.

VERSÍCULO 23. Contra tales cosas no hay ley.

Por cierto que hay una ley, pero no contra tales cosas. Como también él dijo en otro lugar, “La ley no fue dada para el justo” (1 Timoteo 1:9). Pues los justos viven de tal modo que no necesitan de ley alguna, ni de advertencias ni frenos. Pero sin el freno de la ley, de buena voluntad cumplen con las cosas que requiere la ley. Por tanto la ley no puede acusar ni condenar a los que creen en Cristo. Por cierto que la ley acusa y aterra nuestra conciencia; pero Cristo asido por la fe, la vence, con todos sus terrores y amenazas. Por tanto para ellos, la ley ha sido totalmente abolida, y no tiene poder de acusarlos, pues de su propia voluntad hacen lo que la ley requiere. Han recibido al Espíritu Santo por la fe, quien no les permitirá la indolencia. Aunque la carne se opone, aún así caminan de acuerdo al espíritu. Es así que un cristiano cumple la ley interiormente por la fe (pues Cristo es la perfección de la ley para justicia a todos los que creen), y por fuera por las obras y la remisión de pecados. Pero los que satisfacen las obras o los deseos de la carne, la ley los acusa y condena tanto en lo civil como en lo espiritual.

VERSÍCULO 24. Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos.

Todo este pasaje respecto a las obras, demuestra que los verdaderos creyentes no son hipócritas. Por tanto, que nadie se engañe, pues todo aquel, dice él, que pertenece a Cristo, ha crucificado la carne, con todos sus vicios y deseos. Pues los santos, ya que todavía no han despojado por completo a la carne corrupta y pecaminosa, se inclinan hacia el pecado. Tampoco temen o aman a Dios tan perfectamente como debieran. También son provocados a la ira, a la envidia, la impaciencia, deseos impuros, y tales emociones, las cuales aún así no satisfacen. Pues (así como Pablo dice aquí) crucifican la carne, con todas sus pasiones y deseos. Ellos logran esto, no cuando reprimen la disipación de la carne con ayunos y otros ejercicios, sino también (como dijo Pablo antes) cuando caminan de acuerdo al espíritu. Es decir cuando siendo advertidos por las amonestaciones de Dios, por las que enseña que Él castigará severamente el pecado, temen cometer pecado; también cuando se arman con la Palabra de Dios, con fe, y con oración, no satisfacen los deseos de la carne.

Cuando de esta manera resisten la carne, la crucifican a la cruz con sus pasiones y deseos. De tal modo que aunque la carne todavía tenga vida, no satisface lo que quisiera hacer, por cuanto ha sido atada de pies y manos, y se ha clavado fijamente a la cruz. Los fieles, pues, siempre y cuando vivan aquí, crucifican la carne, es decir, sienten los deseos de la carne, pero no los satisfacen. Pues habiendo sido armados con la armadura de Dios, es decir, con la fe, la esperanza, y la espada del espíritu, resisten a la carne; y con estos clavos espirituales crucifican la carne a la cruz, de tal modo que se ve obligada a obedecer al espíritu. Después, cuando mueren, se despojan totalmente de ella, y cuando

se levanten nuevamente de la muerte a la vida, tendrán una carne pura e incorrupta, sin todas sus apegos y lujurias.

VERSÍCULO 25. Si vivimos en el Espíritu, andemos también en el Espíritu.

Anteriormente, el apóstol incluyó entre las obras de la carne a la herejía y la envidia, y condenó a los envidiosos, los autores de las sectas, diciendo que no heredarían el reino de Dios. Y ahora, como si se hubiera olvidado lo que dijo un poco antes, nuevamente reprocha a los que se provocan y se envidian. ¿Por qué lo repite? ¿Acaso no bastó con la primera vez? Ciertamente lo hizo a propósito, pues él aquí aprovecha el momento para denunciar a ese execrable vicio de la vanagloria, la causa de los problemas en todas las iglesias de Galacia, y que siempre ha sido de lo más pernicioso y perjudicial para toda la iglesia de Cristo. Por tanto, en su epístola a Tito, no aprueba que un vanaglorioso sea ordenado por obispo. Pues la vanagloria (como acertó Agustín) es la madre de todas las herejías, o más bien la fuente de todo pecado y confusión, tal cual lo atestigua la historia, tanto la historia sacra como la secular.

Bien, la vanagloria o la arrogancia siempre ha sido un veneno común en el mundo. Los mismos poetas e historiadores paganos siempre la han reprochado tajantemente. No hay pueblo en donde no se encuentre uno que otro, que quisiera que lo tuvieran por más sabio, y mereciendo más respeto que todos los demás. Pero están infectados con esta enfermedad, que se apoyan en la reputación que les ha ganado su erudición y sabiduría. En este caso, nadie cederá ante el otro, de acuerdo al proverbio, “No fácilmente se encuentra al hombre conceda a otro elogios por su ingenio y habilidad; pues cosa buena es ver a los hombres señalar a otro y decir, ése es.” Pero [la vanagloria] no es tan perjudicial en las personas particulares, no, ni tampoco en ningún tipo de magistrado, como lo es en aquellos que tienen algún cargo en la iglesia. No obstante (particularmente si se encuentra en grandes personajes) no sólo es la causa de embrollos y ruinas de comunidades, sino también de desconciertos y alteraciones de reinos e imperios, de lo cual la historia sacra al igual que la profana atestigua en sus escritos.

Pero cuando este veneno se desliza dentro de la iglesia, o el reino espiritual, no hay palabras para decir todo lo que perjudica. Pues allí no hay disputa tocante a erudición, ingenio, belleza, riquezas, reinos, imperios, y tales. Sino que tiene que ver con la salvación o la condenación; la vida eterna, o la muerte eterna. Por tanto Pablo fervorosamente exhorta a los ministros de la Palabra a huir este vicio, diciendo: “Si vivimos en el espíritu,” etc. Como si dijera, Si es verdad que vivimos por el espíritu, entonces prosigamos a caminar ordenadamente en el espíritu. Pues donde está el espíritu, renueva a los hombres, y obra en ellos nuevos sentimientos. Es decir, por cuanto antes eran vanagloriosos, iracundos, y envidiosos, ahora son humildes, mansos, y pacientes. Tales no buscan su propia gloria, sino la gloria de Dios. No se provocan entre ellos, o se envidian, sino ceden lugar ante el otro, y en honra se prefieren el uno al otro. En oposición a esto tenemos a los que procuran la gloria y se envidian el uno al otro; puede que se jacten de tener el Espíritu y de vivir en el Espíritu, pero se engañan a sí mismos, siguen en pos de la carne y cumplen sus obras y ya tienen su merecido juicio, que no heredarán el reino de Dios.

Bien, nada es tan peligroso a la iglesia como este vicio tan horrendo, y no hay nada tan común. Pues cuando Dios envía sus obreros a la cosecha, enseguida Satanás también envía a sus ministros, que de ninguna manera se harán pasar por menos que los que han sido debidamente llamados.¹ Aquí enseguida surge la disensión. Los impíos no ceden ni un pelo ante los piadosos, pues sueñan que los sobrepasan en ingenio, erudición, piedad, espíritu, y otras virtudes. Mucho menos deben ceder los piadosos ante los impíos no sea que pongan en peligro la doctrina de la fe. Además, tal es la naturaleza de los ministros de Satanás que hacen buen teatro de su caridad, humildad, amadores de la concordia, y que han sido dotados con otros frutos del espíritu. También protestan que no procuran nada más que la gloria de Dios y la salvación de las almas de los hombres. Mas no obstante están henchidos de vanagloria, haciéndolo todo con ningún otro fin sino el de lograr la alabanza y la estima de los hombres. En breve, piensan que la piedad es ganancia (1 Timoteo 6:5), y que el ministerio de la Palabra se les ha entregado para que logren fama y estima. Por tanto no pueden ser nada más sino autores de disensiones y sectas.

Entonces por cuanto la vanagloria de los falsos apóstoles fue la razón por la que las iglesias de Galacia fueron perturbadas y abandonaron a Pablo, en este capítulo en particular su propósito era suprimir ese vicio tan execrable; sí, fue este mal que dio ocasión para que el apóstol escribiera toda esta epístola. Y si no lo hubiera hecho, todo su esfuerzo vertido en la predicación del evangelio entre los gálatas hubiera sido en vano. Pues en su ausencia, los falsos apóstoles, hombres que en las apariencias ostentaban gran autoridad, reinaban en Galacia. Ellos, además que aparentaban buscar la gloria de Cristo y la salvación de los gálatas, también pretendían que habían guardado íntima compañía con los apóstoles, y que habían seguido sus pisadas, diciendo que Pablo no había visto a Cristo en la carne, ni había estado en la compañía de los demás apóstoles. Por tanto lo desestimaron, y rechazaron su doctrina, y se jactaban que su propia doctrina era verdadera y sincera. Fue así como perturbaron a los gálatas, y levantaron sectas entre ellos, de tal modo que entre ellos se provocaban y envidiaban. Todo esto fue una señal inconfundible que ni los maestros ni los alumnos vivían y caminaban según el espíritu, sino que seguían a la carne satisfaciendo sus obras. Por consiguiente perdieron la verdadera doctrina, la fe, a Cristo, y todos los dones del Espíritu Santo. Se habían vuelto peores que los paganos.

No obstante, no sólo inculpa a los falsos apóstoles que en su tiempo perturbaron las iglesias de Galacia, sino que también previó en el espíritu que surgirían un sinnúmero de tales, hasta el fin del mundo. Éstos, habiendo sido infectados con este vicio pernicioso, irrumpirían en la iglesia sin llamamiento², jactándose del espíritu y la doctrina celestial, y con estos pretextos procurarían derrocar a la verdadera doctrina y a la fe. En nuestros días hemos vistos muchos de estos, que se han dado la entrada al reino del espíritu, es decir, al ministerio de la Palabra. Por medio de esta hipocresía, se han granjeado fama y estima, dizque han llegado a ser grandes maestros del evangelio, tanto así que viven en el

¹ *rite vocati.*

² *sine vocatione.*

Espíritu, y andan según Él. *Pero cuando habían conquistado las mentes de la gente con sus cautivantes palabras, enseguida se desviaron del camino recto y comenzaron a enseñar alguna nueva idea, por la que pudieran lograr renombre como los primeros que habían señalado los errores de la Iglesia, removido y corregido los abusos, derrocado al Papado y descubierto alguna nueva doctrina en particular; por tanto eran hombres que se ganaron el derecho de primacía entre los eruditos evangélicos.* Pero ya que su gloria derivaba de la boca de los hombres, y no en Dios, no podían estar firmes y estables. Tal cual lo profetizó Pablo, terminaron en su propia confusión, y su fin fue la destrucción. Pues “los malos son como el tamo que arrebató el viento” (Salmo 1:4f).

El mismo juicio permanece para todos los que buscan predicar el evangelio por ganancia propia, y no para la gloria de Jesucristo. Pues el evangelio no se nos ha entregado para que por él procuremos nuestra gloria y alabanza, o que el pueblo nos debe honrar y magnificar porque somos sus ministros; sino con el fin de que el beneficio y la gloria de Cristo se predique y publique, y que el Padre sea glorificado en su misericordia que nos ofrece en Cristo su Hijo a quien entregó por todos nosotros, y con quien nos ha dado todas las cosas. Por tanto el evangelio es una doctrina por la cual lo menos que debemos buscar es nuestra propia gloria. Pues [el evangelio] nos presenta cosas celestiales y eternas, que no son nuestras, que tampoco hemos hecho o merecido. Sino que nos ofrece lo mismo, digo, que no lo merecemos, sino por la pura bondad y gracia de Dios. ¿Por qué entonces debemos buscar en él nuestra gloria y alabanza? Por tanto todo el que busca su propia gloria en el evangelio, habla de sí mismo. Y el que habla de sí mismo es un mentiroso, y no hay justicia en él. Al contrario, el que busca la gloria del que lo envió, es verdadero, y no hay injusticia en él (Juan 7).

Por tanto Pablo fervorosamente encomienda a todos los ministros de la Palabra diciendo, “Si vivimos en el espíritu, andemos también en el Espíritu.” Es decir, permanezcamos en la verdad que nos ha sido enseñada, en amor fraternal y acuerdo espiritual. Prediquemos a Cristo y la gloria de Dios en sencillez de corazón. Confesemos que de Él hemos recibido todas las cosas. No pensemos más de nosotros mismos que de otros. No organicemos sectas. Pues hacer estas cosas no es andar debidamente, sino desviarse lejos del camino, y establecer una nueva manera perversa de andar.

Por lo que podemos entender que Dios, de su gracia tan especial, sujeta a los maestros del evangelio a la cruz y a todo tipo de aflicciones, por su propia salvación y la del pueblo. De otro modo no pudieran reprimir ni abatir esta bestia que se llama vanagloria. Pues si la persecución, la cruz, y agravios no siguieran a la doctrina del evangelio, entonces sus maestros serían infectados y perecieran por causa del veneno de la vanagloria. Jerónimo dijo que él había visto a muchos que podían sufrir grandes inconvenientes en su cuerpo y por falta de bienes, pero a ninguno que pudiera desprestigiar los elogios. Pues es casi imposible que cualquiera no se infle cuando escucha cualquier elogio de sus virtudes. Aunque Pablo tenía el espíritu de Cristo, dijo que le fue dado un mensajero de Satanás que lo abofeteaba, para que no se exaltara en sobremanera por causa de la grandeza de sus revelaciones. Por tanto bien lo dijo Agustín, “Si un ministro de la Palabra es alabado, está en peligro: si un hermano lo desprecia o lo desmerita, también está en peligro. El que escucha al predicador de la Palabra debe respetarlo por causa de la Palabra; pero si

enorgullece, está en peligro. Al contrario, si lo desprecian, está fuera de peligro; pero no así para el que lo despreció.”

Por tanto debemos honrar nuestro gran beneficio, el cual es la predicación de la Palabra y recibir los sacramentos (Romanos 14:16). También debemos reverenciarnos el uno al otro, de acuerdo al texto, “en cuanto a honra prefiriéndoos los unos a los otros” (Romanos 12:11). Pero en todo lugar que hagan esto, enseguida la carne se cosquillea con la vanagloria y se esponja con orgullo; pues no hay nadie (no, ni entre los piadosos) que no prefiera ser elogiado en vez de despreciado. Tal vez alguien pudiera estar tan establecido en este asunto que sería la excepción al no permitir que ni los halagos ni los desprecios lo afecten, tal como dijo la mujer de David, “el rey, mi señor, es como el ángel de Dios, que ni por bendición ni por maldición se mueve” (2 Samuel 14:17).¹ Igualmente dice Pablo, “por honra y por deshonor, por mala fama, y por buena fama” (2 Corintios 6:8). Aquellos que ni se inflan por los elogios, ni se derrumban por la crítica, sino que sencillamente procuran establecer el beneficio de Cristo, y buscar la salvación de las almas, son los que caminan ordenadamente.

Por tanto que cada cual esté atento vigilando que camina ordenadamente, y particularmente aquellos que se jactan del espíritu. Si eres alabado, tenlo por cierto que no eres tú el que eres alabado, sino Cristo, a quien se debe toda honra. Y en lo que enseñas la Palabra rectamente, y vives piadosamente, estos no son tus propios dones, sino los dones de Dios, por lo que no eres tú elogiado, sino Dios en ti. Cuando reconozcas esto, andarás rectamente, y no inflado con vanagloria, pues “qué tienes que no hayas recibido?” (1 Corintios 4:7). Mas bien confiesa que lo has recibido de Dios, y no serás movido por los agravios, desprecios, o persecución, para que abandones tu llamamiento.

Por tanto Dios, por causa de su gracia sola, hoy cubre nuestra gloria con infamia, reproche, odio mortal, cruel persecución, hostigamiento, y maldición del mundo entero. También con el desprecio y la ingratitud hasta de aquellos que nos rodean, como también de la gente en común, también los ciudadanos, los caballeros, los nobles (cuya enemistad, odio y persecución contra el evangelio, así como es en privado y discreta, así tanto es más peligrosa que el trato externo de nuestros enemigos declarados), para que no hagamos alarde de los dones de Dios en nosotros. Esta piedra de molino debe colgarse a nuestro cuello, para que no seamos infectados con ese veneno pestilente de la vanagloria. Hay algunos de nuestra parte que nos aman y reverencian por el ministerio de la Palabra. Pero por cada cual que nos respeta, del otro lado hay cien que nos odian y persiguen. Por tanto este trato rencoroso, y estas persecuciones por parte de nuestros enemigos, este gran desdén e ingratitud, este odio cruel y privado por aquellos que nos rodean, son paisajes tan agradables, que nos causan alegría, pues fácilmente olvidamos la vanagloria.

Por tanto, regocijándonos en el Señor, nuestra gloria, permanecemos en orden. Estos dones que tenemos, los reconocemos por dones de Dios, y no son nuestros. Son dados para edificar el cuerpo de Cristo (Efesios 4:12), por tanto no nos jactaremos de ellos. Pues sabemos que más se requiere de aquellos a quienes mucho es dado, de los que han recibido poco. Además, sabemos que Dios no hace acepción de personas (Hechos 10:34).

¹ Biblia San Jerónimo.

Por tanto, un pobre artesano que usa el don que Dios le ha dado, no agrada a Dios menos que un predicador de la Palabra, pues sirve a Dios con la misma fe, y con el mismo espíritu. Por tanto debemos estimar a los cristianos más ordinarios con la misma estima que ellos nos confieren. Y así estaremos a salvo del veneno de la vanagloria, y andaremos en el espíritu.

Contrario a esto, los espíritus fantásticos que procuran su propia gloria, el favor de los hombres, la paz del mundo, la comodidad de la carne, y no la gloria de Cristo, ni tampoco la salud de las almas de los hombres (aunque protestan que no buscan otra cosa) no pueden evitar descubrirse a sí mismos al recomendar su propia doctrina e industria y denigrar la de otros hombres, y todo a fin de granjearse renombre y alabanza. Dicen: Ningún hombre sabía esto antes que yo; yo fui el primero en verlo y enseñarlo. Por tanto, todos son espíritus vanagloriosos, es decir, no se regocijan y glorían en el Señor. Mas cuando se glorían son fuertes y robustos, cuando son engrandecidos por el pueblo cuyos corazones ganaron mediante sus maravillosas mañas y sutilezas. Pues en sus propias palabras, acciones, y escritos pueden falsificar y desmenuzar todas las cosas. Mas cuando no son alabados y recomendados por el pueblo, entonces se convierten en los hombres más miedosos del mundo porque odian y evitan la cruz de Cristo y la persecución. Al contrario, según dije, no hay otro más recio, no hay Héctor ni Aquiles que sea tan atrevido y robusto como ellos cuando son alabados y exaltados.

Por tanto la carne es una bestia tan sagaz y mañosa, que por ninguna otra causa sino la vanagloria, abandona su función,¹ corrompe la verdadera doctrina, y quebranta la armonía en la iglesia. Por esto hay causa justa por la que Pablo tan ásperamente la redarguye, tanto aquí como en otros textos, así como dijéramos anteriormente en el capítulo cuatro, “ellos tienen un celo equivocado por ustedes (dijo él), sí, para alejarme de ustedes, para que los amen solamente a ellos.” Es decir, ellos me desacreditan, para que ellos mismos se puedan hacer famosos. Ellos no buscan la gloria de Cristo y vuestra salvación, sino su propia gloria, mis agravios, y vuestra esclavitud.

VERSÍCULO 26. No nos hagamos vanagloriosos.

Lo cual es gloriarse, no en Dios (como he dicho) sino en mentiras, en la opinión, en los gustos y la estima de la gente. Aquí no hay ningún fundamento de la verdadera gloria, sino un falso fundamento, y por tanto es imposible de soportar por mucho tiempo. El que alaba a un hombre siendo un hombre, es mentiroso; pues en él no hay nada digno de alabar, sino lo único que merece es condenación. Por tanto, en cuanto a nuestra persona, esta es nuestra gloria: que todos han pecado y merecen la muerte eterna ante Dios. Pero cuando nuestro ministerio recibe honores, ese es otro caso. Pues no sólo debemos querer, sino también hacer todo lo que podamos, para que los hombres lo puedan magnificar, y darle su debido respeto, pues esto se tornará para su salvación. Pablo advierte a los Romanos que ellos a nadie ofendan, de tal modo (dijo él) que “No sea, pues, difamado vuestro bien” (Romanos 14:16). Y en otro lugar, “para que el ministerio no sea vituperado” (2 Corintios 6:3). Por tanto cuando nuestro ministerio recibe halagos, no

¹ *ordinem*.

somos elogiados por causa de nuestra propia persona, sino (como dice el Salmo) somos alabados en Dios, y en su santo nombre.

VERSÍCULO 26. Provocándoos unos a otros, envidiándonos unos a otros.

Aquí él describe el efecto y el fruto de la vanagloria. Aquel que enseña cualquier error, o es el autor de cualquier doctrina nueva, no ha logrado nada más sino provocar a otros. Cuando ellos no aprueban ni reciben su doctrina, enseguida comienza a odiarlos amargamente. Hoy vemos el odio mortal con que nos odian los sectarios porque no hacemos caso ni aprobamos sus errores. Nosotros no los provocamos, ni esparcimos por el mundo alguna mala opinión de ellos. Sino que reprochando ciertos abusos en la iglesia, y enseñando fielmente el artículo de la justificación, hemos caminado en buen orden. Pero ellos, abandonando este artículo, han enseñado muchas cosas contrarias a la Palabra de Dios. Aquí, ya que nosotros no íbamos a dejar perder la verdad del evangelio, nos pusimos en contra de ellos, y hemos condenado sus errores. Lo cual, ya que ellos no lo aceptaron, no sólo nos ofendieron primero sin causa alguna, sino que todavía nos odian con todo rencor, y por ninguna otra razón que la vanagloria. Pues ellos más que felices nos borrarían de la existencia, con tal que sólo ellos puedan reinar y gobernar. Pues ellos se imaginan que es una gran gloria profesar el evangelio. Al contrario, por cierto que no hay mayor ignominia a la vista del mundo.

Traducción Comentario de Lutero tocante a la Epístola de San Pablo (1531): Haroldo S. Camacho, Ph.D.
18 de octubre de 2010
Cathedral City, California